Un drama en Livonia

JULES VERNE
UN DRAME EN LIVONIE

Drama que tiene como telón de fondo el malestar político y social debido al surgimiento nacionalista ruso, que provocó enfrentamientos entre germanos y eslavos. Dimitri Nicolef, candidato de los eslavos, se ve envuelto en un crimen que no ha cometido, pero todas las pruebas lo acusan; y la situación se complica más cuando él se niega a descubrir los motivos de su viaje, ante el desconsuelo de sus hijos. Los conflictos sociales y étnicos, y las pasiones e intrigas políticas de Livonia se desatan, y Nicolef acabará siendo víctima de un error judicial. Sólo tras su muerte se conocerá la verdad.

Jules Verne

Un drama en Livonia

Viajes Extraordinarios (52)

ePub r1.3
epubdroid 04.02.16

Título original: *Un drame en Livonie*
Jules Verne, 1904
Traducción: S. de J., revisada por Arnaut
Ilustraciones: Léon Benett
Diseño de portada: Redna G.
Diseño de portada original: Léon Benett

Editor digital: epubdroid
ePub base r1.0

LES VOYAGES EXTRAORDINAIRES

JULES VERNE

UN DRAME EN LIVONIE

Trente-trois Illustrations

PAR

L. BENETT

PARIS
COLLECTION HETZEL
18, Rue Jacob (6e)

Tous droits de traduction et de reproduction réservés.

I

FRONTERA FRANQUEADA

AQUEL hombre estaba solo en la oscuridad de la noche. Caminaba con paso de lobo entre los bloques de hielo almacenados por los fríos de un largo invierno. Su pantalón fuerte, su *khalot*, especie de caftán rugoso de piel de vaca, su gorra con las orejeras bajas, apenas le defendían del viento. Dolorosas grietas resquebrajaban sus labios y sus manos. Los sabañones mortificaban sus dedos. Andaba a través de la oscuridad profunda, bajo un cielo cubierto de nubes bajas que amenazaban con copiosa nevada, a pesar de que la época en que comienza este relato era los primeros días de abril, si bien a la elevada latitud de 58 grados.

Se obstinaba en seguir andando. Después de una parada, tal vez se viera imposibilitado de continuar su marcha.

Sin embargo, a las once de la noche aquel hombre se detuvo; no porque sus piernas se negasen a seguir, ni porque le faltase el aliento ni sucumbiese al cansancio. Su energía física era tan grande como su energía moral. Con voz fuerte, en la que vibraba un inexplicable acento de patriotismo, exclamó:

—¡Al fin! ¡La frontera! ¡La frontera de Livonia! ¡La frontera de mi país!

Y con profunda mirada abrazó el espacio que se extendía ante él al oeste. Con pie seguro golpeó la blanca superficie del suelo, como para grabar su huella en el término de aquella última jornada.

Venía de lejos…, de muy lejos… Había recorrido millares de verstas[1] entre peligros resistidos con valor, vencidos con su inteligencia, su vigor y su resistencia a prueba de todo. En fuga desde hacía dos meses, se dirigía hacia poniente, franqueando interminables estepas, dando penosos rodeos, a fin de evitar los puestos de los cosacos, atravesando los hondos y sinuosos desfiladeros de las altas montañas, aventurándose hasta las provincias centrales del imperio ruso, donde la policía ejerce tan minuciosa vigilancia. En fin, después de haber escapado milagrosamente a los encuentros donde tal vez hubiera perdido la vida, acababa de gritar: «¡La frontera de Livonia! ¡La frontera!»

¿Estaba, pues, en el país hospitalario, al que el ausente vuelve después de largos años, sin tener ya nada que temer; en la tierra natal, donde la seguridad le está garantizada, donde los amigos le esperan, donde la familia le va a abrir los brazos, donde una mujer, o unos hijos aguardan su llegada?

No… Él no haría más que pasar como fugitivo por aquel país. Procuraría llegar al puerto de mar más cercano y embarcarse sin despertar sospechas. Sólo cuando el litoral de Livonia hubiera desaparecido en el horizonte podría creerse a salvo.

«¡La frontera!», había dicho aquel hombre. ¿Pero cuál era aquella frontera, de la que no fijaba el límite ni la cúspide de una montaña, ni un río, ni los árboles de un bosque? ¿No existía, pues, más que una línea convencional sin determinación geográfica?

Era, en efecto, la frontera que separa del imperio ruso Estonia, Livonia y Curlandia comprendidas bajo la denominación de provincias bálticas. En tal sitio la línea limítrofe separa de sur a norte la superficie, sólida en invierno, líquida en verano, del lago Peipus.

¿Quién era aquel fugitivo, de unos treinta y cuatro años, elevada estatura, de vigorosa complexión, ancho de espaldas, poderoso torso, miembros sólidos y decidido andar? De su capuchón se escapaba una barba rubia, espesa, y cuando el viento levantaba aquél, se veían brillar dos ojos vivos. Un ancho cinturón ceñía su

cuerpo, ocultando un saquillo de cuero que contenía todo su dinero, reducido a algunos rublos en papel, y que no alcanzaría para cubrir los gastos de un viaje de alguna duración. Su equipaje de camino consistía en un revólver de seis tiros, un cuchillo encerrado en su vaina de cuero, un zurrón conteniendo restos de provisiones, una calabaza mediada de aguardiente y un sólido bastón. El zurrón, la calabaza y hasta la bolsa eran para él objetos menos preciosos que sus armas, de las que estaba dispuesto a hacer uso, en caso de ser atacado por los lobos o por los agentes de policía. Atento a este peligro, no viajaba más que de noche, con la preocupación constante de llegar sin ser visto a uno de los puertos del mar Báltico o del golfo de Finlandia.

Hasta el presente, y durante tan peligroso viaje, no había experimentado contratiempo alguno, por más que no fuera provisto del *porodojna* o salvoconducto que entrega la autoridad militar, y cuya presentación debe ser reclamada por los dueños de postas del imperio moscovita. ¿Pero sucedería lo mismo en las inmediaciones del litoral, donde la vigilancia es más severa? No era dudoso que su fuga hubiese sido advertida, que por pertenecer a la categoría de los criminales comunes, o a la de los condenados políticos, fuese buscado y perseguido con encarnizamiento. Realmente, si la fortuna, favorable hasta entonces, le abandonaba en la frontera, era lo mismo que naufragar a la vista del puerto.

El lago Peipus, de unas ciento veinte verstas de longitud por sesenta de anchura, es frecuentado durante la estación cálida por los pescadores. Para la navegación se emplean pesadas barcas, rudimentario conjunto de troncos de árboles y de tablas mal cepilladas, llamadas *struzzes*, que hacen el transporte a las aldeas vecinas y hasta el golfo de Riga de los cargamentos de trigo, lino y cáñamo. Pero en aquella época del año, y bajo aquella latitud, el lago no era navegable, y un convoy de artillería podría atravesar su superficie, endurecida por los fríos de un riguroso invierno. No era aún más que una inmensa llanura blanca, erizada de bloques en el

centro y cubierta de enormes témpanos en el nacimiento de las aguas.

Tal era el espantoso desierto que el fugitivo atravesaba con pie seguro, orientándose sin gran trabajo. Conocía la región y caminaba con paso tan rápido que le permitiría llegar a la ribera occidental antes del amanecer.

—No son más que las dos de la madrugada —se dijo entonces —. Unas veinte verstas más, y allá abajo puede que encuentre alguna cabaña de pescadores; una cabaña abandonada, donde reposaré hasta la noche. ¡Ahora ya no camino al azar por este país!

Y parecía que olvidaba sus fatigas, que sentía confianza en el porvenir. Si su mala suerte hacía que los agentes volviesen a encontrar sus huellas perdidas, él sabría escapar a la persecución de que sería objeto.

El fugitivo, temeroso de ser sorprendido por las primeras luces del alba antes de haber atravesado el lago Peipus, se impuso un último esfuerzo. Confortado con un buen sorbo de aguardiente de su calabaza, apresuró el paso, sin permitirse un momento de descanso. A las cuatro de la madrugada, algunos arbolillos, pinos blancos por la nieve y algunos macizos de abedules aparecieron ante él confusamente en el horizonte.

Allí estaba la tierra firme; allí también los peligros serían más grandes. Si la frontera de Livonia corta el lago Peipus en su parte media, se comprende que no es sobre esta línea donde están establecidos los puestos de aduaneros. La administración los ha trasladado a la ribera occidental, donde las *struzzes* acostan durante el verano.

No lo ignoraba el fugitivo, y no le sorprendió ver brillar vagamente una luz que agujereaba la cortina de brumas.

—¿Esa luz se mueve o no se mueve? —se preguntó, mientras se detenía junto a uno de los bloques de hielo que le rodeaban.

Si la luz se movía, se trataba de un farol llevado a mano probablemente para alumbrar una ronda de aduaneros que recorría

aquella parte del Peipus, y cuyo encuentro convenía evitar.

Si no se movía, alumbraba el interior de alguno de los puestos fronterizos de la ribera, pues en aquella época los pescadores no habitan aún sus cabañas, en espera del deshielo, que no comienza antes de la segunda quincena de abril, y, en este caso, la prudencia aconsejaba tomar la dirección de la derecha o de la izquierda, a fin de no ser advertido desde el puesto.

El fugitivo torció hacia la izquierda. En esta parte, y por lo que se podía juzgar a través de la bruma que se levantaba al soplo del matutino viento, los árboles parecían más espesos. En caso de ser perseguido, tal vez encontraría allí, primero un lugar donde refugiarse, y después alguna facilidad para huir.

El hombre habría andado unos cincuenta pasos cuando a su derecha estalló un sonoro «¿quién vive?»

Este «quién vive», pronunciado con marcado acento germánico, semejante al «*wer da*» alemán, produjo la más desagradable impresión en aquel a quien se dirigía. Por lo demás, la lengua alemana es la que más se emplea, si no entre los campesinos, al menos por los habitantes de las provincias bálticas.

El fugitivo no respondió al quién vive. Se arrojó boca abajo sobre el hielo, e hizo bien, pues casi en seguida sonó un tiro, y de no haber tomado dicha precaución, una bala le hubiera herido en el pecho. ¿Pero escaparía a la ronda de los aduaneros? No había duda de que éstos le habían visto. El grito y el disparo lo probaban: No obstante, en aquella brumosa oscuridad ellos podrían creer que habían sido juguetes de una ilusión.

Y, en efecto, el fugitivo pudo pensarlo así, a juzgar por las palabras que cambiaron aquellos hombres cuando se aproximaron.

Pertenecían a uno de los puestos del lago Peipus, y eran unos pobres diablos con uniforme, que había pasado del verdoso al amarillento, y que reciben con gusto las propinas que se les dan. ¡Tan mezquino es el salario que les paga la *tarnojna*, la aduana moscovita! Eran dos que regresaban a su puesto y que creyeron percibir una sombra entre los bosques

—¿Estás seguro de haber visto bien? —decía el uno.

—Sí —respondió el otro—. Algún contrabandista que intentaba introducirse en Livonia.

—No es el primero de este invierno ni será el último. Sin duda corre aún, pues no encontramos sus huellas.

—¡Bah! —respondió el que había disparado—. Con esta bruma no se puede distinguir nada, y por mi parte lamento no haber dado en tierra con nuestro hombre. Un contrabandista lleva siempre su calabaza llena, y nos la hubiéramos repartido como buenos camaradas.

—¡Y que no hay nada mejor para confortar el estómago! —añadió el otro.

Los aduaneros continuaron sus pesquisas, con más deseo, sin duda, de calentarse con un trago de aguardiente o de vodka que de capturar al contrabandista. Su trabajo fue inútil.

Cuando el fugitivo les creyó bastante alejados, continuó su camino dirigiéndose hacia la ribera, y antes del amanecer había encontrado refugio bajo una choza, a tres verstas al sur del puesto.

Sin duda, la prudencia exigía que hubiera velado durante aquel día, manteniéndose alerta a fin de evitar toda aproximación sospechosa, y en disposición de escapar si los aduaneros extendían sus pesquisas por aquella parte; pero, rendido de fatiga, por vigoroso que fuera no pudo resistir al sueño. Tendido en un rincón, envuelto en su caftán, se durmió profundamente, y ya estaba el día muy avanzado cuando despertó.

Fue esto a las tres de la tarde. Por fortuna, los aduaneros no habían abandonado su puesto, creyendo que se habían equivocado. El fugitivo se felicitó por haber escapado a aquel primer peligro en el momento en que franqueaba la frontera de su país.

Apenas despertó, satisfecha la necesidad de dormir, experimentó la de alimentarse. Las provisiones encerradas en su zurrón le bastaban para asegurarse un par de comidas; pero sería preciso renovarlas en la próxima parada, lo mismo que el aguardiente de su calabaza, del que bebió las últimas gotas.

—Los campesinos no me han rechazado jamás —se dijo; y los de Livonia no rechazarán a un eslavo como ellos.

Tenía razón, siempre que la mala suerte no le condujera a la casa de algún tabernero de origen germánico, como hay tantos en estas provincias. Éstos no harían a un ruso la acogida que había encontrado entre los campesinos del imperio moscovita.

El fugitivo no se encontraba en situación de mendigar por el camino. Aún le quedaban algunos rublos que le permitirían subvenir a sus necesidades hasta el término del viaje, en Livonia al menos.

Pero ¿cómo haría para embarcarse? Ya pensaría más tarde en ello. Lo importante, lo esencial era llegar sin dejarse prender a uno de los puertos del litoral sobre el golfo de Finlandia o el mar Báltico, y a este fin dirigía todos sus esfuerzos.

Cuando la oscuridad le pareció suficiente serían las siete de la tarde, después de preparar su revólver, el fugitivo abandonó la cabaña. El viento había soplado del sur durante el día. La temperatura se había elevado a cero, y la sabana de nieve, agujereada de puntos negros, tendía a fundirse.

Siempre el mismo aspecto del país. Poco elevado en su parte central, no presenta prominencias de importancia más que en la parte noroeste, y su altura no excede de cien a ciento cincuenta metros. Estas llanuras no ofrecen ninguna dificultad a los peatones, a menos que el deshielo haga el suelo momentáneamente impracticable, y quizás esto era de temer entonces, por lo que importaba ganar el puerto, y si el deshielo llegaba prematuramente, tanto mejor, pues la navegación sería posible.

Quince verstas aún separan el Peipus de la aldea de Eck, donde el fugitivo llegó a las seis de la mañana; pero él tuvo cuidado de evitarla. Lo contrario hubiera sido exponerse a que los agentes de policía le pidiesen sus papeles, lo que le hubiese puesto en gran aprieto. No era en aquel pueblo donde le convenía buscar refugio. Pasó el día, a una versta de él, en una casucha abandonada, de la que partió a las seis de la tarde en dirección sudoeste, hacia el río Embach, donde llegó después de una jornada de once verstas, río cuyas aguas se mezclan a las del lago Watzjero en su extremo septentrional.

En aquel sitio, en vez de dirigirse a través de los bosques de alisos y de arces que se amontonan en la ribera, el fugitivo creyó más prudente caminar sobre el lago, cuya seguridad no estaba aún comprometida.

Copiosa lluvia, que provenía de nubes elevadas, caía a la sazón y activaba la disolución de la sabana de nieve. Los síntomas de

próximo deshielo se manifestaban seriamente. No estaba lejano el día en que se produjese el derrumbamiento de los témpanos en la superficie de los ríos de la región.

El fugitivo caminaba rápidamente, deseoso de llegar a la punta del lago antes del amanecer. Tenía que recorrer veinticinco verstas, dura jornada para un hombre fatigado, y la más larga que se había impuesto, puesto que la de la noche había sido de doce leguas. Las diez horas de descanso del día siguiente serían bien ganadas.

Era circunstancia lamentable que el tiempo fuera lluvioso. Un frío seco hubiera hecho más fácil y rápida la marcha. Verdad que sobre el compacto hielo del Embach el pie encontraba un punto de apoyo, que no hubiera ofrecido el camino de la costa, donde el deshielo comenzaba; pero sordos crujidos y algunas grietas indicaban el derrumbamiento próximo de los témpanos, de lo que resultaba otra dificultad para un peatón, si tenía que atravesar un río, a menos de hacerlo a nado. Por todas estas circunstancias era de imperiosa necesidad doblar las jornadas. Aquel hombre lo sabía bien y desplegaba una energía sobrehumana. Su caftán, fuertemente oprimido, le preservaba del viento. Sus botas, en buen estado, pues las había renovado recientemente, reforzadas por gruesos clavos en las suelas, le permitían andar con seguridad sobre aquel suelo resbaladizo. Además, no tenía necesidad de orientarse, puesto que el Embach le conducía directamente a su objetivo.

A las tres de la mañana había recorrido veinte verstas. Durante las dos horas que precederían al alba, llegaría al lugar de parada. No tenía necesidad de alojarse en ningún pueblo ni buscar albergue en posada alguna, pues las provisiones que llevaba le bastarían para el día. No importaba el sitio donde se refugiase, con tal de que estuviese en seguridad hasta que llegara la noche. Bajo los bosques que rodean la punta septentrional del Watzjero se encuentran cabañas de leñadores deshabitadas durante el invierno. Con los restos de carbón que encierran y la leña, es fácil procurarse un buen fuego, que se puede decir calienta el cuerpo y el alma, y no es de

temer que en aquellas inmensas soledades el humo indique la presencia de un ser vivo. El invierno había sido duro; pero… ¡cómo había favorecido la huida de aquel hombre, fugitivo desde que pisó el suelo del imperio!

Además, según el dicho eslavo, ¿no es el invierno el amigo de los rusos?

En aquel momento en la orilla izquierda del Embach resonó un rugido… No había duda… era el rugido de una fiera que se encontraba a algunos centenares de pasos. ¿El animal se aproximaba o se alejaba? La oscuridad no permitía reconocerlo.

El hombre se detuvo un instante y prestó oído. Le importaba no dejarse sorprender.

El rugido se reprodujo varias veces con mayor intensidad. Otros le respondieron. No había duda de que una manada de lobos subía por la ribera del Embach, y era posible que hubiesen sentido la presencia de una criatura humana.

El lúgubre encuentro estalló con violencia tal, que el fugitivo pensó que iba a ser atacado.

—Son lobos —se repetía—, y ahora la manada no está lejos.

Grande era el peligro. Hambrientos, después de un invierno riguroso, estos lobos son verdaderamente terribles. Uno solo no es para inquietar, siempre que se sea vigoroso y se posea sangre fría, aunque no se lleve más que un bastón en la mano. Pero es difícil rechazar a media docena de estos animales, aunque se lleve un revólver en la cintura.

No había que pensar en encontrar un sitio donde ponerse al abrigo de la agresión. Las orillas del Embach eran bajas y desnudas. Ni un árbol, a cuyas ramas se hubiera podido subir. La manada no debía de estar más que a cincuenta pasos, ya se hubiera lanzado al hielo, ya corriese por la llanura.

No había más recurso que huir precipitadamente, sin gran esperanza de distanciarse de las fieras. Así lo hizo el hombre; pero

bien pronto sintió a los lobos junto a él. A menos de veinte pasos estallaron los rugidos.

Se detuvo, y le pareció que la sombra estaba iluminada de brillantes puntos, de brasas ardientes.

Eran los ojos de los lobos, de esos lobos furiosos por un largo ayuno y ávidos de la presa que sentían al alcance de sus dientes.

El fugitivo se volvió, con el revólver en una mano y el bastón en la otra. Si el bastón era suficiente, lo mejor era no disparar, para no atraer la atención de los agentes que pudieran rondar por las cercanías de aquel lugar.

El hombre se había plantado sólidamente, después de dejar libre el brazo de los pliegues de su caftán. Un rápido molinete detuvo a los lobos más cercanos. Uno de ellos le saltó al cuello, y él le hizo rodar por el suelo de un bastonazo. Pero eran seis, número sobrado para que no les detuviera el miedo y para que fuera imposible exterminarlos sin hacer uso del revólver. Además, al segundo golpe asestado contra la cabeza de un segundo lobo, se rompió el bastón en la mano que tan terriblemente lo manejaba.

El hombre se puso en fuga; pero como los lobos le siguieran, se detuvo de nuevo e hizo fuego cuatro veces. Dos bestias, mortalmente heridas, cayeron sobre el hielo, que tiñeron con su sangre; pero las últimas balas se perdieron, por haberse separado los otros dos lobos, de un salto, a veinte pasos.

No tenía el fugitivo tiempo de cargar de nuevo su revólver.

Los lobos volvían… Doscientos pasos más y estarían junto a él mordiéndole el caftán… Si daba un paso en falso todo estaba perdido… Sería desgarrado por las furiosas bestias.

¿Había, pues, llegado su última hora? ¡Tantas pruebas, tantas fatigas, tantos peligros para regresar al suelo natal, y no dejar en él más que los huesos!

Al fin, a las primeras luces del alba apareció la extremidad del lago.

La lluvia había cesado y el campo estaba envuelto en ligera bruma. Los lobos se arrojaron sobre su víctima, que les rechazaba a culatazos, a los que ellos respondían con dentelladas y zarpazos.

De repente, el hombre tropezó con una escala. ¿Dónde se apoyaba ésta? Poco importaba. Si él conseguía trepar por los escalones, los lobos no podrían seguirle, y por el momento estaría en seguridad.

La escala se alzaba en dirección oblicua del suelo, y ¡extraña circunstancia!, su pie no tocaba en tierra, como si estuviera suspendida, y la niebla impedía ver dónde tenía su punto de apoyo superior.

El fugitivo se asió a los travesaños y franqueó los escalones inferiores en el momento en que los lobos se arrojaban por última vez contra él… Algunos mordiscos desgarraron el cuero de las botas.

La escala crujía bajo el peso del hombre y oscilaba… ¿Se rompería? Entonces toda esperanza estaba perdida.

Pero la escala resistió y él pudo llegar a los últimos escalones con la agilidad de un gaviero. En tal sitio sobresalía un madero, en el cual era posible montarse.

El hombre estaba fuera del alcance de los lobos, que daban saltos al pie de la escala, lanzando espantosos rugidos.

II

DE ESLAVO A ESLAVO

POR el momento el fugitivo estaba a salvo, pues los lobos no podían subir por la escala, como lo hubieran hecho los osos, no menos abundantes en los bosques de Livonia. No tenía necesidad de descender hasta que los lobos hubieran desaparecido, lo que seguramente sucedería al levantarse el sol.

Ante todo, ¿por qué aquella escala se encontraba en aquel sitio y dónde se sujetaba su extremidad superior?

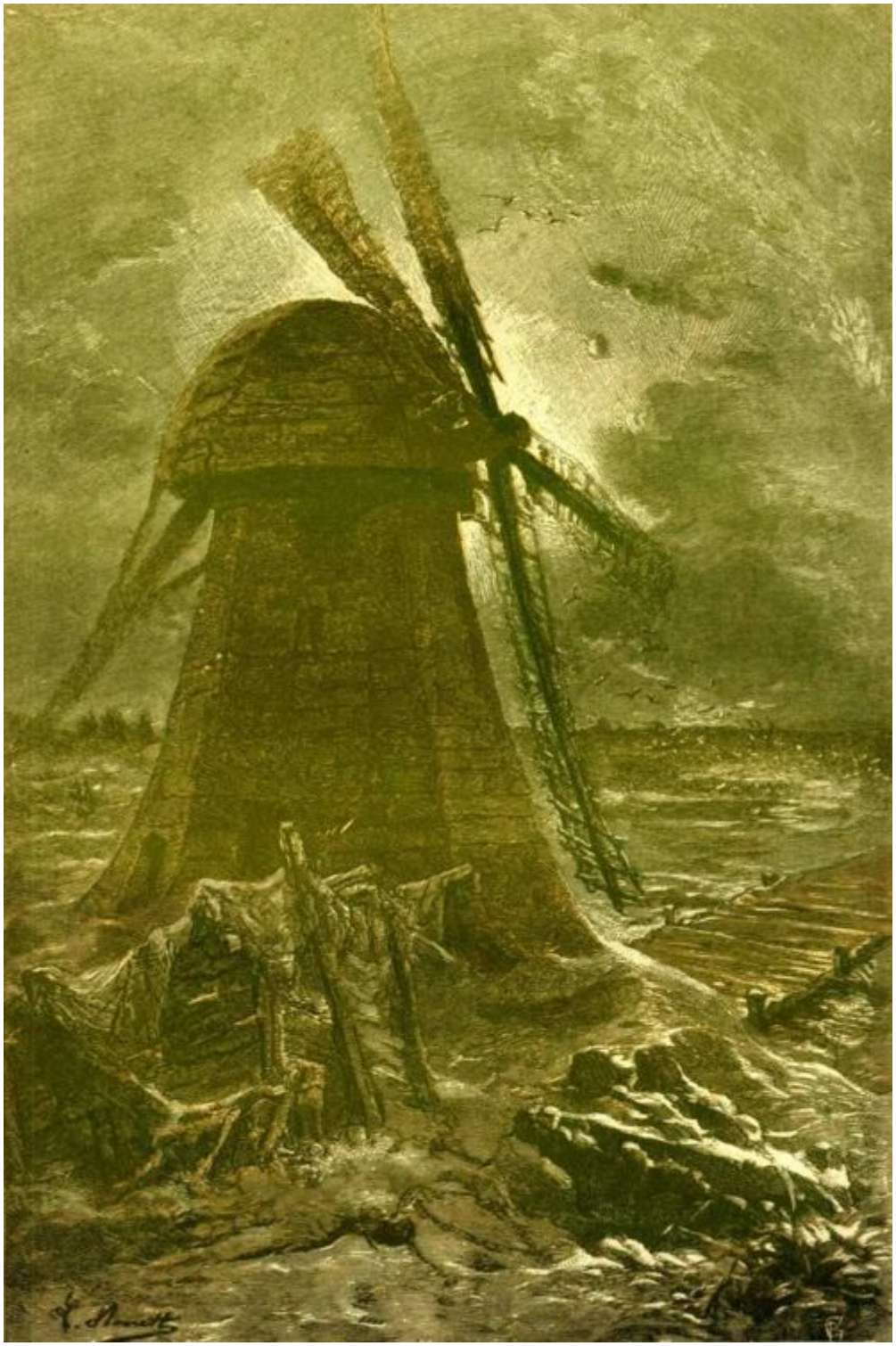
Estaba sujeta a una rueda, de la que salían otras tres escalas, formando en realidad un molino, colocado sobre un cerrillo, no lejos del sitio donde el Embach se alimentaba de las aguas del lago. Por feliz coincidencia, el molino no funcionaba en el momento en que el fugitivo pudo agarrarse a una de las aspas.

Quedaba la posibilidad de que el aparato se pusiera en movimiento al amanecer, si el viento se acentuaba. En este caso hubiera sido difícil mantenerse sobre el eje. Además el molinero iría a descargar sus sacos y advertiría la presencia del desconocido. Mas éste ¿cómo podría arriesgarse a bajar? Los lobos permanecían al pie del cerrillo, lanzando sordos aullidos, que no tardarían en dar el alerta a algunas casas vecinas.

No quedaba más recurso que introducirse en el molino, permaneciendo allí durante todo el día, si el molinero no lo habitaba, y esperar la noche para continuar el camino.

Así pues, el hombre, deslizándose hasta el tejado, ganó la ventana, a través de la cual estaba la palanca de accionamiento, cuya barra pendía hasta el suelo.

Aquel molino, como es costumbre en el país, estaba cubierto con una especie de casquete sin visera. Este tejadillo se movía sobre una serie de ruedas interiores que permitían orientar el aparato según la dirección del viento. El cuerpo principal, de madera, estaba fijo en el suelo, en vez de descansar sobre un eje central, como la mayor parte de los molinos de Holanda, y a él daban acceso dos puertas, colocadas una frente a otra.



El fugitivo llegó a la ventana y se introdujo por ella sin gran ruido ni trabajo. En el interior había una especie de guardilla. El silencio era tan profundo como la oscuridad. Parecía cierto que no hubiese nadie en el piso bajo. Una estrecha escalera comunicaba la guardilla

con el piso bajo, que por base tenía el suelo del cerro; pero la prudencia aconsejaba al fugitivo que no saliera de la guardilla. Comer primero y dormir después, eran las dos imperiosas necesidades a las que no podía sustraerse por más tiempo. Acabó, pues, con sus provisiones, lo que le obligaría a renovarlas en su próxima etapa… ¿Dónde y cómo? Ya se vería.

A las siete y media la bruma se había despejado y era fácil reconocer los alrededores del molino. Inclinándose sobre la ventana se veía, a la derecha, una planicie nevada, por la que se extendía un interminable camino que se dibujaba al oeste, con troncos de árboles yuxtapuestos, pues atravesaba un pantano, sobre el que revoloteaban bandadas de pájaros acuáticos. A la izquierda se extendía el lago, helado en su superficie, excepto en el punto en que desembocaba el Embach. Aquí y allá se alzaban algunos pinos de sombrío follaje, que contrastaban con los alisos, reducidos al estado de esqueletos.

El fugitivo advirtió que los lobos, cuyos aullidos habían cesado desde hacía una hora, habían abandonado aquel sitio.

—Bien —se dijo—, pero los aduaneros y los agentes de policía son más de temer que estas fieras. En las cercanías del litoral será más difícil despistarles… Me caigo de sueño… Sin embargo, antes de dormir es preciso ver el modo de huir en caso de alarma.

La lluvia había cesado y la temperatura se había elevado. El viento, que empezaba a soplar, ¿no decidiría al molinero a poner en movimiento su molino?

Inclinándose fuera de la ventana podían verse, a media versta, diversas casas aisladas, cubiertas de paja, de las que se escapaban débiles humaredas. Allí, sin duda, vivía el dueño del molino.

El fugitivo se arriesgó a descender por la escalera interior, llegando al armazón que soportaba la muela, donde había varios sacos de trigo. El molino no estaba, pues, abandonado, y funcionaba cuando había viento bastante para mover las aspas, siendo de esperar que de un momento a otro apareciese el dueño.

En estas circunstancias hubiera sido imprudencia permanecer en el piso inferior, y lo mejor era volver a la guardilla para dormir algunas horas, pues de lo contrario corría el riesgo de ser sorprendido. Las dos puertas que daban acceso al molino estaban cerradas por medio de un sencillo picaporte, y cualquier necesitado de refugio podía buscarlo en este molino.

El viento refrescaba y el molinero no tardaría en volver.

El hombre se izó por la escalera de madera, y lanzando una última mirada por las troneras de la pared, llegó a la guardilla, y rendido de fatiga cayó en profundo sueño.

¿Qué hora era cuando despertó? Las cuatro. Ya era día claro, pero el molino estaba siempre en reposo.

Una feliz circunstancia hizo que al pretender levantarse el fugitivo, el frío le impidiese hacer movimiento alguno, lo que le salvó de un gran peligro.

En efecto: a su oído llegaron algunas palabras cambiadas en el piso inferior entre varias personas que hablaban con cierta animación, y que habían entrado medía hora antes de que despertara el fugitivo, que hubiera sido descubierto de subir aquéllas a la guardilla.

El hombre permaneció inmóvil. Tendido en el suelo, prestó oído a lo que abajo se hablaba.

Desde las primeras palabras conoció quienes eran, y comprendió al punto el peligro, al que escaparía si abandonaba el molino antes o después de la partida de las gentes que hablaban con el molinero.

Eran tres agentes de policía, un cabo y dos soldados.

En aquella época la influencia rusa en la administración de las provincias bálticas apenas comenzaba a separar los elementos germanos en provecho de los elementos eslavos. Numerosos policías eran aún de origen alemán. Entre éstos se distinguía Eck, que en sus funciones era menos severo respecto a sus conciudadanos que a los rusos de Livonia. Muy celoso, muy

perspicaz y muy bien conceptuado entre sus jefes, ponía verdadero encarnizamiento en la persecución de los asuntos criminales confiados a él, causándole gran satisfacción un buen éxito y gran disgusto un fracaso.

Dedicado entonces a una importante captura, desplegaba tanta más energía cuanto que se trataba de un evadido de Siberia de origen moscovita.

Durante el sueño del fugitivo, el molinero había ido al molino con la idea de consagrar todo el día al trabajo. A las nueve la brisa le pareció favorable, y si las aspas se hubieran puesto en movimiento, al primer ruido hubiera despertado el durmiente; pero, por efecto de una lluvia fina, no aumentó el viento, y, el molinero permanecía en la puerta cuando Eck y sus agentes le vieron y penetraron en el molino con objeto de pedir a aquél algunos informes.

En aquel instante Eck decía:

—¿No tienes noticias de que un hombre de treinta a treinta y cinco años haya sido visto ayer en el extremo del lago?

—No —respondió el molinero—. En esta época no vienen a nuestro caserío ni dos personas por día. ¿Se trata de un extranjero?

—¿Extranjero…? No… un ruso… y un ruso de las provincias bálticas.

—¡Ah! ¿Un ruso? —repitió el molinero.

—Sí; un pícaro, cuya captura me hará mucho honor.

En efecto; para un policía un fugitivo es siempre un pícaro, haya sido condenado por delito común o por delito político.

—¿Y está usted en persecución suya? —preguntó el molinero.

—Desde hace veinticuatro horas, que ha sido señalada su presencia en las fronteras de las provincias.

—¿Se sabe dónde se dirige?

—Puedes sospecharlo. Irá donde pueda embarcarse cuando el mar esté libre. A Revel mejor que a Riga.

El cabo razonaba bien al indicar esta ciudad, la antigua Kolyvan de los rusos, punto donde se concentran las comunicaciones

marítimas del norte del imperio. Esta ciudad estaba en relación directa con San Petersburgo por el ferrocarril del litoral de Curlandia. Un fugitivo tenía, pues, interés en llegar a Revel, que es, al mismo tiempo, una estación balnearia, o si no a Revel, al menos a Balliski, situada en la punta del golfo, puesto que por su posición es la primera que se ve libre de los hielos. Verdad que Revel, una de las más antiguas ciudades hanseáticas, poblada de alemanes en una tercera parte, y en dos de estonios, los verdaderos originarios de Estonia, se encontraba a ciento cuarenta verstas del molino, trayecto que exigía cuatro largas jornadas.

—¿Por qué a Revel? ¡Ese pícaro preferirá dirigirse a Pernau! —observó el molinero.

—En efecto; en tal dirección no tendría que franquear más que un centenar de verstas. Riga, alejada el doble de Pernau, no estaba en el camino por donde convenía continuar las pesquisas.

El fugitivo, inmóvil en el fondo de la guardilla, conteniendo la respiración, y con el oído atento, escuchaba aquella conversación, de la que sabría aprovecharse.

—Sí —respondió el agente—; y la policía de Fallen ha recibido orden de vigilar el país; pero todo hace suponer que nuestro fugitivo se dirija a Revel, donde podrá embarcarse más pronto.

Vista era la opinión del mayor Verder, que dirigía entonces la policía de la provincia de Livonia a las órdenes del coronel Raguenof. También Eck había recibido instrucciones en este sentido.

Si el coronel Raguenof, eslavo de nacimiento, no participaba de las simpatías y antipatías del mayor Verder, de origen germánico, éste se entendía perfectamente, en lo que a este punto se refiere, con su subordinado Eck. Cierto que para moderarlos y contenerlos, sobre ellos estaba el general Gorko, gobernador de las provincias bálticas. Este alto personaje, se inspiraba en las ideas del gobierno, que tendía, como se ha dicho, a imponer gradualmente la influencia rusa en la administración de las provincias.

La conversación se prolongó durante algunos minutos. El agente pintaba al fugitivo conforme a las señas enviadas a las diversas escuadras de la región: estatura superior a la mediana, constitución robusta, treinta y cinco años, barba rubia y abundante, caftán oscuro, al menos en el momento en que pasaba la frontera.

—Por segunda vez —respondió el molinero—, afirmo que ese hombre… ¿un ruso, verdad?

—Sí, un ruso.

—Pues bien; afirmo que no se ha mostrado por nuestra aldea, y en ninguna casa hallará usted indicios de él.

—¿Sabes que el que le diera asilo correría el riesgo de ser arrestado y considerado como cómplice suyo?

—¡Que el Padre nos proteja! Lo sé, y por mi parte me libraré de ello.

—Tienes razón. Es prudente no tener que habérselas con el mayor Verder.

—Me guardaré de ello —respondió el molinero.

Eck se disponía a salir, repitiendo que sus hombres y él continuarían la batida por el país, entre Pernau y Revel, y que las escuadras de policía habían recibido orden de comunicarse entre sí.

—El viento vuelve a soplar del sudoeste —dijo el molinero—. Va a refrescar. ¿Querrían los hombres de usted ayudarme a orientar las aspas? Esto me evitaría volver a la aldea, y podría permanecer aquí toda la noche.

Eck se prestó a ello. Sus agentes salieron por la puerta opuesta y practicaron la operación solicitada por el molinero. Desenvueltas las telas, el molino empezó a funcionar.

El cabo y sus agentes partieron entonces en dirección noroeste.

El fugitivo no había perdido sílaba de aquella conversación, de la que deducía que los más graves peligros le amenazaban al término de su aventurado viaje. La policía practicaba pesquisas en el campo. Las escuadras obrarían de concierto para apoderarse de su persona.

¿Convenía que él procurara llegar a Revel? No. Pensó que era mejor dirigirse a Pernau, donde llegaría más pronto. El deshielo no debía tardar ni en el mar Báltico ni en el golfo de Finlandia.

Tomada esta resolución, era preciso abandonar el molino en cuanto la oscuridad hiciera posible la fuga.

¿Y cómo hacerlo sin que el molinero lo advirtiera? Su máquina funcionaba bajo la acción del viento, y él se había instalado para pasar allí la noche. Inútil pensar en ganar el piso inferior para escapar por una u otra puerta. ¿Sería posible deslizarse por la ventana y descender a tierra?

Era empresa para ser intentada por un hombre diestro y vigoroso, aunque el mástil de las aspas estuviera en movimiento y hubiese el peligro de ser enganchado por los dientes del engranaje. En fin, no había más remedio que decidirse a correr este riesgo.

Era preciso esperar la hora en que la oscuridad fuese completa; lo que traería el inconveniente de que el molinero subiese a la guardilla y le viese, bien a la luz del día, bien a la del farol, que seguramente encendería cuando llegara la noche.

Pues bien; si el molinero subía a la guardilla y descubría al hombre que se había ocultado en ella, este hombre se arrojaría sobre él y le amordazaría. Si el molinero se resistía, si intentaba defenderse, si sus gritos podían despertar la alarma en la aldea, peor para él; el fugitivo le hundiría su cuchillo en la garganta. No había venido de tan lejos, a través de tantos peligros, para retroceder ante cualquier medio de recobrar su libertad.

Sin embargo, conservaba la esperanza de no verse obligado a verter sangre para asegurar su huida. ¿Por qué había de entrar el molinero en la guardilla? ¿No tenía que vigilar su molino?

Transcurrió una hora, entre el tic—tac del árbol, el chirrido del engranaje, el soplo del viento y el crujido del grano aplastado. La sombra comenzaba a ahogar el crepúsculo, siempre largo en aquellas altas latitudes. En el interior de la guardilla la oscuridad era completa.

Se aproximaba el momento. La jornada de la noche sería fatigosa: no podía ser menos de cuarenta verstas, e importaba no diferir la partida, en cuanto fuera posible.

Se aseguró el fugitivo de que el cuchillo entraba y salía en la vaina con facilidad, e introdujo seis cartuchos en su revólver, en sustitución de los que había disparado contra los lobos.

Restaba la dificultad de pasar por la ventana sin ser enganchado por el árbol giratorio, cuyo extremo se apoyaba en el orificio mismo de aquélla.

El fugitivo se disponía a practicar la operación, cuando un ruido bastante perceptible se dejó oír. Era el de un paso lento y pesado, que hacía crujir los escalones.

El molinero subía, llevando en la mano un farol.

Apareció en el momento en que el fugitivo, con el revólver en la mano, se disponía a lanzarse contra él.

Pero así que el molinero pasó medio cuerpo al ras del suelo, dijo:

—Este es el momento de partir; no tardes; baja; la puerta está abierta.

Estupefacto, el fugitivo no supo qué responder. ¿El molinero sabía, pues, que él estaba allí? ¿Le había visto refugiarse en el molino? Sí. Durante su sueño había subido a la guardilla y le había

visto, teniendo cuidado de no despertarle. ¿No era un ruso como él? Entre eslavos esto se conoce en la expresión del rostro. Había comprendido que la policía perseguía a aquel hombre. ¿Por qué? Él no se lo quería preguntar, como tampoco había querido denunciarle a Eck y sus agentes.

—Baja —repitió con voz dulce.

El fugitivo, cuyo corazón palpitaba fuertemente, descendió al piso inferior, una de cuyas puertas estaba abierta.

—Aquí tienes algunas provisiones —dijo el molinero, llenando de pan y carne el morral del fugitivo. He visto que está vacío, lo mismo que tu calabaza. Llénala y parte.

—Pero… si la policía sabe…

—Procura despistarla, y no te inquietes por mí. No te pregunto quién eres. No sé de ti más sino que eres un eslavo, y jamás un eslavo entrega a otro eslavo a la policía alemana.

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamó el fugitivo.

—Anda. ¡Que Dios te guíe y te perdone, si tiene de qué perdonarte!

La noche era muy oscura, y el camino que pasaba al pie del cerro estaba desierto. El fugitivo dirigió al molinero un último ademán de despedida y desapareció.

Conforme al nuevo itinerario adoptado, se trataba de llegar durante la noche al pueblo de Fallen y ocultarse en sus alrededores, para descansar durante el siguiente día. Unas cuarenta verstas tenía el fugitivo por delante, encontrándose entonces a sesenta de Pernau. Después, en dos jornadas, si algún mal encuentro no le hacía retrasarse, contaba llegar a Pernau en la noche del 11 de abril. Allí se ocultaría, en espera de encontrar recursos suficientes para tomar pasaje a bordo de un navío, de los numerosos que partirían así que el deshielo dejara libre el Báltico.

La marcha del fugitivo fue rápida, tanto por la llanura como por la orilla de los sombríos bosques. Sin embargo, era preciso rodear la base de algún cerro, franquear estrechos pasos y ríos medio

helados. El suelo era menos árido que en las cercanías del lago Peipus, donde la tierra, mezclada con amarillenta arena, no se cubre más que de anémica vegetación. De tarde en tarde aparecían pueblos dormidos, vecinos a campos llanos y monótonos, que el arado prepararía bien pronto para la siembra del trigo, centeno, lino y cáñamo.

La temperatura subía sensiblemente. La nieve, medio fundida, se transformaba en lodo. Aquel año el deshielo sería precoz.

A las cinco, antes de llegar a Fallen, el fugitivo descubrió una especie de casucha, en la que entró sin encontrar a nadie. Una parte de las provisiones entregadas por el molinero le sirvió para restaurar sus fuerzas: el sueño haría lo demás.

A las seis de la tarde partió de nuevo, después de un descanso que no turbó incidente alguno. Si durante la noche recorría la mitad de las sesenta verstas que le separaban de Pernau, aquélla sería la penúltima jornada.

Así fue. Al amanecer el fugitivo hizo alto; pero esta vez, a falta de mejor refugio, en lo más profundo de un pinar, a media versta del camino. Esto era más prudente que ir a pedir comida y albergue en alguna granja o posada. No se recibe siempre a los huéspedes como el molinero del lago.

Por la tarde, y oculto tras la maleza, el fugitivo vio pasar una escuadra de agentes por el camino de Pernau. Se detuvieron un instante como si tuvieran intención de registrar el pinar; pero, tras una corta parada, volvieron a ponerse en marcha.

A las seis continuó el viaje. El cielo estaba limpio de nubes. La luna, casi llena, brillaba con vivo resplandor. A las tres de la madrugada el fugitivo comenzó a recorrer la ribera izquierda del Pernowa, cinco verstas antes de Pernau. Siguiendo por ella llegaría a los suburbios de la ciudad, donde pensaba alojarse en una modesta posada hasta el día de la partida.

Grande fue su satisfacción al observar que el deshielo arrastraba ya los témpanos del Pernowa hacia el golfo… Algunos días más, y

ya habrían concluido los interminables caminos, las duras jornadas, las fatigas y los peligros de toda especie… Por lo menos, él lo creía así…

De repente sonó un grito. Era como aquel que le había saludado a su llegada a la frontera de Livonia, y que le recordaba el *wer da* germánico. Esta vez no salía de los labios de un aduanero. Una escuadra de agentes, a las órdenes del cabo Eck, acababa de aparecer. La formaban cuatro hombres que vigilaban el camino en las cercanías de Pernau.

El fugitivo se detuvo un instante, y después echó a correr descendiendo por la ribera.

—¡Es él! —aulló uno de los agentes.

Por desgracia, la intensa luz de la luna no permitía salvarse sin ser visto. Eck y sus hombres se lanzaron tras el fugitivo. Éste, cuyas fuerzas estaban gastadas por tan larga jornada, no encontraba su habitual vigor; y le sería difícil escapar de las manos de aquellos policías, que no se habían estropeado las piernas con un camino de diez horas.

—¡Antes morir que dejarme coger! —pensó.

Y en el momento en que un témpano pasaba a cinco o seis pies de la orilla, saltó a él con impulso prodigioso.

—¡Fuego! ¡Fuego! —gritó Eck a los suyos.

Sonaron cuatro detonaciones; pero las balas de revólver fueron a perderse entre los témpanos.

El que arrastraba al fugitivo derivaba con gran velocidad, pues la corriente del Pernowa es muy rápida en los primeros días del deshielo.

Eck y sus hombres seguían la ribera corriendo, aunque en malas condiciones, para asegurar sus disparos. Era preciso imitar lo hecho por el que perseguían; lanzarse sobre un témpano, después sobre otro, y así le perseguían.

Iban a intentarlo cuando se produjo un espantoso tumulto. El témpano sobre el que se había refugiado el fugitivo acababa de ser

cogido entre un choque de bloques, provocado por el estrechamiento del río en un codo brusco que lo desviaba hacia la derecha. El témpano se hundió, se alzó, volvió a hundirse y desapareció bajo la inmensa masa de los otros.

El deshielo se había inmovilizado. Los agentes se lanzaron sobre el campo de hielo, recorriéndolo y continuando sus pesquisas durante una hora. Ninguna huella del fugitivo, que, sin duda, había perecido.

—Mejor hubiera sido prenderlo —dijo uno de los agentes.

—Sin duda —respondió Eck—; pero puesto que no lo hemos podido coger vivo, procuraremos cogerlo muerto.

III

LA FAMILIA NICOLEF

AL día siguiente, 12 de abril, tres personas que esperaban a otra conversaban, entre siete y ocho de la noche en el comedor de una casa del barrio de Riga, habitado principalmente por rusos. Era la casa de apariencia modesta, construida con ladrillos, cosa rara en aquel barrio cuyo extremo ocupaba, pues generalmente las casas se construyen allí con madera. La estufa, colocada en un vano de la pared y que estaba encendida desde la mañana, mantenía una temperatura de quince o dieciséis grados, lo que era bastante, porque el termómetro colocado fuera se mantenía en cinco o seis grados centígrados sobre cero.

La pequeña lámpara de petróleo, cubierta con su pantalla, sólo arrojaba una vaga claridad sobre la mesa central. En una tetera, colocada en una mesilla con cubierta de mármol, hervía el agua. Cuatro tazas colocadas sobre sus platillos indicaban que iban a tomar el té cuatro personas. Pero la cuarta no había llegado aún, aunque hubieran pasado cuarenta minutos más de la hora marcada.

—Dimitri tarda —dijo uno de los invitados—, aproximándose a una ventana de doble vidriera que daba a la calle.

El que había hablado, hombre de unos cincuenta años, era el médico ruso Hamine, uno de los más fieles amigos de la casa. Desde hacía veinticinco años ejercía la medicina en Riga, siendo

muy solicitado por su talento práctico, muy apreciado por su carácter ameno, muy envidiado por sus compañeros de profesión, y sabido es a qué grado pueden llegar los celos profesionales, lo mismo en Rusia que en las demás partes del mundo.

—Sí, pronto serán las ocho —respondió otro de los invitados, mirando el reloj, colocado entre las dos ventanas. Pero el señor Nicolef tiene el derecho al cuarto de hora de cortesía, como decimos en Francia; y es sabido que este cuarto de hora tiene, generalmente, más de quince minutos.

El personaje que acababa de hacer la anterior reflexión era el señor Delaporte, cónsul francés en Riga. De cuarenta años de edad, establecido en la ciudad desde hacía diez, sus distinguidos modales y su carácter servicial le habían granjeado la consideración de todos.

—Mi padre ha ido a dar una lección al otro extremo de la ciudad —dijo entonces una tercera persona—. El camino es largo y rudo con esta borrasca mitad lluvia y mitad nieve derretida. ¡Llegará transido mi pobre padre!

—¡Bah…! —exclamó el doctor Hamine—, la estufa ronca como un magistrado en la audiencia. En este cuarto hace calor. La tetera rivaliza con la estufa… Una o dos tazas de té, y Dimitri habrá recobrado su calor interno y externo. No temas, querida Ilka… Además, si tu padre tiene necesidad de un médico, éste no se halla lejos y es uno de sus mejores amigos…

—Lo sabemos, querido doctor —respondió la joven.

Ilka Nicolef contaba veinticuatro años. Era el tipo eslavo en toda su pureza. ¡Qué diferencia entre ella y las otras muchachas de Riga, de sangre germánica, coloración fuerte, ojos muy azules, mirada inexpresiva e indolencia alemana! Ilka, morena, tenía la tez pálida, la estatura elevada, los rasgos nobles, el rostro algo severo, severidad dulcificada por la mirada de infinita dulzura, cuando no la atormentaba algún triste pensamiento. Seria y reflexiva, poco afecta

a la coquetería, vestida con sencillez y gusto, presentaba el tipo completo de la joven livonia de origen ruso.

Dimitri, viudo desde hacía diez años, tenía otro hijo, Jean, que acababa de cumplir dieciocho años y terminaba sus estudios en la Universidad de Dorpat. Ilka le había servido de madre durante su infancia, y en ninguna otra mujer hubiera podido encontrarse más abnegación, más bondad, más espíritu de sacrificio. Gracias a sus prodigios de economía, el joven estudiante había podido satisfacer las exigencias de una dispendiosa instrucción fuera de la casa paterna.

Dimitri Nicolef no contaba con más ingresos que el producto de las lecciones que daba en su casa y en la ciudad. Profesor libre de ciencias matemáticas y físicas, muy instruido y apreciado, se sabía que carecía de patrimonio. Su oficio no es de los que traen fortuna, y en Rusia menos que en otra parte. Si ésta se pudiera conseguir por el aprecio público, Dimitri Nicolef hubiera sido millonario, uno de los más ricos de Riga, donde su honradez le colocaba en primera fila entre sus conciudadanos, de raza eslava, se entiende. Para que no quede duda alguna respecto a este punto, bastará oír la conversación del doctor Hamine y del cónsul, conversación que mantenían en lengua rusa, que el señor Delaporte hablaba con tanta pureza como los rusos distinguidos hablan el idioma francés:

—Y bien, doctor —dijo—, estamos en vísperas de un movimiento, cuyo resultado será modificar las condiciones políticas de Estonia, de Livonia y de Curlandia. Así lo hacen presentir los periódicos.

—La evolución se efectuará gradualmente —respondió el doctor —; ¡y nunca será pronto el día en que la administración y la municipalidad sean arrebatadas a las corporaciones alemanas! ¿No es una inaceptable anomalía que los germanos tengan la dirección política de nuestras provincias?

—Y, por desgracia, cuando no la tengan, continuarán siendo poderosos por la fuerza del dinero, puesto que son dueños de las

tierras y plazas.

—Las plazas se les podrán arrebatar —respondió el señor Delaporte—, pero las tierras será difícil, por no decir imposible. Sólo en Livonia esos alemanes poseen la mayor parte del dominio rural, cuatrocientas mil hectáreas por lo menos.

—Esto es exacto. En las provincias bálticas los nobles, los ciudadanos distinguidos, burgueses y comerciantes, son casi exclusivamente de origen teutón. Verdad que, convertido por estos alemanes, primero católicos y después protestantes, el pueblo no ha podido ser germanizado. Los estonios, esos hermanos de los finlandeses y de los letones, agricultores sedentarios casi todos, no ocultan su antipatía de raza por sus maestros, y en Revel, en Dorpat y en San Petersburgo numerosos periódicos se dedican a la tarea de defender sus derechos.

El cónsul añadió:

—En la lucha entre los rusos de origen eslavo y los rusos de origen alemán, ¡no sé yo quién vencería!

—Dejemos hacer al emperador —respondió el doctor Hamine—. Es un eslavo de pura raza, y sabrá reducir el elemento extranjero en nuestras provincias.

—Acabará por conseguirlo —dijo la joven con voz grave—. ¡Hace setecientos años, desde la conquista, que nuestros campesinos, nuestros obreros, han resistido a la presión de los conquistadores que han permanecido fuera del país!

—Y tu padre, querida Ilka —dijo el doctor—, ha combatido valientemente por nuestra causa. Con justo título está a la cabeza del partido eslavo.

—No sin haberse creado terribles enemigos —observó el señor Delaporte.

—Entre otros —respondió el doctor—, los hermanos Johausen, esos ricos banqueros que rabiarán de despecho el día en que Dimitri Nicolef les arrebate la dirección de la municipalidad de Riga. Después de todo, nuestra ciudad no cuenta con más de cuarenta mil

alemanes contra veintiséis mil rusos y veinticuatro mil letones. Los eslavos están en mayoría, y ésta apoyará a Nicolef.

—No tiene mi padre tanta ambición —respondió Ilka—. Con tal que los eslavos sean los dueños de su país…

—Lo serán en las próximas elecciones, señorita Ilka —afirmó el señor Delaporte—, y si Dimitri Nicolef consiente en presentarse…

—Será carga muy pesada para mi padre, cuya posición es modesta —respondió la joven. Además, usted lo sabe, mi querido doctor, a despecho de las cifras, Riga es una población mucho más alemana que rusa.

—¡Dejemos correr el agua del Duina! —exclamó el doctor—. Las viejas costumbres se irán río abajo, y río arriba vendrán las ideas nuevas. Y aquel día el bravo Dimitri será llevado por ellas.

—Le agradezco a usted, doctor, y a usted también, señor Delaporte, los sentimientos que mi padre les inspira; pero es preciso andar con cuidado. ¿No han notado ustedes que cada vez está más triste? Esto me inquieta.

En efecto; sus amigos habían hecho la misma observación. Desde hacía algún tiempo Dimitri Nicolef parecía tener graves preocupaciones. Pero, de carácter poco comunicativo, a nadie transmitía sus pensamientos, ni aun a sus hijos ni a su antiguo y fiel amigo Hamine. Se refugiaba en un trabajo obstinado, con la esperanza de olvidar sin duda. No obstante, la población eslava de Riga le miraba como su futuro representante en las elecciones próximas.

Corría el año 1876. La idea de dar carácter ruso a las provincias bálticas databa ya de un siglo. Catalina II pensaba en esta reforma nacional. El gobierno tomaba medidas para alejar las corporaciones alemanas de la administración municipal de las ciudades y pueblos. La elección de los consejos iba a ser confiada al conjunto de ciudadanos que reunían ciertas condiciones. En las provincias bálticas, cuya población era entonces de trescientos veintiséis mil habitantes en Estonia, un millón en Livonia y seiscientos sesenta mil

en Curlandia, el elemento germánico no estaba representado más que por catorce mil nobles, siete mil comerciantes y noventa y cinco mil burgueses, que, con los judíos, daban un total de ciento cuarenta mil. Una mayoría eslava debía, pues, formarse fácilmente bajo la dirección del gobernador y del alto personal administrativo. La lucha se había iniciado ya contra la municipalidad actual, cuyos personajes más influyentes eran los referidos banqueros Johausen, que están llamados a representar un importante papel en el curso de esta dramática historia.

Importa advertir que en el barrio de Riga donde se alzaba la modesta casa de la familia Nicolef, que su padre habitaba antes que él, el profesor gozaba de la consideración general. Este barrio cuenta ocho mil moscovitas.

Ya hemos dicho que la posición de Dimitri Nicolef era mediana, bastante más mediana de lo que se suponía. ¿Era esto causa de que Ilka permaneciese soltera, aunque hubiera ya cumplido los veinticuatro años? ¿Acaso en Livonia sucede lo que en otras partes, donde es menguado dote la belleza y la virtud? No. Y tal vez en aquella sociedad eslava de la provincia el dinero no es el más importante factor del matrimonio.

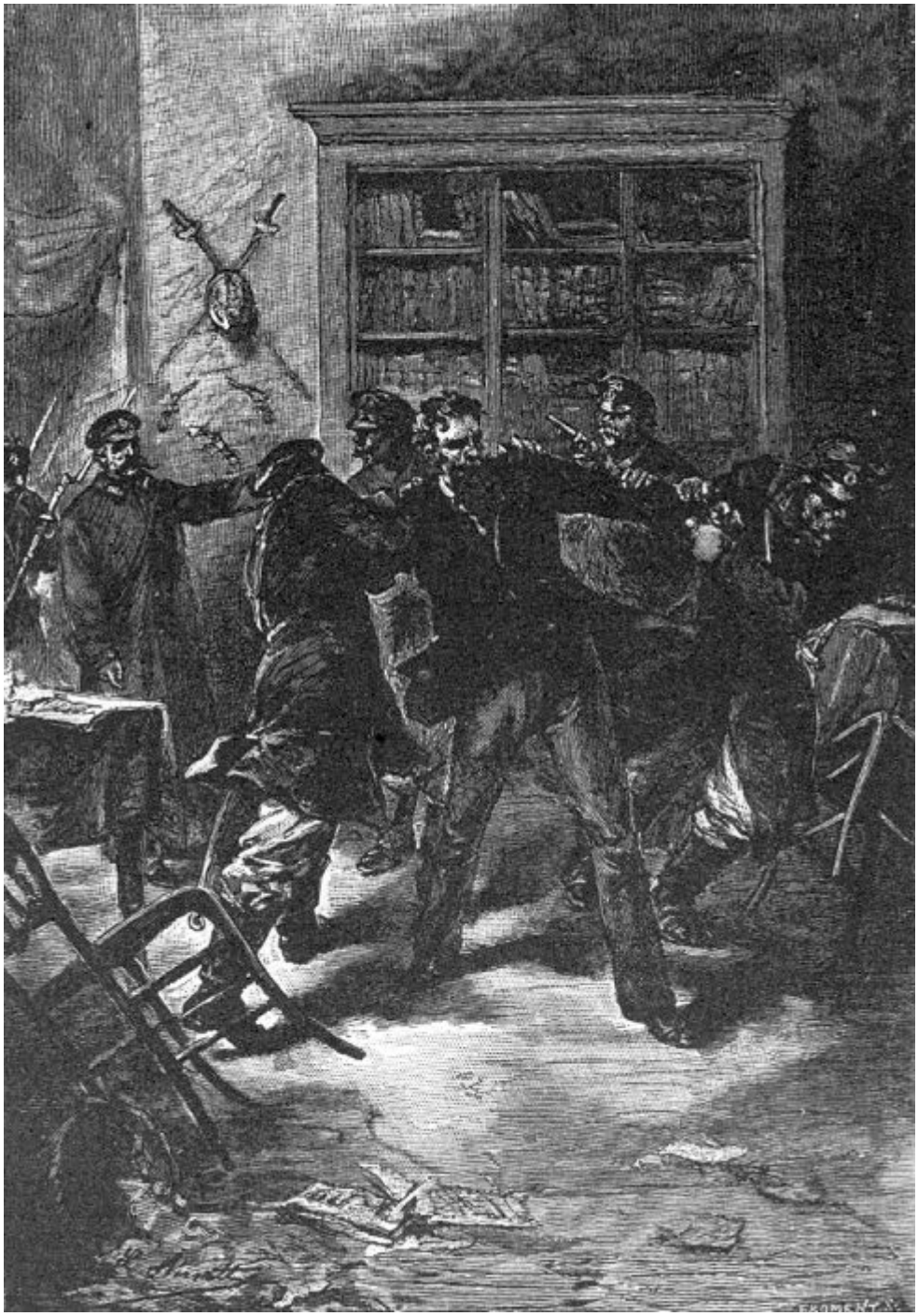
La mano de Ilka había sido solicitada varias veces, pero Dimitri y su hija habían rechazado partidos muy ventajosos.

Había un motivo para ello. Desde hacía algunos años, Ilka estaba prometida al hijo único de Mikhail Yanof, un eslavo, amigo de Dimitri Nicolef. Ambos habitaban en Riga en el mismo barrio. Vladimir Yanof, que en la actualidad contaba treinta y dos años, era un abogado de talento. A pesar de la diferencia de edad, puede decirse que se criaron juntos. En 1872, cuatro años antes de comenzar esta historia, el matrimonio de Vladimir Yanof y de Ilka se había decidido. El novio contaba veintiocho años y la joven veinte. La boda debía celebrarse aquel año.

Las dos familias habían guardado el secreto tan severamente, que los amigos nada sabían. Se disponían a darles parte de la boda,

cuando sus proyectos fueron bruscamente deshechos.

Vladimir Yanof era miembro de una de esas asociaciones secretas que luchan en Rusia contra la autocracia de los zares, sin que esto significara que estuviera afiliado al partido nihilista, que desde aquella época ha sustituido la propaganda moral por la propaganda por el hecho. Pero la recelosa administración moscovita no ve entre unos y otros diferencia alguna, y obra por medida administrativa, sin sujetarse a los procedimientos legales. Se efectuaron algunas detenciones en varias ciudades del imperio, entre ellas Riga, y Vladimir Yanof, brutalmente arrancado de su hogar, fue deportado a las minas de Munisinsk, en la Siberia oriental. ¿Volvería? ¿Quién se atrevería a esperarlo?



Golpe terrible para las dos familias, que alcanzó también a los eslavos de Riga. Ilka hubiera muerto, de no sostenerla la energía que encontró en su amor mismo, y que hizo nacer en ella la resolución de unirse a su novio, cuando esto fuera posible, y participar de su terrible existencia de deportado en regiones lejanas.

Pero no pudo saber ni lo que había sido de él, ni el lugar a que había sido deportado, habiendo transcurrido ya cuatro años sin recibir noticias suyas.

Seis meses después del arresto de su hijo, Mikhail Yanof sintió que se le acercaba la muerte. Vendió cuantos bienes poseía, por valor de unos veinte mil rublos[2] en billetes, que entregó a Dimitri Nicolef, encargándole de guardar esta suma para su hijo.

El depósito fue aceptado y guardado tan secretamente por el depositario, que Ilka no tuvo nunca conocimiento de él.

Se sabe que si la fidelidad hubiera de ser arrojada de este mundo, buscaría en Livonia su último refugio. Allí se encuentran aún esos asombrosos novios que contraen matrimonio después de veinte o veinticinco años de relaciones. Por regla general, tan larga espera tiene como causa el que su posición no está formada.

En lo que se refiere a Vladimir y a Ilka, no era éste el motivo. La joven carecía de dote y sabía que el joven abogado nada pediría, y hasta ignoraba lo que su padre le había dejado. Pero como no le faltaba ni talento ni energía, no le espantaba el porvenir, ni por él, ni por su mujer, ni por la familia que formara.

Ilka sabía que el desterrado no la olvidaría ni ella a él tampoco.

¿No es su país el de «las almas hermanas»? Con frecuencia estas almas no consiguen unirse en la tierra y se confunden en la eternidad.

Ilka esperaba con el pensamiento fijo en el desterrado. Esperaba que una gracia, por otra parte muy improbable, le trajese a su lado. Esperaba que se le concediese permiso para ir junto a él… No se consideraba únicamente como prometida, sino como mujer del ausente. Pero si partía, ¿qué sería de su padre en aquella casa abandonada, que ella regía, y en la que, gracias a su orden y economía, se disfrutaba aún de relativo bienestar?

Ignoraba Ilka lo más grave de la situación, pues Dimitri Nicolef nunca le habló de ello, aunque nada hubiera en el caso de deshonroso para él. ¿A qué añadir a las inquietudes del presente las

zozobras del porvenir? Demasiado pronto se sabría la verdad, pues la catástrofe se aproximaba.

El padre de Dimitri Nicolef, comerciante en Riga, había dejado al morir muy embrollados sus asuntos. La desastrosa liquidación arrojaba un pasivo de veinticinco mil rublos. No queriendo Dimitri que el nombre de su padre se viera envuelto en una quiebra, resolvió pagar las deudas. Realizó cuanto poseía y logró reembolsar algunos miles de rublos. Se le concedió una prórroga para pagar el resto, y todos los años pudo economizar algo de su trabajo para entregarlo a su acreedor, que era la casa Johausen hermanos. En la época actual Dimitri Nicolef debía aún la suma, para él enorme, de dieciocho mil rublos. Y lo que agravaba la situación, lo que la hacía casi terrible, era que para el vencimiento de esta suma faltaban menos de seis semanas: era el 15 del próximo mayo. Vladimir Yanof, brutalmente arrancado de su hogar

¿Podía Dimitri Nicolef esperar que los hermanos Johausen le concediesen nueva prórroga? No… No se encontraba únicamente ante el banquero; tenía que habérselas con el enemigo político, del que la opinión le presentaba como rival en el movimiento antigermánico que se preparaba. Frank Johausen, el jefe de la casa, le tenía sujeto con esta deuda; la última, pero también la más fuerte.. No tendría piedad.

La conversación del doctor, del cónsul y de Ilka continuó aún durante media hora, y ya se mostraba la joven muy inquieta por el retraso de su padre cuando éste apareció en la puerta del comedor.

Aunque no pasase de los cuarenta y siete años, Dimitri Nicolef aparentaba diez más.

Era de regular estatura, barba gris, el rostro bastante duro, la frente surcada de arrugas a modo de surcos donde no pueden germinar más que ideas tristes, de constitución vigorosa. De su juventud había conservado una mirada poderosa y una voz llena y sonora; esa voz, como dijo Jean Jacques[3], que suena en el corazón.

Dimitri Nicolef se despojó de su abrigo, mojado por la lluvia, dejó su sombrero sobre un sillón, besó a su hija en la frente y estrechó las manos de sus dos amigos.

—Has tardado, padre —le dijo Ilka.

—Una lección que se ha prolongado.

—Tomemos el té —añadió la joven.

—A no ser que estés muy fatigado, Dimitri —observó el doctor Hamine—; no me satisface tu cara. Debes tener necesidad de descanso.

—Esto no es nada —respondió Nicolef—. La noche me repondrá… Tomemos el té, amigos míos. Ya os he hecho esperar bastante, y con vuestro permiso me acostaré pronto.

—¿Qué tienes, padre? —preguntó Ilka, mirándole fijamente.

—Nada, hija mía, nada… Si te ve inquieta Hamine, acabará por descubrir en mí alguna enfermedad imaginaria, aunque no sea más que por darse la satisfacción de curarme.

—No son éstas de las enfermedades que se curan —respondió el doctor moviendo la cabeza.

—¿No sabe usted nada nuevo, señor Nicolef? —preguntó el cónsul.

—Nada, si no es que el gobernador general Gorko, que estaba en San Petersburgo, acaba de regresar a Riga.

—¡Bien! —exclamó el doctor—. Dudo que este regreso agrade a los Johausen.

La frente de Dimitri Nicolef se frunció al oír aquel nombre, que le recordaba la próxima catástrofe.

El té estaba presto e Ilka llenó las tazas. Un té de buena calidad, aunque no costase a ciento sesenta francos la libra, como el de los ricos. Felizmente lo hay de todos precios, pues es la bebida usual, la bebida moscovita por excelencia, y de ella hacen uso hasta los más pobres.

El té fue acompañado de pan con mantequilla, que la joven preparaba por sí misma, y durante media hora la conversación se

prolongó entre los tres amigos.

Versó sobre el estado de los espíritus en Riga, el mismo, por lo demás, que reinaba en las principales ciudades de las provincias bálticas. La lucha entre los dos elementos, germánico y eslavo, apasionaba a los más indiferentes. Con la acentuación de las energías políticas se podía prever que la batalla sería ruda, sobre todo en Riga, donde las razas estaban en contacto más directo.

Dimitri, visiblemente preocupado, apenas tomaba parte en la conversación, aunque se hablase de él con frecuencia. Su pensamiento estaba lejos. ¿Dónde? Él solo hubiera podido decirlo… Pero cuando se le preguntaba no respondía más que con palabras evasivas, que no satisfacían al doctor.

—Vamos, Dimitri —decía éste—, tienes el aspecto de estar en el fondo de Curlandia y estamos en Riga. ¿Es que tienes la intención de apartarte de la lucha? La opinión y la alta administración están a tu lado. ¿Querrás asegurar una vez más el éxito de Johausen?

¡Todavía aquel nombre, que producía siempre el efecto de un violento golpe en el desventurado deudor de la rica casa de banca!

—Son más poderosos de lo que tú crees, Hamine —respondió Dimitri.

—Pero menos de lo que ellos dicen, como ha de verse —replicó el doctor.

El reloj dio las nueve y media. Era hora de retirarse. El doctor y el señor Delaporte se levantaron para despedirse de sus huéspedes. El tiempo era malo. El huracán golpeaba las ventanas. El viento silbaba, e introduciéndose por la chimenea agitaba a veces la llama de la estufa.

—¡Qué borrasca! —dijo el cónsul.

—¡Un tiempo para no hacer salir a un médico! —declaró el doctor—. Vamos… Venga usted, Delaporte; le ofrezco a usted un sitio en mi coche. Un coche de dos pies, sin ruedas.

El doctor besó a Ilka, siguiendo su antigua costumbre; Delaporte y él estrecharon cordialmente la mano de Dimitri Nicolef, que les

acompañó hasta la puerta, y ambos desaparecieron en la oscuridad de la tormentosa noche.

Ilka dio a su padre el beso de todas las noches y Dimitri Nicolef la estrechó en sus brazos, quizá con más ternura que otras veces.

—No he visto tu periódico —dijo ella—. ¿El cartero lo ha traído?

—Sí, hija mía. Lo he encontrado esta tarde al regresar en la puerta de casa y me lo ha entregado.

—¿Y no había carta? —preguntó Ilka.

—No, hija mía, no.

Desde hacía cuatro años sucedía lo mismo. No había carta… al menos que viniera de Siberia… ¡aquella carta en la que Ilka hubiera podido humedecer con sus lágrimas la firma de Vladimir Yanof!

—Buenas noches, padre.

—Buenas noches, hija mía.

IV

EN EL COCHE CORREO

En la época de nuestro relato, los medios de transporte por las interminables llanuras de las provincias bálticas se reducían a dos, Coche correo o telega: no existía otro vehículo a disposición de los viajeros, a menos que el viajero quisiera recorrerlas a pie o a caballo. Ferrocarril no había más que el que prestaba servicio por el litoral de Estonia, rodeando el golfo de Finlandia. Si Revel se encontraba en comunicación con San Petersburgo, las otras dos capitales de Livonia y Curlandia, Riga y Mitau, no estaban unidas por línea férrea alguna con la capital del imperio ruso.

Coche correo o talega, no existía otro vehículo a disposición de los viajeros.

La telega es un carro bajo, sin clavos ni hierro, cuyas diferentes piezas están unidas por cuerdas; por banqueta tiene un saco de piel, o simplemente los equipajes, siendo, además, preciso sujetarse con una correa, en prevención de las caídas, muy peligrosas en aquellos caminos llenos de guijarros.

El coche correo es menos rudimentario. No es carro, sino coche; poco cómodo, es cierto, mas donde se está al abrigo de la lluvia y del viento. No tiene más que cuatro asientos, y el que entonces hacía el servicio entre Riga y Revel no salía más que dos veces por semana.

Claro es que durante el invierno ni coche correo, ni telega, ni ningún otro vehículo de ruedas hubiera podido circular por los caminos helados, siendo reemplazados, no sin ventaja, por el perklvsnoio, especie de pesado trineo de patines, al que su tiro arrastra con bastante rapidez por las blancas estepas de las provincias bálticas.

La mañana del 13 de abril el coche correo, que iba a partir para Revel, no esperaba más que un solo viajero, que había tomado su billete la víspera. Era un hombre de cincuenta años que llegó a la hora de la partida, de buen humor, rostro alegre y boca sonriente. Vestía fuerte gabán sobre su traje, de gruesa tela, y llevaba en el brazo una cartera, que oprimía estrechamente.

Cuando entró en el despacho, el conductor le dijo:

—Y bien, Poch, ¿eres tú el que ha reservado una plaza en la mala[4]?

—Yo mismo, Broks.

—No te basta, pues, una telega. Te es preciso un buen carruaje con tres buenos caballos.

—Y un buen conductor como tú, mi viejo amigo.

—Vamos… Ya veo que no reparas en gastos.

—No; sobre todo cuando no soy yo el que paga.

—¿Quién es?

—Mi principal, el señor Frank Johausen.

—¡Oh! —exclamó el conductor—. Éste tiene medios para tomar todos los asientos.

—Es verdad, Broks, y si no he tomado más que uno, espero que tendré compañeros de viaje. Se aburre uno menos en el camino.

—¡Ah, mi pobre Poch, por esta vez será preciso que te pases sin ellos! Esto no sucede con frecuencia; pero hoy sí. No hay más billete reservado que el tuyo.

—¡Cómo…! ¿Nadie…?

—Nadie; y a no ser que en el camino monte algún peatón, te verás reducido a hablar conmigo. Pero no te importe; ya sabes que

no me molesta hablar.

—Ni a mí, Broks.

—¿Y adónde vas?

—Hasta el final del camino, a Revel, a casa del corresponsal de los señores Johausen.

Y Poch, guiñando el ojo, indicaba la cartera que apresaba bajo su brazo y que unía al cinto con una cadena de cobre.

—Bien, bien. No hablemos más… No estamos solos.

En efecto; un viajero que había podido advertir el movimiento del dependiente, acababa de entrar en el despacho.

Este viajero parecía mostrar interés en no ser conocido. Envuelto en su abrigo, cuyo capuchón cubría su cabeza, se ocultaba en parte el rostro.

Se aproximó al conductor y le dijo:

—¿Hay un asiento libre en el coche?

—Quedan tres —respondió Broks.

—Con uno es bastante.

—¿Para Revel?

—Sí, para Revel —respondió el viajero tras un momento de vacilación.

Y al decir esto pagó en rublos-papel el precio de su billete hasta el final del trayecto, unas doscientas cuarenta verstas.

Después con voz breve añadió:

—¿Cuándo partimos?

—Dentro de diez minutos.

—¿Adónde llegaremos esta noche?

—A Pernau, si el tiempo no lo impide. Con estas tormentas nunca se sabe…

—¿Acaso hay que temer retrasos? —preguntó el dependiente.

—¡Hum! —gruñó Broks—. No estoy contento del aspecto del cielo. Las nubes corren con una rapidez… En fin, con tal que no nos traigan más que lluvia… Pero si nieva…

—Vamos, Broks, no economizando los tragos de aguardiente a los postillones, mañana por la noche estaremos en Revel.

—Es de desear. ¡Treinta y seis horas! No acostumbro tardar más.

—Entonces —respondió Poch—, en camino, y no perdamos el tiempo.

—Los caballos ya están enganchados —respondió Broks—, y a nadie espero. La copa de partida, Poch. ¿Aguardiente o vodka?

—Aguardiente —respondió el dependiente.

Después de hacer al postillón seña para que le siguiera, entraron en la taberna de enfrente. Dos minutos después volvían junto al coche, donde ya el viajero desconocido había tomado asiento. Poch se instaló junto a él, y el carruaje arrancó.

Los tres caballos que lo arrastraban no eran más grandes que asnos. De pelo largo y fuerte y una delgadez que dejaba ver el relieve de sus músculos, pero llenos de ardor. El silbido del iemschick[5] bastaba para mantenerlos al trote largo.

Hacía ya muchos años que Poch pertenecía al personal de la casa de banca de los hermanos Johausen, donde entró de niño y donde permanecería hasta su retiro. Gozaba de toda la confianza de sus amos, y se le encargaba frecuentemente llevar a los corresponsales, ya de Revel, ya de Pernau, de Mitau o de Dorpat, sumas de importancia, que hubiera sido imprudente confiar al servicio de coches correo. Esta vez su cartera contenía quince mil rublos en billetes, que debía entregar al corresponsal de Revel, volviendo después a Riga.

No le faltaba motivo para desear estar pronto de regreso. Su conversación con Broks nos dará a conocer este motivo.

El iemschick conducía rápidamente al tiro, con los brazos separados y llevando las riendas a la manera rusa. Después de haber subido por el barrio del norte, se lanzó sobre la carretera, a través del campo. En los alrededores de Riga son numerosos los campos cultivados, y los trabajos de labor iban a comenzar muy

pronto. Pero a diez o doce verstas de allí la mirada se perdía en la interminable estepa, cuya uniformidad sólo se altera, a excepción de los accidentes del terreno, muy raros en la superficie de las provincias bálticas, por los bosques de verdes árboles.

Como Broks había hecho observar, el aspecto del cielo no era tranquilizador. El aire se desplazaba en violentas ráfagas y la tormenta se acentuaba a medida que el sol se elevaba sobre el horizonte. Afortunadamente, el viento soplaba del sudoeste.

Cada veinte verstas una parada permitía cambiar el tiro y el postillón. Este servicio, convenientemente organizado, aseguraba a los viajeros un transporte regular y bastante rápido.

Desde la partida, con vivo disgusto, comprendió Poch que no podría entrar en conversación con su compañero de viaje; hundido en un rincón, con la cabeza encapuchada y sin dejar ver nada de su rostro, dormía o fingía dormir. El dependiente hizo vanas tentativas para entablar un diálogo.

Locuaz por naturaleza, viose, pues, reducido a hablar con Broks, sentado cerca del iemschick y abrigado con su capote de cuero.

Bajando el cristal que cerraba la delantera era fácil hablar, y como el conductor era tan aficionado a ello como el dependiente, las lenguas no descansaban.

—¿Y aseguras, Broks —era la cuarta vez que desde la partida le dirigía esta pregunta—, aseguras que mañana por la noche llegaremos a Revel?

—Sí, Poch, si el mal tiempo no lo impide; sobre todo, si no nos detiene durante la noche.

—Y una vez en Revel, ¿el coche partirá a las veinticuatro horas?

—A las veinticuatro horas —respondió Broks. El servicio está establecido de esta manera.

—¿Y serás tú el que me conduzca a Riga?

—Yo mismo, Poch.

—¡Por San Miguel…! Ya querría estar de vuelta… Contigo, se entiende.

—¿Conmigo, Poch? Gracias por tu amabilidad… Pero, ¿por qué tanta prisa?

—Porque tengo que hacerte una invitación, Broks.

—¿A mí?

—A ti. Una invitación que te agradará, si es que te gusta comer y beber bien en grata compañía.

—¡Vaya! —dijo Broks—. Sería preciso ser enemigo de sí mismo para que le desagradara a uno eso. ¿Se trata de una comida?

—Más que comida. Un verdadero festín de boda.

—¿De boda? —exclamó el conductor—. ¿Y por qué motivo he de ser yo invitado a un festín de boda?.

—Porque el novio te conoce personalmente.

—¿Me conoce?

—Y también la novia.

—Vamos —dijo Broks—, acepto, aun sin saber quiénes son los futuros esposos.

—Te lo voy a decir.

—Antes déjame que te pregunte si son buena gente.

—¡Ya lo creo…! Como que el novio soy yo.

—¡Tú, Poch!

—Yo mismo… Y la novia es la excelente Zenaida Parensof.

—Sí que es excelente… La verdad, no esperaba esto.

—¿Te asombra?

—No. Y haréis un buen matrimonio, aunque tú tengas cincuenta años cumplidos, Poch.

—Y Zenaida tenga cuarenta y cinco, Broks. ¿Qué quieres? Seremos dichosos menos tiempo, esto es todo. ¡Ah, amigos Se puede amar cuando se quiera; pero no debe uno casarse hasta que es posible. Yo tenía veinticinco años cuando me enamoré, y Zenaida veinte. Pero entre los dos no poseíamos cien rublos. Lo prudente era esperar. Cuando yo hubiera ahorrado una suma regular y ella tuviera una dote semejante, estaba convenido que nos casaríamos… ¡Y hoy ya está el dinero! ¿Acaso entre los pobres no

sucede esto frecuentemente en Livonia? Así no hay que inquietarse por el porvenir.

—Tienes razón,

—Yo ocupo ya un buen destino en la casa Johausen; quinientos rublos por año, que los dos hermanos aumentarán el día del matrimonio. Zenaida gana otro tanto. Henos, pues, ricos… ricos a nuestra manera, se comprende… Seguramente no poseemos la cuarta parte de lo que llevo en mi cartera.

Poch se detuvo, arrojando una mirada recelosa sobre su compañero de viaje, siempre inmóvil, y que al parecer dormía. Tal vez había hablado más de lo conveniente. Después añadió:

—Sí, Broks; ricos a nuestra manera. Con nuestras economías pienso que Zenaida haría bien en comprar una tienda de mercería. Hay una en venta cerca del puerto.

—Y te prometo gran clientela, amigo Poch —exclamó el conductor.

—Gracias, Broks, gracias por adelantado. Ya sabes que en el festín te reservo un sitio.

—¿Cuál?

—No lejos de la novia. Ya verás cómo Zenaida está aún bella con su traje de boda, la corona de mirto en la cabeza y el collar, regalo de la señora Johausen.

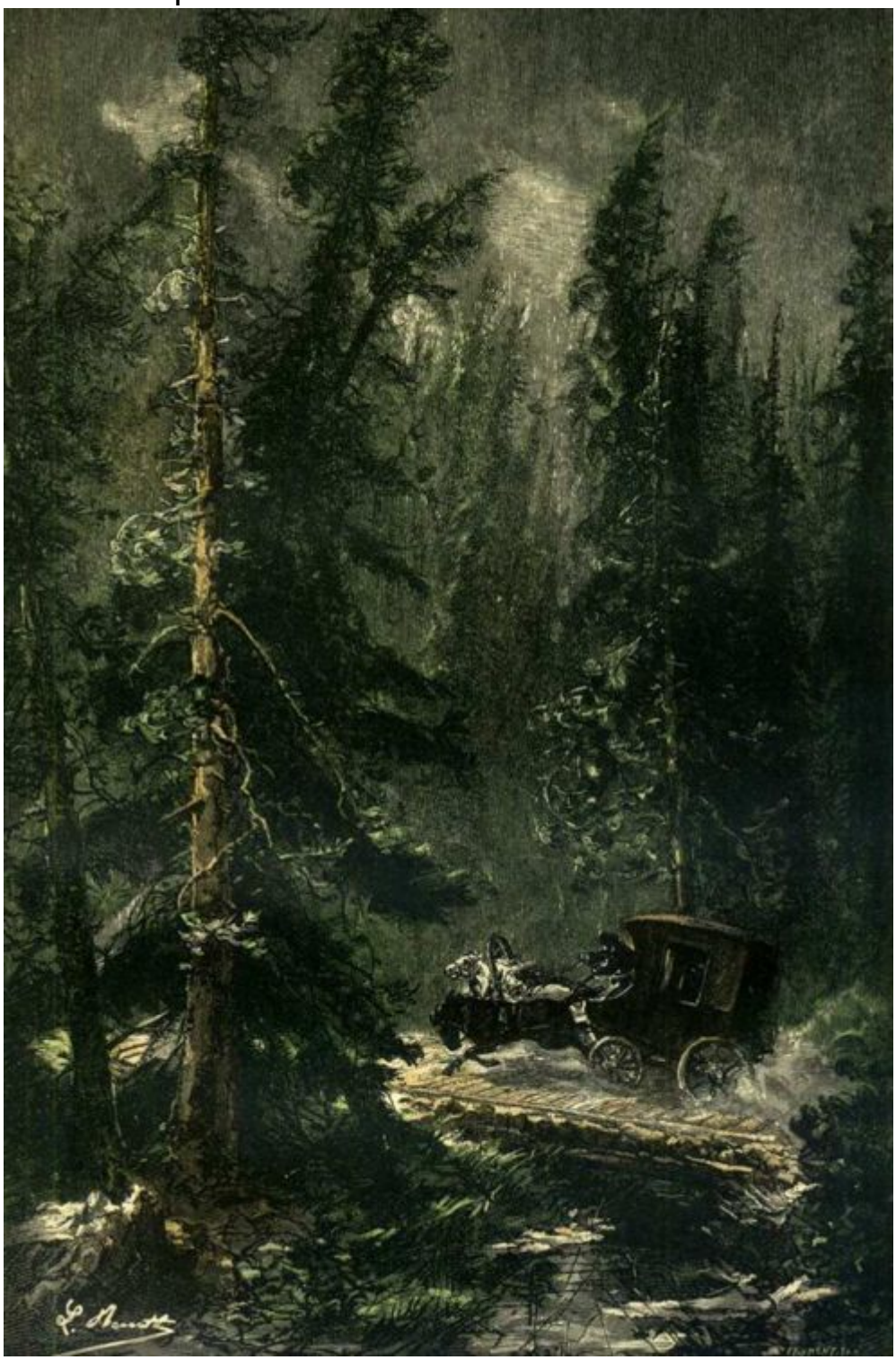
—¡Te creo, Poch, te creo! Tan buena mujer no puede menos de ser bella. ¿Y cuándo es la ceremonia?

—Dentro de cuatro días, el 16 de este mes. Y he aquí por qué te digo: da prisa a los postillones, que por mi parte no he de regatearles las copas. Que no dejen dormirse a los caballos… ¡Tu coche lleva un novio, y es preciso que no envejezca demasiado en el viaje!

—¡Sí, Zenaida no te querría! —respondió riendo el alegre conductor.

—¡Ah! ¡La buena mujer! Aunque yo tuviera veinte años más, me querría lo mismo.

Por efecto de la confidencia que el dependiente acababa de hacer a su amigo Broks, las paradas, regadas con una copa de aguardiente, fueron breves, y jamás el coche correo de Riga había caminado tan de prisa.



El país ofrecía siempre el mismo aspecto, de inmensas llanuras, de las que brotaba el penetrante olor del cáñamo durante el verano. El estado del camino, las más de las veces trazado por los coches y carretas, dejaba mucho que desear. A veces se prolongaba entre las lindes de vastos bosques, invariablemente cubiertos de arces, alisos, abedules e inmensos abetales que gemían al impulso de las ráfagas. En los caminos y campos de cultivo había poca gente. El carruaje marchaba de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, de parada en parada, sin perder tiempo, gracias a Broks. No era de prever retraso alguno.

Durante el tiempo que se tardaba en cambiarse el tiro, el dependiente y el conductor se apeaban, pero el viajero desconocido no abandonaba su sitio, aprovechando el tiempo en que quedaba solo para arrojar una mirada al exterior.

—No es muy vivo nuestro compañero —repetía Poch.

—Ni tampoco muy hablador —respondía Broks.

—¿No sabes quién es?

—No… y no he visto ni el color de su barba.

—Preciso será que se decida a mostrar el rostro cuando comamos al mediodía.

—¡A menos que tampoco coma! —respondió Broks.

Antes de llegar al pueblo donde el coche debía detenerse a la hora de comer, atravesaron por un gran número de miserables aldeas, llenas de cabañas, apenas habitables, mansiones de gente pobre, cuyas mal unidas maderas dejaban penetrar el frío. Sin embargo, en Livonia los campesinos son robustos. Los hombres muestran sus cabezas cubiertas de duros cabellos, y las mujeres van cubiertas de andrajos; los niños, descalzos, con los brazos y las piernas manchados de barro, como animales de establos descuidados. ¡Pobres mujiks! Y si sufren en sus tugurios los calores del verano y los fríos del invierno, la lluvia o la nieve, ¿qué decir de su alimentación, del negro pan de corteza, mojado en el aceite, que da la simiente del cáñamo, del caldo de trigo o avena, y alguna vez

muy pocas, del tocino o carne salada? ¡Qué existencia la suya! Pero no se quejan… ¿Para qué?

Afortunadamente, a la entrada de un pueblo importante, en la parada del mediodía y en una regular posada, los viajeros encontraron sustanciosa comida: cochinillo, cohombros nadando en un cuenco de agua salada, grandes pedazos de ese pan que se llama «pan agrio», pues no se podía exigir pan blanco, un trozo de salmón pescado en las aguas del Duina, tocino fresco con legumbres, caviar, jengibre, rábanos y esas confituras de arándanos que tienen un sabor singular. Por bebida el invariable té, el cual corre con tanta abundancia que bastaría para alimentar un río en las provincias bálticas. En suma, una excelente comida que puso a Broks y a Poch de excelente humor para el resto del día.

Respecto al otro viajero, no pareció que le produjera tan felices efectos. Se hizo servir aparte, en un rincón sombrío de la sala. Levantó apenas su capucha, que dejó ver una barba canosa. En vano el dependiente y el conductor intentaron verle el rostro. Comió rápida y sobriamente, y mucho antes que los otros volvió a ocupar su sitio en el coche.

No dejó esto de intrigar a sus compañeros de viaje, especialmente a Poch, que sentía gran despecho por no haber podido sacar una sola palabra a aquel taciturno.

—¿No conseguiremos saber quién es ese individuo? —preguntó Poch.

—Yo te lo voy a decir —respondió Broks.

—¿Le conoces?

—Sí… Es un caballero que ha pagado su billete, y esto me basta.

Se partió algunos minutos antes de las dos, y el coche tomó un andar rápido. El tiro, al que se le dirigían cariñosas palabras: «¡Hala, palomas…! ¡hala, golondrinas…!», arrancó al trote largo, bajo el látigo del postillón.

Probablemente Poch había agotado todo su repertorio de noticias, pues entre él y el conductor la conversación languidecía. Algo pesado, además, por efecto de la digestión de tan buena comida, ahogado el cerebro en los vapores del vodka, no tardó en dormirse, balanceando la cabeza a uno y otro lado. Sueño que al cabo de un cuarto de hora era profundo, y en el que sin duda brillaba la dulce imagen de Zenaida Parensof.

El tiempo se tornaba rudo. Las nubes bajaban. El carruaje había entrado por llanuras pantanosas, impropias para establecer un camino. Por la tierra movediza corrían múltiples arroyos, siendo preciso yuxtaponer troncos de árboles para dar alguna solidez al terreno. El paso, casi insuficiente para un peatón, era muy difícil para un carruaje. Gran número de dichos maderos, apoyados solamente por un extremo, se movían bajo las ruedas del coche, que sonaba con un inquietante ruido de herraje.

En tales condiciones, el iemschick no pensaba en forzar al tiro. Por prudencia, marchaba lentamente, levantando a los caballos, que tropezaban a cada paso. Se franquearon de este modo varias etapas, evitando accidentes. Pero las bestias llegaban muy fatigadas a los sitios de parada, y no se les podía pedir más.

A las cinco de la tarde, bajo un cielo cubierto de nubes, ya era de noche. Extrema atención exigía mantenerse en buena dirección en aquel camino confundido con los pantanos. Los caballos se asustaban al no sentir el suelo firme bajo sus cascos: espantados, se arrojaban de lado.

—¡Al paso, al paso, puesto que es preciso! —repetía Broks—. Vale más llegar a Pernau con una hora de retraso que volcar.

—¡Una hora de retraso! —exclamó Poch, al que tantas sacudidas habían sacado de su sueño.

—¡Es lo más prudente! —respondió el postillón, que se vio obligado varias veces a echar pie a tierra para conducir al tiro por la brida.

El viajero había hecho algunos movimientos, irguió la cabeza, y buscó inútilmente ver algo a través del cristal de la ventanilla. La oscuridad era lo bastante espesa entonces para que fuera imposible percibir nada. Los faroles del coche lanzaban sus reflejos luminosos, que apenas rompían las tinieblas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Poch.

—Aún nos faltan veinte verstas para llegar a Pernau —respondió Broks—; y creo que obraríamos cuerdamente permaneciendo en el primer relevo hasta mañana por la mañana.

—¡Al diablo la tormenta, que nos va a ocasionar un retraso de doce horas! —exclamó Poch.

Se continuó avanzando, pero el viento empujaba con tal violencia, que el coche, precipitándose sobre el tiro, amenazaba volcarse. Los caballos se encabritaban. La situación se hacía extraordinariamente difícil, hasta el punto de que Poch y Broks hablaron de hacer a pie lo que restaba de camino hasta Pernau. Quizás esto hubiera sido lo más prudente, a fin de evitar los graves accidentes que podrían sobrevenir continuando en el coche.

Su compañero no parecía decidido a abandonarle. Un flemático inglés no hubiera demostrado más indiferencia por lo que sucedía. No era para viajar a pie para lo que había pagado su asiento en el coche, que tenía la obligación de conducirle hasta su destino.

De pronto, a las seis y media, en lo más fuerte de la tormenta, se produjo un violento choque. Una de las ruedas delanteras se había hundido en un bache, y al esfuerzo de los caballos, fustigados duramente, se rompió.

El coche se inclinó bruscamente, y perdiendo el equilibrio, cayó sobre el lado izquierdo.

Sonaron gritos de dolor. Poch, herido en una pierna, no tuvo más pensamiento que el de su cartera, que no había abandonado y que estrechó con más fuerza cuando consiguió salir del coche.

Broks y el viajero no habían recibido más que insignificantes contusiones, y el postillón había saltado a la cabeza de los caballos.

El sitio, una llanura con un bosque a la izquierda, estaba desierto.

—¿Qué vamos a hacer? —exclamó Poch.

—El coche no puede continuar —respondió Broks.

El desconocido no pronunció una palabra.

—¿Puedes ir a pie hasta Pernau? —preguntó el conductor a Poch.

—¡Quince verstas y con mi contusión! —exclamó éste.

—¿Y a caballo?

—¡A caballo…! A los pocos pasos estaría en tierra.

El único partido posible era buscar albergue en alguna posada de los alrededores, si es que la había, y pasar allí la noche Poch y el viajero, al menos. Broks y el postillón desengancharían, y a caballo llegarían a Pernau lo más pronto posible, y al día siguiente volverían con un carretero que arreglaría el coche.

De no llevar Poch tan fuerte suma, hubiera, sin duda, encontrado excelente el consejo. Pero con sus quince mil rublos… Además, ¿había en los alrededores de aquella región desierta una granja, posada o taberna donde los viajeros pudieran refugiarse hasta el siguiente día…? Esto fue lo primero que preguntó Poch.

—Sí… Allí… Sin duda —respondió el viajero.

Y con la mano señalaba una débil luz que brillaba a doscientos pasos a la izquierda, en un rincón del bosque confusamente entrevisto en la sombra… ¿Era el farol de una posada o el fuego de un leñador?

El postillón dijo:

—Es la taberna de Kroff.

—¿La taberna de Kroff? —repitió Poch.

—Sí, el kabak de la *Cruz Rota*.

—Pues bien —dijo Broks—, dirigiéndose a sus compañeros—; si ustedes quieren hacer noche en esta posada, mañana, a primera hora, vendremos a recogerles.

La proposición pareció agradar al viajero. Era lo mejor. El tiempo era espantoso y la lluvia no tardaría en caer a torrentes. El conductor y el postillón no llegarían a Pernau sin gran trabajo.

—Convenido —dijo entonces Poch, al que su pierna lesionada hacía sufrir bastante—. Después de una noche de reposo, mañana me encontraré en disposición de continuar mi viaje… y cuento contigo Broks.

—A la hora dicha estaré de vuelta —respondió el conductor.

Los caballos fueron desenganchados y el coche tuvo que ser abandonado; pero no era probable que aquella noche pasase por allí coche ni carreta.

Después de estrechar la mano de su amigo, Poch, arrastrando la pierna, se dirigió hacia el bosque de donde se escapaba la luz que indicaba el sitio de la posada. Como andaba con dificultad, el viajero le ofreció el apoyo de su brazo. Poch aceptó, después de haber dado las gracias al desconocido, que resultaba más sociable de lo que podía esperarse por la actitud en que se había mantenido desde la partida de Riga.

Los doscientos pasos fueron recorridos sin dificultad, siguiendo el camino al límite del cual se aparecía la posada. A la puerta de ésta brillaba el farol con su lámpara de petróleo. En el ángulo del muro se alzaba una larga pértiga que servía para llamar la atención de los pasajeros durante el día. A través de las junturas de las ventanas se filtraban las luces del interior, y se escapaba un ruido de voces y vasos. Una muestra groseramente pintada se sostenía sobre la puerta principal, y en ella, a la luz del farol, podían leerse estas palabras: Kabak de la *Cruz Rota*.

V

EL KABAK DE LA «CRUZ ROTA»

LA taberna de la *Cruz Rota* justificaba este nombre por un dibujo en rojo que representaba una doble cruz rusa, rota en su base y caída en tierra. Sin duda, alguna leyenda relativa a una profanación iconoclasta perdida en la noche de los tiempos.

Un cierto Kroff, de origen eslavo, viudo y de cuarenta a cuarenta y cinco años, era el dueño de la taberna, que heredó de su padre. En una extensión de dos o tres verstas no se hubiera encontrado casa más cercana, o, por mejor decir, aldea más próxima. Aquello era el completo aislamiento.

Como clientes, pasajeros o habituales, Kroff no recibía más que a los raros viajeros obligados a detenerse, una docena de campesinos que trabajaban en los campos de los alrededores y algunos leñadores o carboneros ocupados en los bosques cercanos. ¿Hacía negocio el tabernero? Fuera de esto lo que fuera, jamás se quejaba, no siendo, por lo demás, hombre al que le agradase hablar de sus asuntos. El kabak funcionaba desde hacía treinta años, con el padre primero, contrabandista y cazador furtivo, que había sabido llenar su bolsa, y con el hijo después; así es que los maliciosos de la región aseguraban que el dinero no faltaba en la *Cruz Rota*. Pero esto a nadie interesaba.

De carácter poco comunicativo, Kroff vivía muy retirado, y rara vez abandonaba su posada, no haciendo más que contadas

apariciones en Pernau; trabajando en su jardín cuando no tenía a quién servir, y sin hija ni hijo que le ayudase. Era hombre vigoroso, de cara rojiza, barba áspera, espesa cabellera y atrevida mirada. A nadie le preguntaba nada, y respondía brevemente cuando se le hablaba.

La casa, tras la cual se extendía el jardín, comprendía únicamente un piso bajo con puerta principal de una sola hoja. Se entraba primero en una sala, iluminada por la ventana del fondo. A la derecha y a la izquierda había dos cuartos cuyas ventanas daban a la carretera. La de Kroff formaba un anexo a la posada, con vuelta a la huerta.

La puerta y las ventanas eran sólidas, provistas de cerrojos en la parte interior. El posadero las cerraba al crepúsculo, pues el país era poco seguro; pero la tienda estaba abierta hasta las diez. En este momento había en ella media docena de parroquianos, a los que el vodka y el aguardiente ponían de buen humor. El jardín, de una media fanega, simplemente cerrado por un seto vivo, confinaba con el bosque de pinos que se extendía más allá del camino. Producía legumbres de consumo corriente, que Kroff cultivaba con bastante provecho. Respecto a los árboles frutales, abandonados a la naturaleza, eran cerezos, manzanos, que producían frutos de buena calidad, y algunos frambuesos de frutos perfumados y de fuerte color, que prosperan mucho en Livonia.

Aquella noche, en torno de las mesas, hablaban y bebían tres o cuatro campesinos y otros tantos leñadores de las cabañas vecinas. El aguardiente a dos copecs la copa, les atraía allí cotidianamente, antes de regresar a sus granjas o cabañas, distantes tres o cuatro verstas.

Ninguno de ellos debía pasar la noche en la *Cruz Rota*. Rara vez, por lo demás, se detenían allí viajeros con tal objeto; pero los conductores y postillones de telegas o coches correo hacían gustosos alto en el kabak de la última jornada para Pernau.

En medio de estos parroquianos habituales, aquella noche dos individuos sentados aparte hablaban en voz baja y observaban a los bebedores. Eran el cabo de policía Eck y uno de sus agentes. Después de la persecución a lo largo del Pernova, continuaban sus pesquisas a través de aquella región, donde se señalaba la presencia de algunos malhechores, permaneciendo en comunicación con las diversas escuadras encargadas de vigilar los pueblos y aldeas del norte de la provincia. No estaba Eck satisfecho de su última expedición. Del fugitivo que él contaba con prender vivo y llevar ante el mayor Verder, no había encontrado ni aun el cuerpo en el deshielo del Pernova. Era una mortificación para su amor propio.

Y el cabo decía a su compañero:

—Todo hace creer que ese indecente se ha ahogado.

—Es seguro —respondió el agente.

—Pero no…, no es seguro, o por lo menos, no tenemos la prueba material… Además, aunque lo hubiera encontrado muerto, no es así como yo quería llevarlo… No… Hubiera sido menester cogerlo vivo, y lo sucedido no hace mucho honor a la policía…

—¡Otra vez seremos más afortunados, señor Eck! —respondió el agente, que aceptaba con gran filosofía las quiebras de su oficio.

El cabo movió la cabeza, sin pretender ocultar su despecho.

En este momento la tormenta se desencadenaba con incomparable violencia. La puerta de entrada se agitaba con amenaza de ser arrancada. La inmensa estufa, como si la ahogase el viento, cesaba algunos momentos en su ruido, para volver a él con la actividad de un horno. Se oía el crujido de los árboles del bosque, cuyas ramas rotas volaban hasta el techo del kabak con riesgo de hundirlo.

—Esto es bueno para los leñadores —dijo uno de los campesinos—. No tendrán más trabajo que el de coger su carga.

—Y también un tiempo fabuloso para los malhechores y contrabandistas —añadió el agente.

—Sí, fabuloso —respondió Eck—; pero ésta no es razón para dejar que obren a su antojo… Es cierto que una banda corre el país. Se ha señalado un robo en Tarvart y una tentativa de asesinato en Karkus. Realmente el caminó entre Riga y Pernau no es muy seguro. Los crímenes se multiplican, y los criminales se escapan la mayor parte de las veces… Después de todo, ¿qué arriesgan si se dejan coger? Ir a extraer sal a Siberia… Esto no les preocupa. En otros tiempos, el danzar en la horca era cosa que merecía reflexión. Pero las horcas están rotas, como la cruz del kabak de maese Kroff.

—¡Todo volverá! —afirmó el agente.

—Nunca será pronto —respondió Eck.

¿Cómo un cabo de policía hubiera podido admitir que la pena de muerte, que seguía aplicándose en los delitos políticos, hubiera sido abolida para los de derecho común? Esto estaba por encima de su entendimiento, como del de muchos que no pertenecen a la policía.

—Vamos… andando —dijo Eck, disponiéndose a partir—. Estoy citado con el cabo de la quinta compañía en Pernau, y no hay tiempo que perder.

Antes de levantarse golpeó sobre la mesa.

Kroff acudió al momento.

—¿Cuánto, Kroff? —dijo aquél, sacando del bolsillo moneda menuda.

—De sobra lo sabe usted —respondió el posadero—. No hay más que un precio para todo el mundo.

—¿Hasta para los que vienen a tu posada, donde saben que tú no les exigirás ni los papeles ni el nombre?

—¡Yo no soy de la policía! —respondió Kroff con tono brusco.

—¡Eh…! ¡Todos los taberneros debieran serlo, y así estaría más tranquilo el país! —respondió el cabo—. En fin, Kroff, ¡ten cuidado, no sea que el mejor día te cierren la posada, si tú no la cierras a los contrabandistas y tal vez a clientes de peor especie!

—Yo sirvo a los que me pagan —dijo el tabernero—, y no me ocupo de adónde van ni de dónde vienen.

—No importa, Kroff. No te hagas el sordo cuando te hablo, o lo pagarán tus orejas. Conque, buenas noches y hasta la vista.

El cabo Eck se levantó, pagó su gasto y se dirigió hacia la puerta, seguido del agente. Los demás bebedores les imitaron, pues el mal tiempo no convidaba a retrasarse en el kabak de la *Cruz Rota*.

En aquel momento la puerta se abrió y fue violentamente cerrada por el viento.

Dos hombres acababan de entrar, el uno sostenía al otro, que cojeaba.

Eran Poch y su compañero de viaje. Éste permanecía siempre envuelto en su abrigo con la capucha sobre el rostro, que no era fácil distinguir. Él fue quien tomó la palabra, y dirigiéndose al posadero, dijo:

—Nuestro carruaje ha volcado a doscientos pasos de aquí. El conductor y el postillón han partido para Pernau con los caballos. Vendrán a recogernos mañana por la mañana. ¿Puede usted proporcionarnos dos habitaciones para pasar la noche?

—Sí —respondió Kroff.

—Necesito una para mí —añadió Poch—, y una buena cama, si es posible.

—Las tendrá usted —respondió Kroff—. ¿Está usted herido?

—Una contusión en la pierna.

—El otro cuarto corre de mi cuenta —añadió el viajero.

Mientras hablaba, le pareció a Eck que lo reconocía por la voz.

—Calla —se dijo—, juraría que es…

No estaba seguro, y en su calidad de policía creía conveniente aclarar sus dudas.

Poch se había sentado junto a una mesa, sobre la que depositó su cartera, siempre sujeta al cinto por la cadena.

—Una habitación… Está bien… —dijo a Kroff—. Pero un arañazo no impide comer y yo tengo hambre.

—Le serviré a usted de comer —respondió el posadero.

—Lo más pronto posible —dijo Poch.

El cabo de policía avanzó hacia éste.

—Realmente es una suerte, señor Poch, que no haya sido usted herido más gravemente.

—¡Calle! —exclamó Poch—, ¡si es el señor Eck! Buenos días, señor Eck, o para hablar con más propiedad, ¡buenas noches!

—¡Buenas noches, señor Poch!

—¿Va usted por estos sitios?

—Ya lo ve usted.

—¿Y la herida es poca cosa?

—Mañana estará curada.

Kroff había puesto sobre la mesa pan, carne de cerdo, fiambre y la taza para el té. Después preguntó al viajero desconocido:

—¿Y usted, caballero?

—Yo no tengo hambre —respondió éste—. Indíqueme usted dónde está mi cuarto. Deseo acostarme, pues es probable que no espere el regreso del conductor. Saldré de la posada mañana a las cuatro.

—Como usted guste —dijo el posadero.

Y condujo al viajero al cuarto situado en el extremo de la casa, a la izquierda de la sala, reservando para Poch el de la derecha.

En tanto que el desconocido hablaba, su capuchón se entreabrió, y el cabo, que le observaba, pudo verle parte del rostro. Esto le bastó.

—Sí —murmuró para sí—; es él… ¿Por qué quiere partir tan pronto y sin tomar el coche correo?

Estos policías encuentran siempre algo de anormal en las circunstancias más sencillas.

—¿Dónde va así? —se preguntó Eck.

Seguramente el viajero no hubiera contestado al interrogarle de este modo.

Por lo demás, éste no pareció advertir que el cabo le examinara con tanta insistencia. Entró en el cuarto que Kroff le indicaba.

Eck volvió junto a Poch, que comía con buen apetito.

—¿Iba ese viajero con usted en el coche? —le preguntó.

—Sí, y no le he podido sacar cuatro palabras.

—¿Y no sabe usted adónde va?

—No… Ha montado en Riga y pienso que se dirigía a Revel… Broks hubiera podido informarle a usted.

—¡Oh! No vale la pena —respondió el cabo.

Kroff escuchaba esta conversación con el aire del posadero indiferente, al que no le importa quiénes sean sus huéspedes. Iba y venía por la sala, mientras que campesinos y leñadores se despedían de él.

El cabo, que no se apresuraba a partir, se complacía en hacer hablar al locuaz Poch.

—¿Y va usted a Pernau? —le preguntó.

—No, a Revel, señor Eck.

—¿Por encargo del señor Johausen?

—Justamente —respondió Poch, aproximando hacia sí con movimiento instintivo la cartera depositada sobre la mesa.

—El accidente del coche le cuesta a usted doce horas de retraso, por lo menos.

—Doce horas no más, si Broks viene mañana por la mañana como ha prometido. Dentro de cuatro días estaré de vuelta en Riga… para el matrimonio…

—¡Con la buena Zenaida Parensof…! ¡Oh…! ¡Lo sabia!

—Lo creo… Usted lo sabe todo.

—No… puesto que no sé adónde va su compañero de viaje. Si parte mañana a primera hora, sin esperarle a usted, es que se detiene en Pernau.

—Es probable —respondió Poch—; y si no nos volvemos a ver, ¡buen viaje! Pero, diga usted, señor Eck, ¿acaso pasa usted la noche en esta posada?

—No, Poch, tenemos cita en Pernau, partimos al instante. En cuanto a usted, después de una buena comida, procure dormir y no deje usted que le arrebaten la cartera.

—¡Está tan pegada a mí como las orejas a mi cuello! —respondió Poch, riendo alegremente.

—Andando —dijo Eck a su agente—, y abotonémonos hasta el cuello, o el aire nos penetrará hasta los huesos. Buenas noches, Poch.

—Buenas noches, señor Eck.

Los dos policías abrieron la puerta, que Kroff volvió a cerrar, echando primeramente la barra y dando doble vuelta a la llave, que se guardó.

A tal hora no era probable que nadie fuera a pedir hospitalidad a la *Cruz Rota*. Ya era extraño que dos viajeros hubiesen solicitado dos habitaciones para pasar la noche, siendo preciso el accidente del coche para que el posadero no quedase solo, como de costumbre, en el kabak.

Poch había terminado su comida con buen apetito. El lecho terminaría de reparar sus fuerzas.

Antes de retirarse a su cuarto Kroff esperaba que su huésped entrase en el suyo. Estaba junto a la estufa, cuyo humo, impulsado por el viento, invadía a veces la sala. Cuando esto sucedía, Kroff procuraba arrojarlo agitando una servilleta, cuyos pliegues, al extenderse, producían el ruido de latigazos.

La vela de sebo, colocada sobre la mesa, vacilaba, haciendo danzar en la sombra los objetos.

Fuera, el ruido del viento al chocar contra las ventanas era tan fuerte, que parecía que alguien llamaba.

—¿No oye usted? —llegó a preguntar Poch, en un momento en que la puerta sufría un rudísimo choque.

—Nadie —respondió el posadero—; no hay nadie. Yo estoy acostumbrado a esto. En pleno invierno tenemos aún peor tiempo.

—Además —respondió Poch—, no es probable que esta noche ande nadie por los caminos, a no ser los malhechores y los agentes de policía.

—Es cierto.

Eran cerca de las nueve. Poch se levantó, sujetó su cartera bajo el brazo, tomó la vela encendida que le presentaba Kroff y se dirigió hacia su cuarto.

El tabernero tenía en la mano una vieja linterna, de gruesos vidrios, que le serviría para alumbrarse una vez que Poch cerrara la puerta de su habitación.

—¿No se acuesta usted? —le preguntó éste antes de entrar.

—Sí —respondió Kroff—, pero antes he de hacer mi ronda, como todas las noches.

—¿Por el cercado?

—Sí, por el cercado. Quiero ver si mis pollos están en el gallinero, y seguros, pues algunas veces faltan uno o dos por la mañana.

—¡Ah! ¿Los zorros?

—Los zorros y también los lobos. Esas malditas bestias saltan por el seto, y como la ventana de mi cuarto da al jardín, cuando puedo les gratifico con una perdigonada. Se lo advierto a usted para que no se asuste si oye algún tiro.

—¡Bah! —respondió Poch—. Creo que no me despertaría un cañonazo, si cojo el sueño como espero.

Y añadió:

—Se me olvidaba advertir a usted que por mi parte no tengo prisa. Si mi compañero quiere marchar, allá él. A mí déjeme dormir

hasta bien entrada la mañana. Ya me despertaré cuando Broks vuelva de Pernau y el coche esté en disposición de proseguir el viaje.

—Así se hará —respondió el posadero—. Nadie le despertará, y cuando ese viajero parta yo procuraré que el ruido no interrumpa el sueño de usted.

Poch, ahogando bostezos muy justificados por la fatiga, entró en su cuarto, cuya puerta cerró con llave.

Kroff quedó solo en la sala, débilmente iluminada por la linterna. Volvió a la mesa que había ocupado Poch, quitó el cubierto y colocó en su sitio platos, taza y tetera. Era hombre ordenado, que no dejaba para el siguiente día lo que podía hacer en el anterior.

Después se dirigió a la puerta del cercado y la abrió.

En aquella parte, que era la noroeste, el viento era menos violento, y el edificio anexo se encontraba abrigado por un ángulo; pero pasado éste, el viento soplaba con ímpetu, y el posadero no creyó que hubiera utilidad alguna en ir allí: una ojeada por el corral bastaría.

Nada sospechoso en el cercado. Ni una sombra movible que hubiera indicado la presencia de un zorro o un lobo.

Kroff movió su linterna en todas direcciones, y tranquilo, volvió a la sala.

Como era conveniente no dejar extinguirse la lumbre, cargó la estufa, y después de arrojar en torno una última mirada se dirigió a su cuarto.

La puerta, casi contigua a la del jardín, permitía penetrar en el anexo donde aquél estaba situado. Este cuarto confinaba con aquel en el que Poch dormía ya profundamente.

Kroff entró con su linterna en la mano, y la sala quedó sumida en, la oscuridad más profunda.

Durante dos o tres minutos sé oyó el ruido del posadero que se desnudaba. Después un crujido más pronunciado indicó que se tendía en el lecho.

Algunos instantes después todos dormían en la posada, a pesar del tumulto de los elementos, el viento y el agua, y de los largos gemidos de la tempestad a través del bosque, despojado ya de sus altas ramas.

Un poco antes de las cuatro de la mañana Kroff se levantó, y volviendo a encender su linterna penetró en la sala.

Casi al mismo tiempo se abría la puerta del cuarto del viajero.

Éste estaba vestido ya y envuelto en su capote, como la víspera, con el capuchón sobre la cabeza.

—¿Ya está usted dispuesto? —preguntó Kroff.

—Ya —respondió el viajero, que mostraba en la mano dos o tres rublos en billetes—. ¿Qué le debo a usted?

—Un rublo —respondió el posadero.

—Helo aquí, y ábrame.

—Al instante —dijo Kroff, después de asegurarse de la autenticidad del rublo a la luz de la linterna.

Y se dirigió a la puerta, llevando la llave en la mano. Se detuvo un instante y preguntó al viajero:

—¿No quiere usted tomar nada antes de partir?

—Nada.

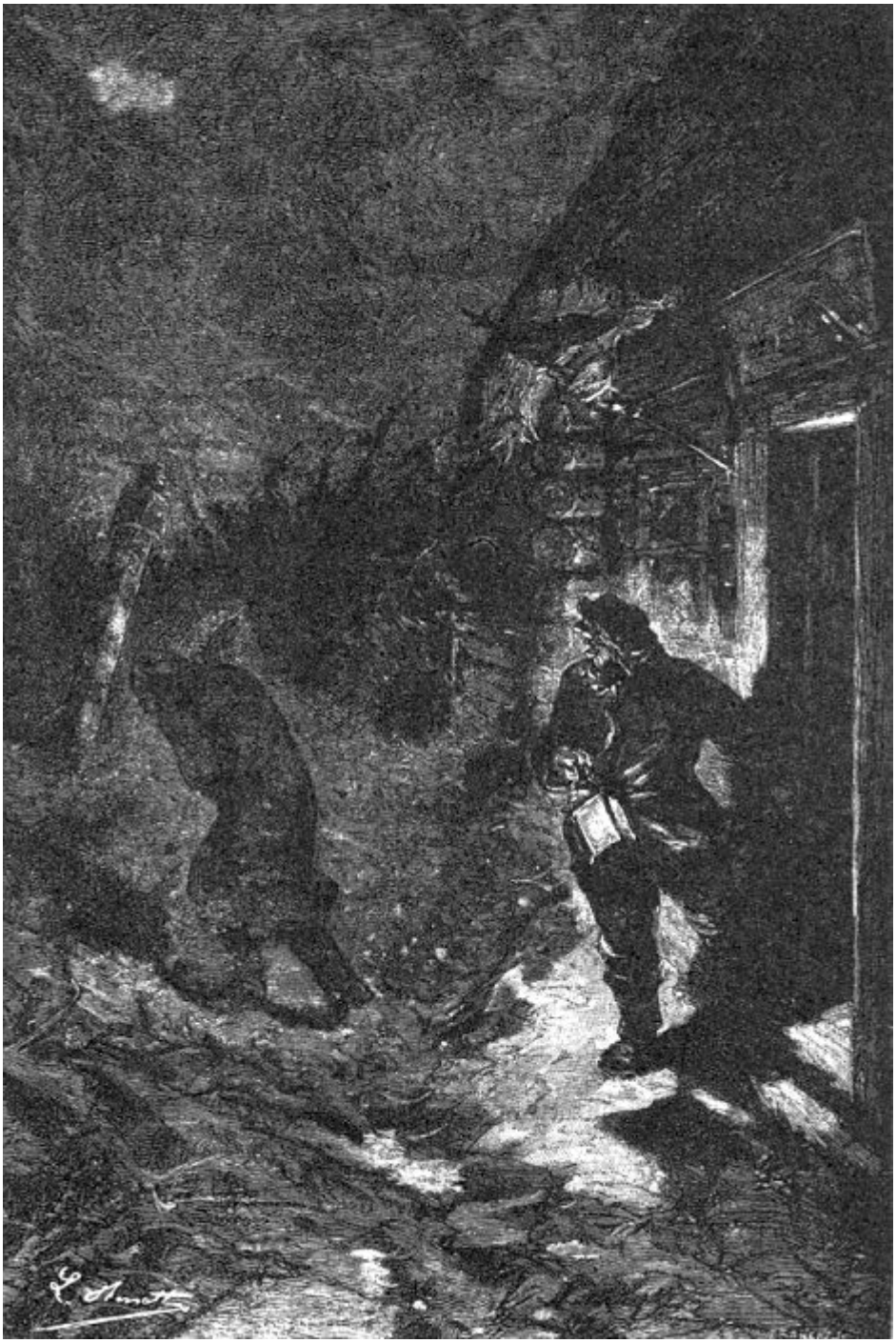
—¿Ni un vaso de vodka ni de aguardiente?

—No… Abra usted pronto… Tengo prisa.

—Como usted quiera.

Kroff retiró las barras de madera que sujetaban interiormente la puerta e introdujo la llave en la cerradura.

La oscuridad era profunda. La lluvia había cesado, pero el viento seguía tempestuoso. Algunas ramas rotas cubrían el camino; una nube de hojas se agitaba en el aire.



El viajero aseguró el capuchón, y sin pronunciar más palabras salió precipitadamente, desapareciendo al poco en la oscuridad de la noche.

Mientras subía hacia Pernau, Kroff colocando de nuevo las barras, cerraba la puerta del kabak de la *Cruz Rota*.

VI

ESLAVOS Y GERMANOS

EL primer té con tostadas con mantequilla se servía exactamente a las nueve de la mañana en el comedor de los hermanos Johausen. La exactitud «llevada hasta la décima decimal», como ellos mismos decían, era una de las cualidades principales de estos ricos banqueros, lo mismo en la vida corriente que en los negocios, tanto cuando se trataba de recibir, como cuando se trataba de pagar. Frank Johausen, el hermano mayor, tenía reglamentadas militarmente las comidas, visitas, la hora de levantarse, de acostarse, y también los sentimientos y los placeres, al igual que las notas del libro mayor de su casa de banca, una de las más importantes de Riga.

Pero aquella mañana a la hora indicada, la tetera no se encontraba dispuesta. ¿Por qué causa? Algo de pereza, de la que se reconoció culpable Trankel, el ayuda de cámara, encargado especialmente de este servicio.

Aconteció, pues, que en el momento en que Frank Johausen y su hermano, la señora Johausen y su hija Margarit penetraron en el comedor, el té no estaba en condiciones de ser servido.

Se sabe la pretensión, poco justificada ciertamente, que tienen estos ricos alemanes de las provincias bálticas de tratar paternalmente a sus criados. La familia tiene cierto carácter

patriarcal, los sirvientes son considerados como hijos, y por esto, sin duda, no escapan a los castigos paternales.

—¿Cómo es que no está servido el té, Trankel? —preguntó el señor Frank Johausen.

—Excúseme el señor —respondió Trankel con lastimero tono—. Me he olvidado…

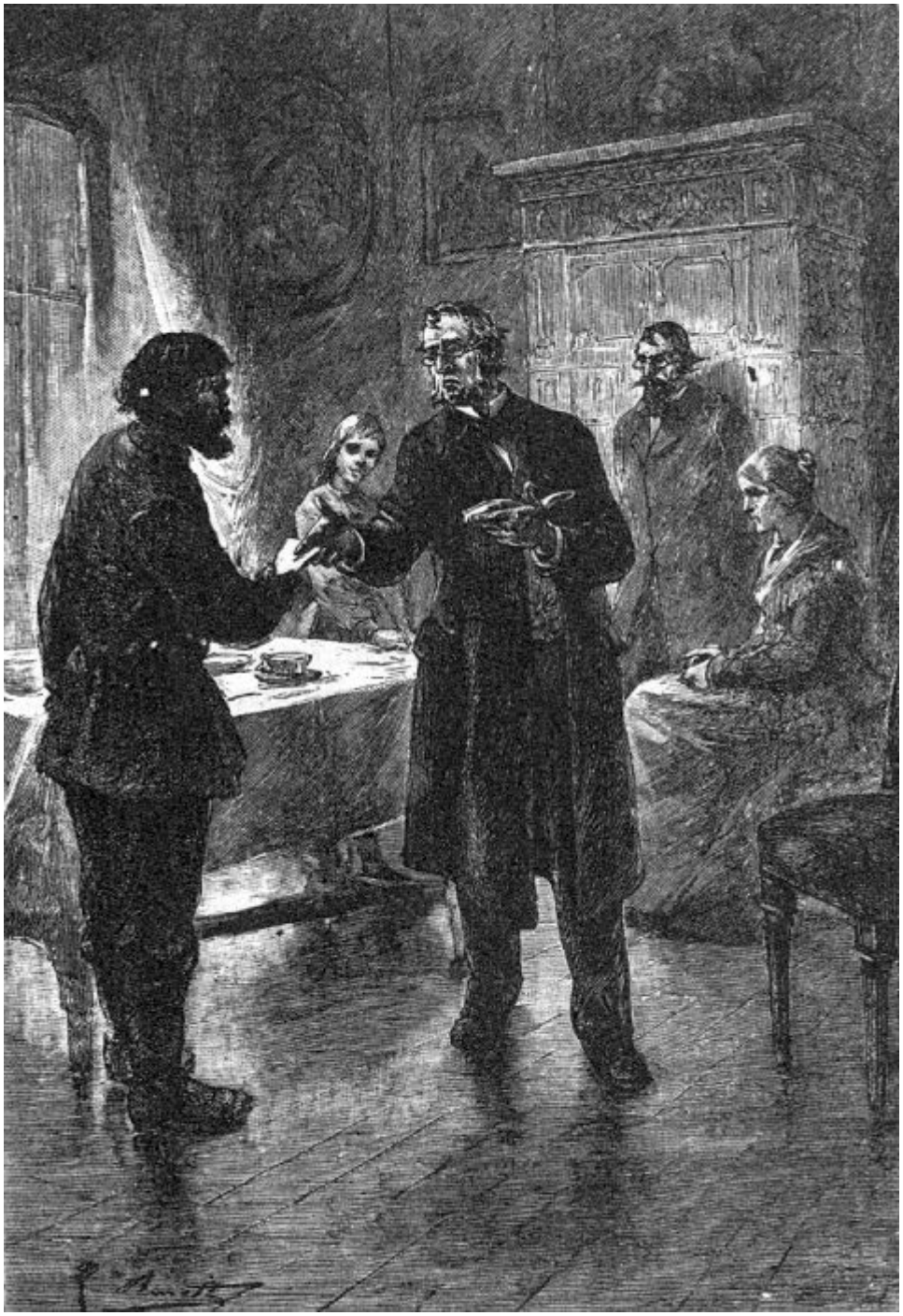
—No es la primera vez que esto sucede, Trankel —respondió el banquero—, y todo me hace creer que no será la última.

La señora Johausen y su cuñado hicieron un signo de aprobación y se aproximaron a la artística estufa, que, afortunadamente, no estaba apagada como la tetera.

Trankel bajó los ojos sin responder. No, no era su primera falta a la exactitud, tan querida a los Johausen.

El banquero sacó de su bolsillo un cuaderno de volantes, y en uno de ellos escribió con lápiz algunas líneas. Después entregó el papel a Trankel, diciéndole:

—Lleva esto a su destino y espera la respuesta.



Trankel sabía, sin duda, la dirección y la respuesta. No pronunció una palabra; se inclinó, besó la mano de su señor y se dirigió a la puerta para tomar el camino de las oficinas de policía.

El volante no contenía más que estas palabras:

Vale por veinticinco azotes a mi criado Trankel.

En el momento de salir el criado dijo el banquero:

—No te olvides de traer el recibo.

Trankel se hubiera guardado de olvidarlo. Aquel recibo permitía al banquero pagar el precio del castigo conforme a la tarifa adoptada por el coronel de policía.

Así pasaban las cosas en aquella época, y así pasan todavía en Curlandia, Estonia, Livonia y, sin duda, en alguna otra provincia del imperio moscovita.

Algunos detalles acerca de la familia Johausen.

Se sabe cuál es la importancia del funcionario en Rusia. Está sometido al imperioso reglamento del Michina, esa escala de catorce peldaños jerárquicos que deben franquear los empleados del Estado, desde el puesto más ínfimo hasta el de consejero privado.

Pero hay altas clases que nada tienen de común con la de los funcionarios: tal es, en las provincias bálticas, la nobleza, que goza de gran consideración y efectivo poder. Por su origen germánico es más antigua que la nobleza rusa, y ha conservado importantes privilegios, entre otros, el derecho de otorgar diplomas, que no son desdeñados por los miembros de la familia imperial.

Junto a estos nobles coexiste la clase burguesa, su igual, casi superior por su intervención en la administración provincial y municipal, y, como aquélla, también de raza alemana en su mayor parte. Comprende a los comerciantes y a los ciudadanos honorarios, y un poco más abajo a los simples burgueses, que forman una capa intermedia. Comprende a los banqueros, armadores, artistas, comerciantes, que pagan un impuesto que les permite comerciar con el extranjero. En esta burguesía la alta clase es instruida, laboriosa, hospitalaria, de honradez y moralidad probadas. En este primer rango la opinión pública colocaba con justicia a la familia

Johausen y a la casa de banca, cuyo crédito era superior a todo encomio, tanto en Rusia como en el extranjero.

Por debajo de estas clases privilegiadas, que se han impuesto en las provincias bálticas, vegetan esos campesinos, labradores, agricultores sedentarios, un millón por lo menos, que formaban la verdadera población indígena, esos letones que hablan su antigua lengua eslava, mientras que los ya citados hablan el alemán, y que no son realmente más que siervos, como tales tratados, y que se casan entre ellos para aumentar las familias, de las que los señores tienen el derecho de exigir un canon.

Explicase, pues, que el soberano de Rusia tenga el pensamiento de modificar este deplorable estado de cosas; y que su gobierno busque el modo de introducir el elemento eslavo en las asambleas y administración municipal. De aquí una lucha cuyos terribles efectos se verán en el curso de este relato.

El director de la casa de banca era el mayor de los dos hermanos, Frank Johausen. El menor permanecía soltero. El mayor, de cuarenta y cinco años de edad, se había casado con una alemana de Francfort. De este matrimonio habían nacido los hijos: un varón, Karl, de diecinueve años, y una niña de doce. Karl terminaba por aquella época sus estudios en la Universidad de Dorpat, donde también iba a terminar los suyos Jean, el hijo de Dimitri Nicolef.

Riga, cuya fundación se remonta al siglo XIII, es, conviene repetirlo, una ciudad más germánica que eslava, origen que se reconoce en sus tejados y en las altas paredes terminadas en punta, por más que algunos edificios afecten las formas de la arquitectura bizantina por la disposición de sus cúpulas doradas.

La plaza principal es la del Ayuntamiento, donde se puede admirar, de un lado el Exhausta, o casa del Consejo, coronada por un alto campanario, y de otro el antiguo monumento de los Caballeros de la Cabeza Negra, erizado de cimbalillos puntiagudos,

cuyas veletas chirrían lamentablemente, y que presenta un aspecto arquitectónico más extraño que artístico.

En esta plaza está situada la casa de banca de los Johausen, hermoso edificio de construcción moderna. Las oficinas están en el piso bajo y las habitaciones de recepción en el primer piso. Se halla, pues, en pleno barrio comercial, y gracias a la importancia de sus negocios y la extensión de sus relaciones, goza en la ciudad de considerable influencia.

La familia Johausen está muy unida: los dos hermanos se entienden admirablemente. El mayor lleva la dirección general de la casa; el menor se dedica más especialmente a la oficina y la contabilidad. La señora Johausen es una mujer tan alemana como es posible, pero orgullosa en extremo con el elemento eslavo. La nobleza de Riga la recibe bien, lo que contribuye a sostener sus instintos de vanidad nativa.

Si la familia Johausen ocupaba el primer rango en la alta sociedad burguesa de la ciudad, también lo ocupaba en el mundo financiero de las provincias bálticas. Además, gozaba de un crédito excepcional en la banca rusa para el comercio extranjero, igualmente que con los bancos de Vodka Ama, la banca de Descuento y el Banco Internacional de San Petersburgo. La liquidación de sus negocios hubiera asegurado a los hermanos Johausen una de las mejores fortunas de las provincias bálticas.

Frank Johausen era uno de los miembros más influyentes del consejo municipal de la ciudad, pues defendía siempre con indomable tenacidad los privilegios de su casta. Se admiraba en él al representante de las ideas arraigadas en el espíritu de las altas clases, desde la conquista. Debía, pues, molestarle personalmente la tendencia del gobierno a rusificar aquellas obstinadas razas de sangre germánica.

Las provincias bálticas eran entonces administradas por el general Gorko, persona de gran inteligencia, que comprendía las dificultades de su cargo, y que, muy prudente en sus relaciones con

la población alemana, trabajaba por el triunfo del elemento eslavo, procurando modificar las costumbres públicas sin emplear medios brutales. Era severo, mas justo, y le repugnaban todos los procedimientos que pudieran provocar conflictos.

Al frente de la policía estaba el coronel Raguenof, un verdadero ruso, menos hábil que su jefe y dispuesto a ver un enemigo en todo livonio, estonio o irlandés que no hubiera mamado leche eslava. De cincuenta años de edad, era hombre audaz, resuelto, indomable policía, que no cejaba ante ningún obstáculo y al que el gobernador no dominaba sin trabajo.

No extrañe al lector que fijemos con rasgos precisos a estos personajes; representan un papel importante en este drama judicial, al que las pasiones políticas y las diferencias de nacionalidad han dado tan terrible relieve en las provincias bálticas.

Después del coronel Raguenof, y por contraste, la atención debe fijarse en el mayor Verder, su subordinado inmediato en el departamento de policía. El mayor es de origen puro germano, y lleva al ejercicio de sus funciones las exageraciones de su raza. Siente por los alemanes lo que el coronel por los eslavos; persigue a los unos con encarnizamiento, con tibieza a los otros; y a pesar de la diferencia de grados, entre ambos personajes se hubieran producido indudablemente conflictos graves sin la prudente intervención del general Gorko.

Preciso es advertir que el mayor Verder era secundado por el cabo Eck, al que hemos visto al principio de esta historia en persecución de un evadido de las minas de Siberia. No necesitaba Eck ser estimulado para cumplir con su deber en las expediciones que se le confiaban cuando se lanzaba sobre la pista de un eslavo. Era también muy estimado por los hermanos Johausen, a los que había prestado algunos servicios personales, generosamente recompensados.

Con lo dicho queda definida la situación. Se sabe sobre qué terreno van a encontrarse los adversarios en las elecciones

municipales: Frank Johausen, resuelto a no ceder su puesto; Dimitri Nicolef, arrastrado, a pesar suyo, por las autoridades rusas y por la clase popular.

El hecho de que este profesor libre, sin fortuna, sin posición, fuera llevado a la lucha contra el poderoso banquero, representante de la alta burguesía y de la orgullosa nobleza, era un síntoma que los hombres inteligentes debían tener en cuenta. ¿No significaba que en un próximo futuro las condiciones políticas de las provincias serían modificadas con detrimento de los de tentadores actuales de los poderes municipal y administrativo?

Los hermanos Johausen no desesperaban de combatir con ventaja, por lo menos a su rival. Esperaban matar en flor la popularidad naciente de Dimitri Nicolef. Antes de seis semanas se vería si podía otorgarse un mandato público al mísero deudor condenado civilmente, arruinado y sin domicilió.

No se habrá olvidado que el 15 de junio vencía la obligación suscrita por Dimitri Nicolef a favor de la casa Johausen. Se trataba de una suma de dieciocho mil rublos, cantidad enorme para el modesto profesor de ciencias. ¿Estaría éste en condiciones de pagar?

Los Johausen creían poder afirmar que no. Los últimos intereses habían sido pagados con gran esfuerzo, y desde entonces la situación pecuniaria de Dimitri Nicolef no parecía haber mejorado. No… no le sería posible hacer el pago. Si pedía un plazo, la casa no se lo concedería. No hería al deudor, sino al adversario político.

Los hermanos Johausen no sospechaban que una circunstancia imprevista iba a favorecer sus proyectos. Aunque hubieran tenido a su disposición el rayo del cielo, no hubieran herido más mortalmente a su rival.

Conforme a la orden de su amo, Trankel se había apresurado —tal vez esta palabra no es la más apropiada— a obedecer. Con el rostro apenado y el pie vacilante, pero como hombre que conocía el camino de las oficinas de policía, por haberlo recorrido varias veces, salió de la casa de banca, dejó a la izquierda el castillo de murallas

amarillas, donde reside el gobernador, y pasó entre los puestos del mercado, donde se vende todo lo que es vendible, cachivaches de poco valor, restos lamentables, objetos religiosos y utensilios de cocina. Después, deseoso de cobrar ánimos, se propinó una taza de té caliente, adicionado de vodka, con lo que los mercaderes ambulantes hacen un lucrativo comercio; echó una vaga mirada a las lavanderas en el lavadero; atravesó las calles, por las que desfilaban presidiarios tirando de carros bajo las órdenes de un vigilante lleno de miramientos hacia esos buenos muchachos, a los que no deshonra una condena a presidio por alguna infracción de la disciplina, y por fin llegó tranquilamente a la jefatura de policía.

Allí fue recibido por los agentes como persona conocida. Algunas manos se tendieron hacia él, que las estrechó afectuosamente.

—¡Ah.! Tiempo hacía que no te veía, Arandela. —dijo uno de los policías—. Seis meses por lo menos.

—¡No tanto! —respondió Trankel.

—¿Y quién te envía?

—Mi amo, el señor Frank Johausen.

—Bueno… ¿Querrás hablar con el mayor Verder?

—Si es posible…

—Precisamente acaba de llegar a su despacho, y si quieres tomarte el trabajo de acercarte a él, te recibirá con mucho gusto.

Trankel se dirigió al despacho del mayor y golpeó discretamente en la puerta. A una invitación lacónica que salió del interior, entró.

El mayor estaba sentado en su mesa y hojeaba un legajo. Levantó los ojos para ver al que entraba, y dijo:

—¡Ah!, ¿eres tú, Trankel?

—Yo mismo, señor mayor.

—¿Y a qué vienes?

—Vengo de parte del señor Johausen.

—¿Es cosa grave?

—La tetera, que se ha obstinado en no funcionar esta mañana.

—Porque te has olvidado de encenderla, sin duda —observó el mayor sonriendo.

—Tal vez por eso…

—¿Y cuánto?

—Aquí está el vale…

Y Trankel se lo entregó al mayor, que lo leyó.

—¡Bah…! No es gran cosa —dijo.

—¡Hum…! —murmuró Trankel.

—¡Veinticinco azotes nada más!

Seguramente Trankel hubiera preferido doce.

—Pues bien —añadió el mayor—; se te va a servir sin hacerte esperar.

Y llamó a uno de sus agentes, que entró y quedase parado militarmente.

—Veinticinco azotes —ordenó el mayor—, pero no muy duros… como para un amigo… ¡Ah, si se tratase de un eslavo…! Anda a desnudarte, Trankel, y cuando termines vuelve a por el recibo.

—¡Gracias, señor mayor!

Y Trankel, seguido del agente, se dirigió hacia donde debía realizarse el acto. Se le trataría como amigo, parroquiano de la casa… No tenía motivo de queja.

Trankel se desnudó, dejando el torso al aire, y después se inclinó, mientras el agente, con la vara en la mano, se preparaba a esgrimirla.

Pero en el momento en que iba a descargar el primero de los veinticuatro golpes, ante la puerta de la oficina se produjo un gran tumulto.

Un hombre, sin aliento por la rapidez de la carrera, gritó:

—¡El mayor Verder.! ¡El mayor Verder!

La vara, levantada sobre el cuerpo de Trankel, se detuvo, y el agente abrió la puerta de la habitación para enterarse de lo que ocurría.

Trankel, no menos interesado, miró también.

Al ruido, el mayor Verder acababa de aparecer.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

El hombre avanzó hacia él, llevase la mano a la gorra y le entregó un telegrama, diciendo:

—Se ha cometido un crimen.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Qué crimen?

—Un asesinato.

—¿Dónde?

—En el camino de Pernau, en la posada de la *Cruz Rota*.

—¿Y quién es la víctima?

—El dependiente de la casa de banca de los hermanos Johausen.

—¿Cómo? ¡Ese pobre Poch! —exclamó Trankel-. ¿Mi amigo Poch?

—¿Se conoce el móvil del crimen? —preguntó Verder.

—El robo, pues la cartera de Poch ha sido encontrada vacía en la habitación donde fue asesinado.

—¿Se sabe lo que contenía?

—Lo ignoro, señor mayor, pero en la casa de banca lo sabrán.

El telegrama, expedido en Pernau, decía lo que el portador, acababa de manifestar.

El mayor Verder dijo a sus agentes:

—Tú, ve a prevenir al juez Kerstorf.

—Sí, señor mayor.

—Tú, corre a casa del doctor Hamine.

—Sí, señor mayor.

—Y les decís que vayan inmediatamente a la casa de banca, donde les esperaré.

Los agentes salieron precipitadamente, y algunos instantes después el mayor Verder se dirigía a la casa de banca.

Y he aquí cómo, por efecto de la emoción que produjo la noticia del crimen, Trankel no recibió aquel día los veinticinco azotes a que había sido castigado.

VII

PESQUISAS DE LA POLICÍA

Dos horas después un carruaje corría a toda velocidad por el camino de Pernau. No era ni una telega ni un coche correo. La berlina de viaje del señor Frank Johausen había sido enganchada a dos caballos de postas que se renovarían. Por mucha que fuera la rapidez con que caminara, no se podía esperar que llegase al kabak de la *Cruz Rota* antes de la noche. Haría alto en el último sitio de parada, y al día siguiente, al amanecer, se detendría ante la posada.

En la berlina iban el banquero, el mayor Verder, el doctor Hamine, el juez Kerstorf, encargado de la instrucción del proceso, y el escribano. Los agentes de policía ocupaban los asientos de atrás.

Una palabra acerca del juez Kerstorf, puesto que los demás personajes ya son conocidos del lector.

Este magistrado, de origen eslavo, de unos cincuenta años, era justamente apreciado por sus colegas y por el público. Se admiraba su perspicacia en las causas criminales que le correspondían. De integridad absoluta, no cedía jamás ante ninguna influencia, ni aun las que tenían carácter político; era la ley hecha hombre. Poco comunicativo, hablaba menos y reflexionaba mucho.

En el actual asunto había, empleando un término de física, fluidos contrarios que se combinarían difícilmente, si la cuestión política intervenía en él: de una parte el banquero Johausen y el mayor Verder, de origen germano, y de otra el doctor Hamine,

eslavo. Únicamente el juez Kerstorf estaba libre de estas pasiones de raza que fermentaban entonces en las provincias bálticas.

Durante el trayecto, la conversación, bastante intermitente, se sostuvo entre el mayor y el banquero.

El señor Frank Johausen no ocultaba la profunda lástima que le inspiraba la muerte del desdichado Poch. Apreciaba mucho al dependiente, al servicio de su casa desde hacía ya treinta años, que demostró siempre intachable honradez y extraordinario celo.

—¡Cuán grande será el dolor de la pobre Zenaida cuando sepa la muerta de su novio! —Decía.

En efecto, el matrimonio debía celebrarse pasados algunos días en Riga, y el pobre dependiente sería conducido al cementerio, en vez de ir a la iglesia.

Al mayor, si bien le causaba pena la suerte de la víctima, le preocupaba más la captura del asesino. Respecto a este punto, era imposible hacer cálculo alguno antes de visitar el lugar del crimen y de conocer las circunstancias en que había sido cometido. Tal vez se encontraría algún indicio, alguna pista. En el fondo, el mayor Verder se inclinaba a ver en el asesinato la mano de uno de esos vagabundos, de los que aquella parte del territorio estaba entonces infestada. Por lo demás, era de suponer que, gracias a las escuadras de policía que lo recorrían, la justicia se apoderaría del asesino de la *Cruz Rota*.

El papel del doctor Hamine se limitaría a las observaciones médico legales sobre el cadáver de Poch; pero en aquel momento tenía otro motivo de preocupación, de inquietud más bien. La víspera, cuando había ido a hacer su visita diaria al profesor, éste no se encontraba en casa. El doctor supo por Ilka que su padre estaba de viaje. Aquel mismo día, Nicolef, al que ella no había visto antes de su marcha, le había anunciado que abandonaba Riga por dos o tres días. ¿Dónde iba? Ninguna explicación había dado respecto a este punto. ¿Había proyectado el viaje la víspera? Evidentemente, puesto que Nicolef no había recibido ninguna carta desde su

regreso a su casa. Y sin embargo, no había hablado de él ni a su hija, ni al doctor, ni al cónsul durante la velada. ¿Estaba más preocupado que de costumbre? Tal vez, pero a un hombre tan reservado no se le preguntaba el motivo de sus cavilaciones. En fin, lo cierto es que al día siguiente se había puesto en camino sin indicar el objeto de su viaje. El doctor Hamine había, pues, dejado a Ilka muy inquieta, y él mismo participaba de esta inquietud.

La berlina rodaba rápidamente. Un hombre a caballo, que iba delante, disponía lo necesario para que los caballos estuviesen preparados en los sitios de relevo. Se aprovechaba, pues, el tiempo, y de haber partido de Riga tres horas antes, la información hubiera podido comenzar aquel mismo día.

El aire era seco y algo frío. La tormenta del día anterior había cesado, pero el camino, destrozado por los huracanes, obligaba a los caballos a grandes esfuerzos.

A mitad del camino los viajeros se concedieron media hora para almorzar, lo que hicieron en una modesta posada, volviendo a partir en seguida. Iban silenciosos, absortos en sus ideas. Salvo algunas raras palabras cambiadas entre el señor Johausen y el mayor Verder, nada se oía en el interior de la berlina. Por rápidamente que ésta caminase, encontraban los viajeros que los postillones iban despacio, y el mayor les estimulaba y hasta amenazaba cuando el coche aminoraba la marcha.

Daban las cinco cuando la berlina hizo alto en el último sitio de parada, antes de Pernau. El sol no tardaría en desaparecer, y la *Cruz Rota* se hallaba aún a diez verstas.

—Señores —dijo el juez Kerstorf—, cuando lleguemos a la posada será completamente de noche, circunstancia poco favorable para comenzar una información. Propongo pues, que la dejemos para mañana a primera hora. Además, como no encontraremos habitaciones en esa taberna, me parece preferible pasar aquí la noche.

—Opino lo mismo —respondió el doctor Hamine— y partiendo al amanecer…

—Quedémonos aquí —dijo el señor Frank Johausen—, a menos que el mayor Verder no vea algún inconveniente en ello…

—No veo más inconveniente que el retardar nuestras pesquisas —respondió el mayor, que tenía prisa por llegar al teatro del crimen.

—¿Ese kabak está custodiado desde esta mañana? —preguntó el juez.

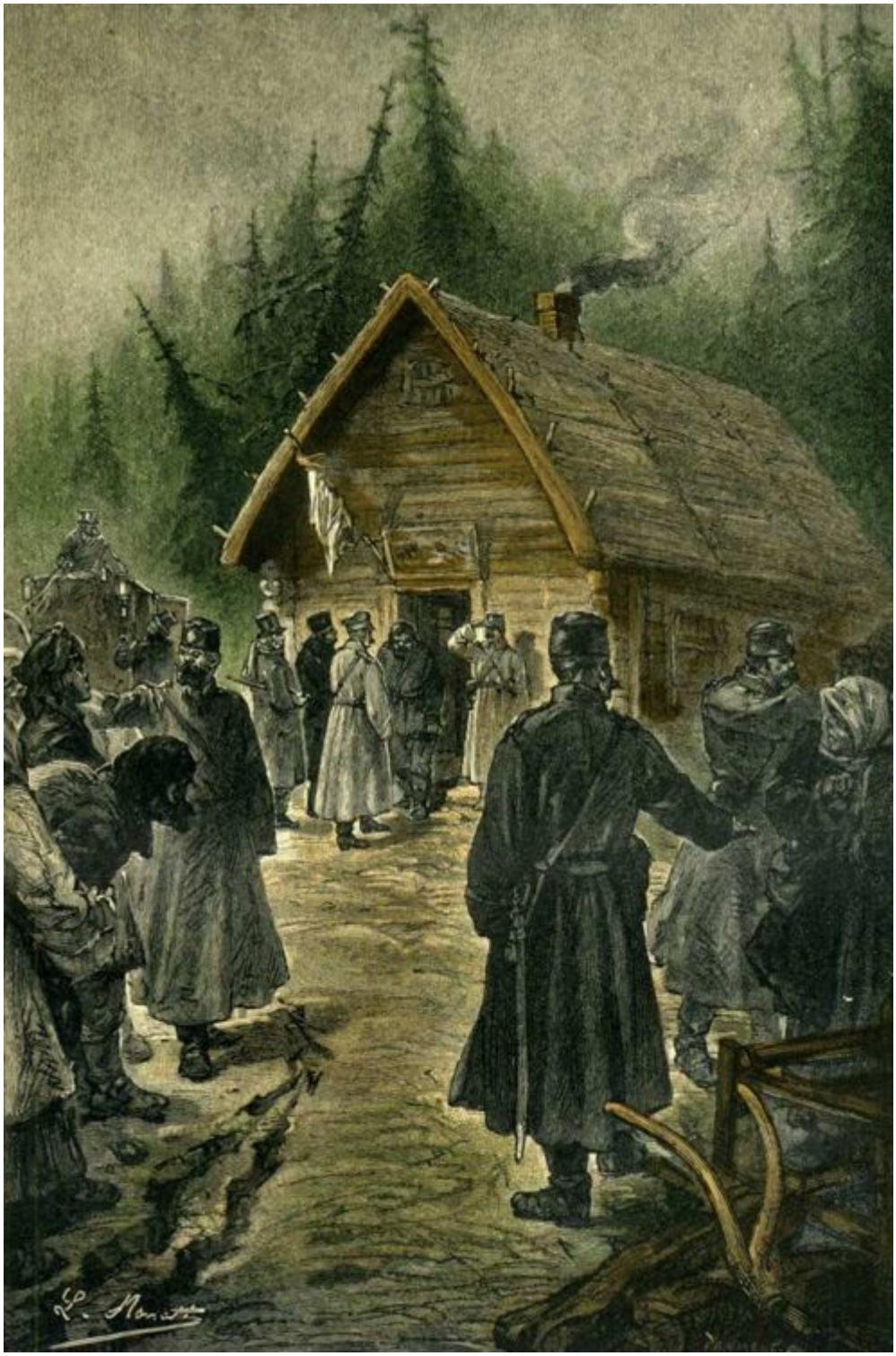
—Sí —respondió el mayor Verder—. El telegrama expedido desde Pernau me informa que algunos agentes han sido inmediatamente enviados allí, con orden de impedir la entrada y de que el tabernero Kroff pueda comunicarse con nadie.

—Entonces —observó el juez—, el retraso de una noche no puede perjudicar la información…

—Sin duda —replicó el mayor—, pero deja al autor del crimen tiempo para poner varios centenares de verstas entre la *Cruz Rota* y él.

El mayor hablaba como policía, conocedor de su oficio. Sin embargo, la noche se acercaba, y lo mejor era esperar al siguiente día.

El banquero y sus compañeros se instalaron, pues, en la posada, y en ella comieron y pasaron la noche, más o menos cómodamente, en las habitaciones que fueron puestas a disposición de ellos.



Al siguiente día, 15 de abril, al rayar el alba, volvieron a ponerse en camino, y a eso de las siete llegaron al kabak.

Los agentes de Pernau, instalados en la posada, los recibieron en la puerta de ésta. Kroff se paseaba por la sala. No había

necesidad de emplear la fuerza para retenerle… ¿Por qué había de abandonar su posada? Al contrario. ¿No era su presencia necesaria para suministrar a los agentes todo cuanto necesitasen? ¿No debía ponerse a las órdenes de los magistrados que procederían a interrogarle? ¿Qué testimonio más precioso que el suyo al principio de aquella información?

Los agentes habían procurado que, tanto en el interior como en el exterior del kabak, en las habitaciones lo mismo que en el camino y en los alrededores de la taberna, las cosas permaneciesen en el estado que tenían cuando ellos llegaron. Se había prohibido a los campesinos de los contornos que se acercasen a la casa, y en aquel momento unos cincuenta curiosos se agolpaban a la distancia que se les había señalado.

Conforme a su promesa, a las siete de la mañana el conductor Broks, acompañado del postillón con el tiro y un carretero, había regresado a la posada, donde esperaba encontrar a Poch y al viajero, a los que había de conducir cuando el coche estuviera compuesto.

¡Calcúlese el horror que sintió Broks cuando el tabernero le condujo ante el cadáver de Poch, de aquel pobre Poch, tan impaciente por regresar a Riga para celebrar su matrimonio! Broks saltó sobre uno de los caballos, y dejando al postillón y al carretero en la posada, volvió a Pernau para informar del suceso a la policía. Se telegrafió al mayor Verder, y algunos agentes se trasladaron a la *Cruz Rota*.

Broks tenía la intención de volver a la posada para ponerse a disposición de los magistrados, que sin duda le reclamarían como testigo.

El juez Kerstorf y el mayor Verder procedieron a practicar inmediatamente las primeras diligencias. Los agentes, colocados unos en el camino, delante de la casa, y otros detrás, a lo largo de la huerta y a la derecha en la orilla del pinar, recibieron orden de mantener a distancia a los curiosos.

El juez, el mayor, el doctor y el señor Johausen penetraron en la sala que servía para el despacho y encontraron a Kroff, que les condujo a la alcoba donde yacía el cadáver del infortunado Poch.

En presencia de éste, el señor Johausen no pudo contener su dolor… Era el viejo servidor de su casa, con la cabeza exangüe, el cuerpo aniquilado por la muerte, que remontaba ya a veinticuatro horas, tendido sobre el lecho en la misma posición en que había recibido el golpe durante su sueño. La víspera, cercanas las siete, Kroff, conforme a lo que Poch le había advertido, no oyendo en la alcoba ningún ruido no le despertó; pero a la llegada del conductor, una hora después, ambos habían golpeado en la puerta, cerrada por el interior. Nadie respondió… Muy inquietos la habían forzado, encontrándose en presencia de un cadáver, aún caliente.

Sobre una mesa, junto al lecho, estaba la cartera con las iniciales de los hermanos Johausen, con la cadena, que arrastraba por el suelo, y vacía del dinero que Poch llevaba a Revel.

En primer lugar, el doctor Hamine reconoció al cadáver. La víctima había perdido mucha sangre. Un charco medio coagulado se extendía desde el lecho hasta la puerta. La camisa de Poch mostraba, junto a la quinta costilla, hacia la izquierda, un agujero que correspondía con una herida de forma bastante singular. Era indudable que había sido hecha con uno de esos cuchillos suecos, cuya hoja, de cinco a seis pulgadas de largo, colocada en un mango de madera, tiene una virola de resorte. Esta virola había dejado sobre la piel, en el orificio de la herida, una huella muy pronunciada. El golpe había sido dado, sin duda, con gran violencia, y uno solo bastó para provocar la muerte repentina, perforando el corazón.

No había duda sobre el móvil del asesinato: era el robo, puesto que los billetes que encerraba la cartera de Poch habían desaparecido.

¿Pero cómo había penetrado el asesino en el cuarto? Evidentemente por la ventana que daba al camino, puesto que la puerta de la alcoba estaba cerrada interiormente, y el posadero y

Broks habían tenido que forzarla. Esta creencia se afirmaría cuando se reconociera la ventana por el exterior. Las manchas de sangre advertidas en la almohada indicaban que Poch debió colocar su cartera bajo aquélla, de donde el asesino la arrancó con sus manos ensangrentadas, dejándola sobre la mesa después de haber sacado los billetes.

Esta información fue hecha con minucioso cuidado en presencia del posadero, que respondía con gran sentido a todas las preguntas que el magistrado le dirigía.

Antes de proceder a su interrogatorio, el juez y el mayor quisieron llevar sus investigaciones al exterior. Convenía dar la vuelta en torno de la posada y examinar si el asesino había dejado huellas por aquella parte.

Ambos salieron, acompañados del doctor Hamine y del señor Johausen. Kroff y los agentes les seguían, mientras los campesinos quedaban a unos treinta pasos.

Primeramente la ventana de la alcoba donde el crimen se cometió fue objeto de minucioso examen. Al primer golpe de vista se advirtió que la madera de la derecha, que se encontraba en muy mal estado, había sido forzada por medio de una palanqueta, y que el herraje había sido arrancado. Por uno de los cristales rotos, cuyos pedazos yacían en el suelo, el asesino había introducido el brazo y abierto la ventana, por la que había entrado y salido después de cometer el crimen.

Las huellas de su pie existían en gran número, y la tierra las había conservado, pero crecían, se confundían, afectaban tan diferentes formas que no podían servir de indicios. Obedecía esto a que la víspera, antes de la llegada de los agentes de Pernau, gran número de curiosos habían circulado en torno de la casa, sin que Kroff hubiera podido impedirlo.

El juez Kerstorf y el mayor fueron ante la ventana del cuarto que durante la noche ocupó el viajero desconocido. No ofrecía nada de sospechoso: las vidrieras estaban herméticamente cerradas y no

habían sido abiertas desde la víspera, es decir, desde la hora en que dicho viajero se había apresurado a abandonar la posada.

Sin embargo, la cornisa y también el muro presentaban algunas resquebrajaduras, como si hubieran sido fuertemente rozadas por los zapatos de alguien que hubiera escalado aquella ventana.

Hecho esto, el magistrado, el mayor, el doctor y el banquero volvieron a entrar en la posada para visitar el cuarto del viajero, como se sabe, contiguo a la sala. Un agente vigilaba la puerta desde su llegada a la *Cruz Rota*.

Se abrió la puerta. Una profunda oscuridad reinaba en la habitación. El mayor Verder abrió la ventana y empujó las maderas del exterior.

La luz entró en el cuarto. Se encontraba éste en el estado en que lo dejó el viajero: la cama deshecha, la vela de sebo casi concluida: Kroff la había apagado después de la partida de aquél; las dos sillas de madera en su sitio de costumbre, sin indicio de desorden; en el fondo del hogar de la chimenea se veían cenizas y dos tizones que

no se habían consumido, y un viejo armario, cuyo interior fue examinado, y que no contenía nada. En el cuarto, pues, salvo las resquebrajaduras del exterior, no había indicio alguno que pudiera dar luz sobre el caso.

Se terminó el reconocimiento visitando la habitación de Kroff. Los agentes escudriñaron concienzudamente los tejadillos del corral. La huerta fue explorada hasta el seto vivo que le servía de cercado, y que no presentaba huella alguna. No se podía, pues, dudar que el asesino había venido de fuera, penetrando en el cuarto de la víctima por la ventana que daba al camino, y que había sido forzada.

El juez Kerstorf procedió entonces al interrogatorio del posadero. Se instaló en la sala ante una mesa, y el escribano se sentó a su lado. El mayor Verder, el doctor Hamine y el señor Johausen, deseosos de oír la declaración de Kroff, se colocaron en torno de la mesa, y el posadero fue invitado a que manifestase cuanto sabía.

—Señor juez —dijo con voz segura—, anteanoche, a eso de las ocho, dos viajeros llegaron a la posada y me pidieron dos habitaciones para pasar la noche. Uno de ellos cojeaba ligeramente, a consecuencia de un accidente ocurrido al coche que volcó a doscientos pasos de aquí en el camino de Pernau.

—¿Era Poch, el dependiente de la casa Johausen?

—Sí… Por él mismo lo supe. Me refirió lo que había ocurrido. A no ser por la contusión de la pierna, hubiera ido a Pernau con el conductor y el postillón, ¡y ojalá el cielo lo hubiera permitido! El conductor, al que no vi entonces, debía volver al siguiente día por la mañana, y así lo hizo, en efecto, para recoger a Poch y a su compañero después de reparar el coche.

—¿Dijo Poch lo que iba a hacer en Revel? —preguntó el juez.

—No… Me suplicó que le sirviese de cenar, y comió con buen apetito. Cerca de las nueve serían cuando entró en la habitación que le tenía destinada, cuya puerta cerró interiormente con llave y cerrojo.

—¿Y el otro viajero?

—El otro viajero —respondió Kroff— se limitó a pedir una habitación, sin querer tomar parte en la cena de Poch. En el momento de retirarse me previno que no aguardaría el regreso del conductor y partiría al día siguiente a las cuatro de la mañana.

—¿No ha sabido usted quién era ese viajero?

—No, señor juez, y el pobre Poch tampoco lo sabía. Mientras cenaba me habló de su compañero, que no había pronunciado diez palabras durante el camino, y que hizo el viaje con la cabeza oculta bajo su capuchón, como deseoso de no ser reconocido. Yo mismo no he podido verle la cara, y me sería absolutamente imposible dar detalle alguno sobre este punto.

—¿Y había otras personas en la *Cruz Rota* cuando llegaron los dos viajeros?

—Media docena de campesinos y leñadores de los contornos, y también el cabo de policía Eck con uno de sus hombres.

—¡Ah! —exclamó el señor Johausen—. ¡El cabo Eck! ¿Pero no conocía a Poch?

—En efecto, y ambos hablaron durante la cena.

—¿Y toda esa gente partió? —preguntó el juez

—A eso de las ocho y media —respondió Kroff—. Yo cerré la puerta con llave, después de echar las barras del interior.

—¿De modo que no era posible abrir por fuera?

—No, señor juez.

—¿Ni por dentro si no se tenía la llave? por ella, huyendo por el mismo sitio, una vez que realizó

—Tampoco.

—Y por la mañana, ¿lo encontró usted todo en el mismo estado?

—En el mismo estado. Eran las cuatro cuando el viajero salió de su habitación. Yo le alumbré con mi linterna. Me pagó lo que me debía, un rublo. Estaba encapuchado, como la víspera, y no pude ver su rostro. Le abrí la puerta y la cerré así que salió.

—¿No dijo dónde iba?

—No lo dijo.

—¿Durante la noche oyó algún ruido sospechoso?

—Ninguno.

—En opinión de usted, Kroff —preguntó el juez—, ¿el crimen había sido ya cometido cuando el viajero abandonó la posada?

—Así lo creo.

—¿Y después de la partida del viajero qué ha hecho usted?

—He vuelto a mi cuarto y me he tendido sobre el lecho para esperar el día, y no creo haber dormido.

—¿De modo que si desde las cuatro a las seis hubiera habido algún ruido en la habitación de Poch, usted lo hubiera oído?

—Seguramente, puesto que mi cuarto, aunque está en el jardín, es vecino del suyo, y de haber habido lucha entre Poch y el asesino…

—Sí —dijo el mayor Verder—, pero no hubo lucha el desdichado fue muerto repentinamente en su lecho por el golpe que le atravesó el corazón.

Nada más cierto, y no era dudoso que el crimen hubiera sido cometido antes de la partida del viajero. Por más que certeza absoluta no había, pues de cuatro a cinco la noche era negra, la borrasca se desencadenaba aún con gran violencia, el camino estaba desierto, y un malhechor pudo sin ser visto introducirse, por fractura, en la posada.

Kroff continuo respondiendo categóricamente a las preguntas que el magistrado le dirigió. Evidentemente nunca pensó que se pudiera sospechar de él. Estaba, además, demostrado de un modo absoluto que le asesino, venido de fuera, había fracturado la ventana para entrar por ella, huyendo por el mismo sitio, una vez que realizo su crimen, con los quince mil rublos robados.

Kroff refirió cómo había descubierto el asesinato. Se había levantado a las siete y se paseaba por la sala cuando el conductor Broks llegó a la posada, yendo con él a despertar a Poch, que no contestó al llamamiento. Golpearon la puerta, y el mismo silencio.

Entonces forzaron la entrada, encontrándose en presencia del cadáver.

—¿Está usted seguro de que en aquel momento —preguntó el juez— no le quedaba al desgraciado ni un soplo de vida?

—Absolutamente seguro, señor juez —contestó Kroff, quien, por ruda que fuese su naturaleza, sentase dominado por la emoción—. No, ni el menor aliento de vida. Broks y yo hicimos todo lo humanamente posible por reanimarle, sin poderlo conseguir. ¡Asegúrese el señor juez, con semejante puñalada en el corazón!

—¿No encontró usted el arma del asesino?

—No, señor juez; sin duda tuvo buen cuidado de llevársela

—¿Asegura usted —insistió el magistrado— que el cuarto de Poch estaba cerrado interiormente?

—Sí, señor, con llave y cerrojo —contestó Kroff. El conductor Broks podrá también afirmarlo. Por esto nos vimos obligados a forzar la puerta.

—¿Broks partió inmediatamente?

—Sí, señor juez. Tenía prisa por volver a Pernau, a fin y de prevenir a la policía, que envió dos agentes.

—¿Y no ha regresado?

—No, señor, pero debe llegar esta misma mañana, pues ya supone que ha de ser interrogado.

—Está bien —contestó el señor Kerstorf—, puede usted retirarse; pero no abandone la posada y esté siempre dispuesto a mi llamamiento.

—Así lo haré.

En el comienzo de este interrogatorio Kroff había dado su nombre y apellidos, edad y profesión, de todo lo cual había tomado nota el escribano, pues era probable que hubiera de ser citado en el curso de la instrucción.

Entretanto comunicase al juez que el conductor Broks acababa de llegar. Era el segundo testigo, y su declaración sería tan importante como la de Kroff, con quien sin duda coincidiría.

Se hizo entrar a Broks en la sala. A instancia del juez dijo su nombre y apellidos, edad y profesión. Empezó a prestar declaración, no omitiendo detalle acerca del accidente del carruaje, de los viajeros que conducía desde Riga, de la resolución de Poch y compañero de viaje de pernoctar en el albergue de la *Cruz Rota*.

Sus manifestaciones confirmaron las del posadero en todo lo referente al descubrimiento del crimen, a la necesidad de forzar la puerta de la habitación, puesto que Poch no respondía. Insistió, además, sobre un punto que merece tenerse muy en cuenta: la conversación, tal vez imprudente, que durante el trayecto mantuvo la víctima, manifestando que iba a Revel con objeto de depositar una importante suma por cuenta de la casa Johausen.

—Es seguro —añadió— que el otro viajero y los postillones que se fueron relevando en el camino tuvieron ocasión de ver su cartera, y yo mismo hice la observación.

Interrogado acerca del viajero que tomó asiento en la diligencia al salir de Riga, contestó Broks:

—No le conozco, y me fue imposible verle la cara.

—¿Llegó en el momento de partir la diligencia?

—Algunos momentos antes de echar a andar.

—¿No había tomado su asiento con anticipación?

—No, señor juez.

—¿Iba a Revel?

—Por lo menos hasta allí pagó el asiento; es todo lo que puedo afirmar.

—¿No se había convenido que al día siguiente volvería usted para reparar el carruaje?

—Sí, señor, y que Poch y su compañero continuarían el viaje.

—¿Y sin embargo, al día siguiente, a las cuatro de la mañana, el viajero dejaba la posada?

—También a mí me sorprendió, señor juez, que Kroff me dijese que ese individuo se había marchado.

—¿Y qué pensó usted en el primer momento?

—Pensé que se propondría detenerse en Pernau, y como no dista de aquí más que una docena de verstas, se había decidido a hacerlas a pie.

—Si tal era su intención —observó el magistrado—, es singular que no se dirigiese a Pernau aquella misma noche, después del accidente del carruaje.

—Efectivamente, señor juez, eso mismo se me ocurrió a mí —dijo Broks.

El interrogatorio tocó a su fin, y el conductor recibió el permiso para retirarse.

Cuando hubo salido, el mayor Verder dijo al doctor Hamine:

—¿Tiene usted que practicar algún otro reconocimiento en el cuerpo de la víctima?

—No, mayor. He tomado nota minuciosa del lugar, de la forma y disposición de la herida.

—¿El golpe ha sido dado con un cuchillo?

—Un cuchillo cuyo mango ha dejado huella alrededor de la herida —afirmó el doctor Hamine.

Esto era un indicio que podía ser útil a la instrucción.

—¿Puedo ya dar las órdenes —preguntó entonces el señor Johausen— para que el cuerpo de este pobre Poch sea transportado a Riga, donde ha de efectuarse el enterramiento?

—Desde luego —contestó el juez.

—Entonces nada nos queda que hacer aquí —dijo el doctor.

—Nada; podemos partir, puesto que no hay más testigos que examinar.

—Antes de marcharnos —dijo entonces el señor Kerstorf, deseo volver a examinar el lugar del crimen. Tal vez se nos haya escapado algún indicio.

El magistrado, el mayor, el doctor y el señor Johausen entraron en la habitación. Les acompañaba el posadero, presto a contestar a cuantas preguntas le dirigieran. La intención del juez era registrar

las cenizas del hogar para convencerse de que no contenían nada sospechoso.

Al fijarse en el atizador de hierro lo examinó con cuidado, observando que estaba deformado por un violento esfuerzo. ¿Habría servido para violentar la ventana de la habitación de Poch…? Era más que probable, y puesto que esta comprobación se unía a las rozaduras que se observaban en la madera de la ventana, el juez se hizo *in mentibus* las consideraciones que expuso a sus compañeros cuando salieron de la posada y no podía oírles el posadero.

El crimen no ha podido ser cometido más que por tres personas: o un malhechor llegado de fuera, o el posadero, o el viajero que pasó allí la noche. El descubrimiento del atizador, que nos servirá de cuerpo del delito, y las huellas dejadas en las maderas de la ventana no dan lugar a dudas. El viajero no ignoraba que la cartera de Poch contenía una suma considerable. Llegada la noche, después de abrir la ventana de su cuarto, saltó por ella, y sirviéndose del atizador como palanca, forzó la ventana de la habitación próxima, asesinó a Poch mientras dormía, y realizado el robo, volvió a su cuarto, de donde salió a las cuatro de la mañana, oculta la faz bajo su capuchón. Este viajero es indudablemente el asesino.

No había nada que objetar a esta argumentación.

¿Quién era este viajero? ¿Se conseguiría identificarlo?

—Señores —dijo entonces el mayor Verder—, las cosas han pasado seguramente como acaba de exponerlas el señor juez Kerstorf… Pero las informaciones judiciales son pródigas en sorpresas y no huelgan nunca las precauciones. Voy a cerrar la habitación del viajero, me llevaré la llave y dejaré aquí dos agentes con orden de no abandonar la posada y de vigilar al posadero.

La medida fue aprobada, y el mayor dio las correspondientes órdenes.

Poco antes de subir a la berlina el señor Johausen llamó aparte al juez, y le dijo:

—Existe una particularidad que todavía no he confiado a nadie y es conveniente que usted la conozca.

—¿Qué es ello?

—Que tengo los números de los billetes robados… Había ciento cincuenta de cien rublos[6], y Poch los llevaba en un fajo.

—¡Ah! ¿Y ha conservado usted los números? —repuso el magistrado en tono reflexivo.

—Sí, como de costumbre, y voy a comunicarlos a los diferentes bancos de provincias y de Rusia.

—Creo que no es conveniente —contestó el señor Kerstorf—. Si lo hace usted así, podrá suceder que el ladrón se entere y vaya con los billetes al extranjero, donde los números no serán conocidos. Dejémosle obrar con entera libertad, y tal vez él mismo dará motivo para prenderle.

Algunos momentos después la berlina se llevaba al juez y su escribano, al banquero, al mayor Verder y al doctor Hamine. La *Cruz Rota* quedaba bajo la vigilancia de dos agentes, que no debían ausentarse ni un momento del lugar del crimen.

VIII

EN LA UNIVERSIDAD DE DORPAT

EL 16 de abril, al siguiente día de presentarse las autoridades judiciales en la posada de la *Cruz Rota*, un grupo de cinco o seis jóvenes estudiantes se paseaba por el patio de la Universidad de Dorpat, una de las principales ciudades de Livonia.

Entre unos y otros se cambiaban rápidas preguntas y respuestas. Sus altas botas crujían sobre la arena. Iban y venían de un lado a otro, con el talle estrechamente encerrado en el cinturón de cuero, su gorra de vivos colores, coquetamente inclinada sobre la oreja.

Uno de ellos decía:

—Garantizo la frescura de los sollos que han de servirnos… Han llegado del Aa y han sido pescados la pasada noche… En cuanto a los *stroemlings*[7], se han pagado muy caros a los pescadores de Oesel, y me dejaría cortar la cabeza si hubiera alguien que no los encontrase deliciosos, acompañándolos con un vasito de licor.

—¿Y tú, Siegfried, qué has hecho? —preguntó el estudiante de más edad.

—Yo—contestó el aludido—, me he encargado de las aves, y si alguien se atreve a decir que mis ortegas y mis gallos silvestres no son excelentes tendrá que habérselas con un vuestro servidor.

—Reclamo el premio de honor para los jamones crudos —declaró un tercero—. Que me muera en este instante si alguien ha

comido algo mejor que los pastelillos de carne. Te los recomiendo encarecidamente, mi querido Karl.

—Bueno —respondió el estudiante aludido por su camarada—; gracias a todas esas excelentes cosas, celebraremos dignamente la fiesta de la Universidad. Pero con una condición, que la fiesta no sea turbada por los eslavo—moscovitas.

—¡No…! —exclamó Siegfried. Ni uno solo de esos que empiezan a sacar los pies de las alforjas.

—Y a los cuales habrá que fajar los humos —repuso Karl—. Y que tenga mucho cuidado ese Jean, a quien pretenden reconocer como jefe, pues le haremos entender cuál es su verdadero puesto. Uno de estos días preveo que realizaremos juntos algún acto, y no quisiera dejar la Universidad sin haberle obligado a humillarse ante los germanos que tanto desdeña.

—Él y su gran amigo Gospodin —añadió Siegfried, tendiendo el puño amenazador hacia el fondo del patio.

—¡Gospodin, como todos los que han soñado en hacerse amos de nosotros —exclamó Karl—, ya verán si se apoderan tan fácilmente de la raza germana! Eslavo significa esclavo, y vamos a usar esa rima en los versos de nuestro himno livonio y hacérselo cantar.

—¡Cantarlo a compás, y en lengua alemana! —replicó Siegfried, mientras sus compañeros lanzaban un hoch formidable.

Como se ve, los jóvenes estudiantes habían preparado bien las cosas para el banquete del festival proyectado, y pensaban completar la fiesta provocando un conflicto, tal vez una querella, con los estudiantes de origen eslavo.

Estos chicos eran unas malas cabezas, particularmente Karl, que ejercía, por su nombre y su situación, una verdadera influencia sobre sus camaradas y podía empeñarlos en cualquier lamentable colisión.

¿Quién era, pues, aquel Karl, la autoridad del cual se imponía a una gran parte de aquella juventud universitaria, aquel mozo de

carácter audaz, vengativo y pendenciero…?

Alto, rubio el cabello, dura la mirada, la fisonomía maliciosa, jamás dudaba en colocarse en primera línea.

Karl era el hijo del banquero Frank Johausen. Aquel año debía concluir sus estudios en la Universidad. Le faltaban unos meses para volver a Riga, donde tenía su puesto señalado en la casa de su padre y de su tío.

¿Y quién era aquel Jean, acerca del cual Karl y Siegfried habían cambiado frases de tan conminatorio tono…? Era el hijo de Dimitri Nicolef, el profesor de Riga, que podía contar con su camarada Gospodin tan en absoluto como Karl Johausen podía confiar en su compañero Siegfried.

Dorpat fue fundada por los rusos en 1750, aunque ciertos historiadores quieren remontar su fundación al famoso año 1000 que debía ver el fin del mundo.

Pero si alguna duda existe acerca del origen de esta ciudad, una de las más encantadoras de las provincias bálticas, no puede afirmarse lo mismo respecto a su célebre Universidad, que Gustavo Adolfo creó en 1632, reorganizándose en 1812 tal y como funciona en la actualidad. Según el testimonio de algunos viajeros, se diría que Dorpat es una ciudad de la Grecia moderna, y parece que sus casas han sido transportadas, ya construidas, de la capital del rey Otón.

Dorpat es poco comercial. Es una ciudad estudiantil, con su Universidad, que se divide en corporaciones, o más bien, en «naciones», que no están unidas ciertamente por el sólido lazo de la fraternidad. Las pasiones son tan vivaces entre el elemento eslavo y el elemento germánico, como entre la población de las otras ciudades de Estonia y de Livonia.

Puede decirse, pues, que la tranquilidad no reina en Dorpat más que en tiempo de vacaciones universitarias, cuando los insufribles calores de la canícula reintegran a los estudiantes a sus hogares.

Los novecientos estudiantes que aproximadamente constituyen la colonia escolar de Dorpat exigen un personal de setenta y dos profesores para los diversos cursos de ciencias y letras.

Las clases, que explican en lengua alemana, consumen un presupuesto anual de doscientos treinta y cuatro mil rublos. A cuatro mil asciende la cifra de los volúmenes que encierra la rica biblioteca de la Universidad, una de las más importantes de Europa.

Aunque de carácter esencialmente científico, Dorpat no está desprovista en absoluto de comercio, como consecuencia de su situación geográfica, nudo de los principales caminos de las provincias bálticas, a doscientos kilómetros de Riga y a ciento treinta solamente de San Petersburgo. Además, ¿cómo olvidar que fue una de las más prósperas ciudades de la Hansa? Casi todo el comercio está en manos germánicas, y la población indígena está constituida en su mayor parte por obreros y domésticos.

Dorpat está pintorescamente situada sobre una colina que domina al sur el curso del Embach. Largas calles atraviesan sus tres barrios. Los turistas visitan su observatorio, su catedral, de estilo griego, las ruinas de una iglesia ojival. Todos admiran las hermosas avenidas de su jardín botánico, muy apreciado por los aficionados.

El elemento germánico predominaba no sólo en la población, sino en la Universidad. De novecientos estudiantes, no había más que una media centena que fuesen de raza eslava.

De estos últimos, Jean Nicolef era el que más sobresalía. Sus camaradas le reconocían, si no por su jefe, por su portavoz en los conflictos que la sagacidad del rector no siempre lograba conjurar.

Aquel día, en tanto que Karl Johausen y su grupo se paseaban por el patio, discutiendo acerca de las eventualidades que podían turbar su festival, otro grupo de estudiantes, moscovitas de nacimiento y de corazón, conversaban a propósito del mismo asunto.

Uno de estos estudiantes era un vigoroso muchacho de dieciocho años, alto, de mirada franca y viva, de elegante figura, las

mejillas sombreadas por la naciente barba, el labio ornado por un fino bigote. Este joven inspiraba simpatía desde los primeros momentos, siquiera su fisonomía fuese reflexiva, como la de un hombre laborioso, iniciado ya en las preocupaciones del porvenir.

Jean Nicolef iba a concluir su segundo año de Universidad. Se le hubiese reconocido nada más que por su semejanza con su hermana Ilka. Eran dos naturalezas graves y reflexivas, muy penetrados de los sentimientos del deber, con más intensidad de lo que requería su juventud. Se comprendía el ascendiente que ejercía sobre sus compañeros por el celo que le animaba en la defensa de las ideas eslavas.

Su camarada Gospodin pertenecía a una rica familia de Revel. Aunque tenía un año más que Jean Nicolef, mostraba menos seriedad en sus actos. Era un mozo más pronto al ataque que a la respuesta, más ávido de placeres, más dado a los ejercicios deportivos, dotado de un excelente corazón; uno de aquellos con quienes Jean podía contar, sintiendo hacia él una amistad sincera, capaz de todas las abnegaciones.

¿De qué habían de hablar aquellos muchachos más que de los preparativos del festival que apasionaba a las distintas corporaciones? Y siguiendo su costumbre, Gospodin se abandonaba a su natural impetuosidad, que en vano procuraba contener Jean.

—Sí —exclamaba—, pretenden excluirnos de su banquete los tudescos. Han rehusado nuestras cotizaciones para que no tengamos el derecho de tomar parte en la fiesta. ¡Les hubiera dado vergüenza chocar, sus vasos con los nuestros…! Pero aún queda el rabo por desollar, y pudiera suceder que terminase el banquete antes de los postres.

—Es indigno, convengo en ello —contestó Jean—. Sin embargo, ¿vale la pena que vayamos a armar bronca…? Se obstinan en festejar solos… ¡sea! Festejemos nosotros por nuestra cuenta, mi querido Gospodin, y no por eso vaciaremos menos alegremente nuestros vasos en honor de la Universidad.

El impetuoso Gospodin no veía la cosa bajo el mismo aspecto. Aceptar aquella situación hubiera sido retroceder, y se iba exaltando a medida que hablaba.

—Es cosa sabida, Jean —replicó—, que tú eres el buen sentido personificado, y nadie duda que tienes tanto valor como razón, pero yo no soy razonable ni quiero serlo. Yo considero que la actitud de Karl Johausen y de su pandilla es injuriosa hacia nosotros, y no lo soportaré por más tiempo…

—Deja tranquilo a Karl, a ese alemán, Gospodin —repuso Jean Nicolef—, y no te preocupes de sus palabras ni de sus actos. Dentro de algunos meses los dos habréis dejado la Universidad, y lo probable es que jamás volváis a encontraros, al menos en condiciones de lucha de razas.

—¡Posible es, sesudo Néstor!—contestó Gospodin—. Y ¡qué hermoso es tener el dominio que tú tienes sobre ti mismo…! Pero si me marchara de aquí sin dar a ese Karl Johausen la lección que merece, no me consolaría nunca.

—Al menos, hombre, no vayamos hoy a dar los primeros pasos provocándole sin motivo.

—¿Sin motivo? —exclamó el impulsivo joven—. ¡No tengo uno, sino mil…! Su actitud que me revienta, su rostro antipático, su voz que me desagrada, su mirada desdeñosa, el aire de superioridad

que ha adoptado y que sus camaradas acrecientan reconociéndolo por jefe de la corporación…

—Todo esto no es serio, Gospodin —declaró Jean Nicolef, que tomó el brazo de su camarada en un instintivo movimiento de amistad—. En tanto él no dirija una injuria directa, no veo que haya motivo de provocación… ¡Ah! si el insulto se produjera, no necesitaría a nadie para contestar debidamente, puedes estar seguro de ello.

—Y nos tendrías a tu lado, Jean —exclamaron los otros estudiantes del grupo.

—Ya lo sé —dijo Gospodin—, pero lo que me extraña es que Jean no haya ya chocado con ese Karl.

—¿Qué quieres decir Gospodin?

—Quiero decir que si nosotros tenemos con los germanos no más que rivalidades de escuela, Jean Nicolef tiene otras cuentas que saldar con Karl Johausen.

Jean sabía a lo que Gospodin aludía. La rivalidad de los Johausen y de los Nicolef en Riga era como la de los estudiantes en la Universidad. El lector sabe que los jefes de estas dos familias eran enemigos políticos y hablan de batirse en la próxima lucha electoral, animado el uno por la opinión popular, alentado el otro por la autoridad administrativa, anheloso cada cual de abatir al contrario.

Gospodin hacía mal en recordar esa situación, derivando hacia los hijos las rivalidades personales de los padres. Por desgracia, cuando la cólera le dominaba, sus ímpetus sobrepujaban toda la medida.

Jean no contestó. Su rostro había palidecido en un reflujo de la sangre hacia el corazón. Pero tuvo bastante fuerza de voluntad para contenerse después de lanzar una mirada al otro extremo del patio donde se encontraba el grupo de Karl Johausen.

—No hablemos de eso, Gospodin —dijo con voz grave ligeramente alterada —. Yo no he hecho intervenir jamás el nombre del señor Johausen en nuestras discusiones, y quiera Dios que Karl

tenga la misma discreción respecto a mi padre. Si faltase a esta reserva…

—Jean tiene razón —dijo uno de los estudiantes—, y Gospodin ha hecho mal en sacar eso a colación. No nos ocupemos de lo que pasa en Riga y atengámonos a lo que sucede en Dorpat.

—Sí —replicó Jean Nicolef, que deseaba reintegrar la conversación a su primer punto de vista—. Ante todo, no exageremos, y veamos el giro que toman las cosas.

—¿De modo, Jean —preguntó el estudiante—, que tú no piensas que debemos protestar contra la actitud de Karl Johausen y de sus camaradas a propósito del banquete de que hemos sido excluidos?

—Pienso que de no ocurrir nuevos incidentes debemos mostrar la más completa indiferencia.

—¡Vaya por la indiferencia! —respondió Gospodin, sacudiendo la cabeza con aire de desaprobación. Falta ahora saber si nuestros compañeros se resignarán… Están furiosos, Jean, te lo prevengo.

—Gracias a ti, Gospodin.

—No, Jean, y bastará una mirada desdeñosa, una frase malsonante para hacer estallar la mina.

—Bueno —exclamó Jean Nicolef sonriendo—, la pólvora no hará explosión, pues ya nos cuidaremos de mojarla con champaña.

Era la cordura misma quien inspiraba estas frases la más juiciosa de todas aquellas juveniles cabezas; pero, los otros estaban muy excitados. ¿Seguirían sus consejos de prudencia? ¿Cómo concluiría el día? ¿No daría el festival motivo a los desórdenes? Si las provocaciones no partían del lado eslavo, ¿dejarían de producirse por parte de los alemanes? Había motivos para temerlo.

No es de extrañar, pues, que el rector de la Universidad estuviera seriamente preocupado. Hacía tiempo que estaba al tanto de la lucha del eslavismo y del germanismo, tan acentuada entre los estudiantes. La mayoría intentaba mantener las tradiciones de la Universidad según las ideas que formaron sus orígenes. El gobierno conocía aquella resistencia a sus tentativas de rusificación de que

estaban amenazadas las provincias bálticas. ¿Se preveían las consecuencias de las revueltas que con tal motivo habían de producirse…? Convenía ponerse en guardia. Por antigua, por respetable que fuese la Universidad de Dorpat, no estaba al abrigo contra un decreto imperial, en el caso de que se convirtiera en un centro de agitación contra el movimiento paneslavista.

El rector observaba, por lo tanto, muy de cerca las respectivas actitudes de los estudiantes. ¿Quién era capaz de prever hasta dónde llegaría aquella juventud lanzada a las luchas de la política…?

En realidad, había alguien que ejercía más influencia que el rector: Jean Nicolef. Si aquél no había podido obtener que Karl Johausen y sus amigos admitiesen en el banquete a Jean y sus camaradas, en cambio éste obtuvo de Gospodin y de los otros que no turbasen el festival. No se penetraría, pues, en la sala del banquete. No se contestaría con canciones rusas a los himnos alemanes, a condición de no ser provocados ni insultados.

Pero, ¿quién podía responder en absoluto de aquellas cabezas caldeadas por los vapores del vino?

Jean Nicolef y sus camaradas se reunirían también celebrando el aniversario a su manera, y permanecerían tranquilos si no se les provocaba.

Avanzaba el día. Los estudiantes ocupaban el gran patio de la Universidad. La ciencia holgaba aquella mañana. No se ocupaban más que en pasear por grupos, observándose y evitándose unos a otros. Se podía temer que antes de la hora del banquete ocurriese una provocación seguida de choque. Dada la disposición de los ánimos, tal vez hubiera sido mejor prohibir el festival. Pero prohibir la celebración del aniversario tenía también el peligro de sobreexcitar las corporaciones, dando pretexto a los disturbios que precisamente se querían evitar. Una Universidad no es un colegio donde se aplican castigos coercitivos. Aquí hubiera sido necesario

formar consejos de disciplina, decretar expulsiones, y esto hubiera sido una medida grave.

Hasta la hora del banquete (cuatro de la tarde), Karl Johausen, Siegfried y sus amigos no abandonaron el patio. La mayor parte de los estudiantes acababan de cambiar algunas palabras con ellos, como si recibieran instrucciones del jefe. Había corrido el rumor de que iba a prohibirse el banquete; falso rumor, pues, como acabamos de decir, la medida hubiera provocado el conflicto. Pero la noticia había bastado para motivar cierta agitación entre los grupos.

Jean Nicolef y sus camaradas aparentaban no inquietarse por este estado de cosas, paseándose con toda tranquilidad y cruzándose a veces con los otros estudiantes.

Las miradas chocaban con provocaciones que los labios no se atrevían a formular. Jean permanecía tranquilo, fingiendo indiferencia. ¡Pero qué trabajo le costaba contener a Gospodin! Éste no quería volver la cabeza ni desviar la mirada. Sus ojos se clavaban en los de Karl. Aquella actitud podía provocar un choque que seguramente no se limitaría a los dos adversarios. Sonó al fin la campana anunciando la hora del banquete, y Karl Johausen, precediendo a sus camaradas, se dirigió hacia la amplia sala del anfiteatro que les había sido reservada.

No quedaron en el patio más que Jean Nicolef, Gospodin y la cincuentena de estudiantes eslavos, esperando el instante de dejar la Universidad para volver a sus casas.

Puesto que nada tenían que hacer allí, hubieran obrado muy cuerdamente marchándose inmediatamente. Éste era el parecer de Jean Nicolef, pero en vano trató de imbuirlo en sus camaradas. No parecía sino que Gospodin y otros cuantos habían echado allí raíces, atraídos como por un imán hacia el anfiteatro.

Transcurrieron veinte minutos.

Se paseaban en silencio, aproximándose de vez en cuando a las ventanas de la sala… ¿Qué se proponían? ¿Escuchar las

vehementes conversaciones y contestar a las palabras malsonantes que llegasen a sus oídos?

Los comensales no esperaron al fin del banquete para preludiar sus cantos. Las cabezas estaban inflamadas desde las primeras copas de vino.

A través de las ventanas habían visto a sus adversarios en disposición de atisbar lo que dentro pasaba.

Jean hizo un último esfuerzo.

—Partamos —dijo a sus camaradas.

—¡No! —contestó Gospodin.

—¡No! —repitieron los demás.

—¿No queréis, pues, ni escucharme ni seguirme?

—Queremos escuchar lo que los germanos ebrios se permiten decir, y si esto no nos conviene, serás tú quien.. nos siga, Jean.

—Espera —repuso Gospodin—, y de aquí a un memento no querrás marcharte.

En la sala redoblaba el tumulto, explosiones de risas que se mezclaban, ruidos de vasos entrechocados, gritos y hochs que detonaban como una metralleta. Luego oyó un canto coreado a pleno pulmón, el canto monótono tan en boga en las Universidades alemanas:

Gaudeamus igitur,
Juvenes dum sumus!
Post jucundam juventutem,
Post molestam senectutem,
Nos habebit humus!

Se convendrá que estas frases no tienen nada de regocijadas, y no merecen más que un aire de salmo funerario. Después de esto no pueden más que cantar un *De Profundis* a los postres. Después de todo, este canto encaja perfectamente en la nota germánica.

Mas de pronto, una voz se elevó diciendo:

—¡Oh, Riga! ¿Quién te ha hecho tan hermosa?, esclavitud de los livonios; pero llegará el día en que compremos un castillo a los alemanes, y les hagamos danzar sobre sus piedras calcinadas.

Era Gospodin, que acababa de lanzar este himno ruso.

Después de él, y con él sus camaradas llenaron los aires con los acentos de un himno moscovita de marcado carácter religioso, el «Boje Tsara Krani».

De improviso se abrió la puerta de la sala. Un centenar de estudiantes se lanzaron al patio rodeando al grupo eslavo, en el centro del cual estaba Jean Nicolef, impotente para contener a sus camaradas, sobreexcitados por los gritos y los gestos de sus adversarios. Aunque Karl Johausen no estuviese con ellos para impulsarles a la violencia, su Gaudeamus igitur, vociferado o aullado, trataba de sofocar el himno ruso, cuya potente melodía se dejaba oír a pesar de los esfuerzos en contra.

En este momento dos estudiantes se encontraron cara a cara dispuestos a arrojarse el uno sobre el otro: Siegfried y Gospodin. ¿Iba a decidirse entre ellos esta cuestión de razas? ¿No tomarían parte los dos partidos a favor de sus respectivos campeones? ¿Este altercado no degeneraría en una batalla general, cuya responsabilidad recaería sobre la misma Universidad?

En acecho al tumulto provocado por la salida de los alemanes, el rector se había apresurado a intervenir. Algunos profesores se le habían unido, recorriendo el patio a través de los grupos, tratando de calmar a los exaltados jóvenes, próximos a venir a las manos; pero no lo conseguían. El rector también era desoído, su autoridad desconocida. ¿Qué podía hacer en medio de la avalancha de germanos, que iba creciendo a medida que la sala se desocupaba?

Jean Nicolef y sus compañeros, a pesar de su inferioridad numérica, no cedían ante las amenazas ni ante las injurias.

En aquel momento Siegfried, con un vaso en la mano, se aproximó a Gospodin y le arrojó al rostro su contenido.

Era el primer choque, al que indudablemente habían de seguir otros muchos.

Y, sin embargo, a la vista de Karl Johausen, que acababa de aparecer, uno y otro bando quedó en suspenso. Se abrieron las filas

y el hijo del banquero pudo llegar hasta el grupo donde se encontraba el hijo del profesor.

No es posible pintar la actitud de Karl en este instante: tranquilo, no era cólera lo que su fisonomía respiraba, era desdén, desprecio, que se aumentaba a medida que iba aproximándose a su contrario. Sus camaradas no podían engañarse: Karl iba dispuesto a arrojarle al rostro una nueva injuria.

Al tumulto había sucedido un silencio todavía más imponente. Se sentía que el conflicto, que precipitaba a una sobre otra a las dos corporaciones de la Universidad, se resolvería entre Jean Nicolef y Karl Johausen, dada la animosidad personal de los dos.

Gospodin, olvidándose momentáneamente de Siegfried, esperó a que Karl avanzase algunos pasos más para salir a su encuentro.

Jean le retuvo.

—Esto es cosa mía —dijo con la mayor naturalidad.

Tenía razón al decir que aquello era de su exclusiva incumbencia. Así es que, conservando una perfecta sangre fría, apartó con un ademán a los camaradas que quisieron interponerse.

—¡No me lo impedirás! —exclamó Gospodin, que había llegado al paroxismo de la cólera.

—¡Lo exijo! —dijo Jean Nicolef en tan resuelto tono, que no daba lugar a la resistencia.

Y dirigiéndose a la masa de estudiantes, dijo en voz alta para que todos le oyesen:

—Vosotros sois centenares, nosotros no pasamos de cincuenta ¡Atacadnos, pues! ¡Nos defenderemos, sucumbiremos, pero os habréis conducido como cobardes!

Un grito de furor acogió estas palabras.

Karl hizo señas de que quería hablar.

Se restableció el silencio

—Efectivamente —dijo—, de proceder así seriamos unos cobardes. ¿Hay algún eslavo que quiera tomar la cuestión a su cargo?

—¡Todos! —exclamaron los camaradas de Jean.

Este avanzo un paso y dijo:

—¡Y yo el primero! Si Karl trata de ser provocado yo le provoco.

—¡Tu! —exclamo Karl—, haciendo un gesto de desprecio,

—¡Yo!. Escoge dos de tus amigos; ya tengo hecha la elección de los míos.

—¿Batirte conmigo?

—Si, mañana, si no estas dispuesto en este momento, ahora mismo, si así lo deseas.

No son raras estas refriegas de los estudiantes, y vale mas que las autoridades cierren los ojos, pues las consecuencias no son nunca graves. Verdad es que en esta ocasión había motivos para recelar que sucediese algo lamentable, dada la animosidad personal de los dos adversarios.

Karl se cruzó de brazos y miró a Jean de pies a cabeza.

—¡Ah! —dijo—. ¿Conque ya has escogido a tus testigos?

—Aquí están —replicó Jean, indicando a Gospodin y a otro estudiante.

—¿Y crees que aceptarán?

—¡Claro que aceptamos! —exclamó Gospodin.

—Pues bien, yo no puedo aceptar el reto; jamás consentiré en batirme contigo, Jean Nicolef

—¿Y por qué?

—¡Porque yo no me bato con el hijo de un asesino!

IX

DENUNCIA

He aquí lo que había pasado el día anterior en Riga, adonde el juez Kerstorf, el mayor Verder, el doctor Hamine y el señor Frank Johausen habían llegado la noche del 15 al 16 de abril.

Antes de llegar se había esparcido por la población la noticia del crimen, y corría de boca en boca el nombre de la víctima.

El infortunado Poch era muy conocido en toda la ciudad. Todos los días se le encontraba por la calle cuando con el saquillo echado al hombro y bajo el brazo la cartera sujeta a la cintura por una cadena de acero, iba a realizar los cobros para la casa Johausen hermanos. Hombre bueno y servicial, siempre de buen humor, era muy apreciado de todos, y puede decirse que no contaba con un enemigo. La víspera de su boda con Zenaida Parensof, después de tan larga espera, gracias a su trabajo, a su conducta, a la regularidad de su existencia, a la simpatía que inspiraba a sus principales, contaba con economías suficientes para, en unión de las de su futura asegurar su porvenir. Sólo faltaban dos días para encontrarse en presencia del pastor protestante que había de celebrar su unión. Se proyectaba una fiesta de familia a la que habían de concurrir los colegas de otras casas de banca. No cabía duda de que los señores Johausen honrarían la fiesta con su presencia. Los preparativos estaban concluidos, en espera del regreso del novio, y he aquí que Poch acababa de sucumbir bajo el

puñal de un asesino en un aislado albergue de una de las carreteras de Livonia. ¡Qué efecto produjo la fatal noticia!

No pudo evitarse que la novia conociese el suceso leyéndolo en un periódico. La infeliz recibió su desgracia como un tiro. Primeramente los vecinos, la señora Johausen después, le proporcionaron consuelos y socorros; por si la pobre mujer no pudiese sobrevivir al terrible golpe.

Se conocía la víctima, pero el asesino permanecía incógnito. Todo eran cábalas y conjeturas mientras los magistrados se hallaban en el lugar del crimen. Convenía esperar su regreso, pues tal vez habrían descubierto al asesino.

Hacia él se dirigían todos los anatemas de la pública indignación. Todos encontraban escasa la severidad de la ley para castigar debidamente el horrendo crimen. Se echaban de menos aquellos tiempos en los que precedían a la suprema expiación las más espantosas torturas.

Hay que tener en cuenta que este drama judicial tiene por teatro las provincias bálticas, donde, sin remontarse a una época muy lejana, la justicia procedía una manera bárbara contra los condenados a pena capital. Se les atenazaba con hierros candentes o se les apaleaba hasta dejarlos exánimes. Algunos eran encerrados entre cuatro paredes, donde morían de hambre, a menos que se quisiera arrancarles revelaciones. Entonces les daba de comer pescados salados, sin que probaran una gota de líquido, tormento que arrancaba no pocas respuestas.

Las costumbres se han dulcificado hasta el extremo de que la pena de muerte no se conserva en Rusia mas que para los crímenes políticos, habiéndose abolido para los de derecho común, y reemplazándose por la de trabajos forzados en las minas siberianas. La deportación para el asesino de Poch parecía muy poco castigo.

Se habían dado las órdenes correspondientes para el transporte del cadáver de la víctima. Los señores Johausen querían que se

celebrasen en Riga, y costeados de su bolsillo, funerales por su infeliz cobrador.

En la mañana del 16, el mayor Verder se presentó en el despacho de su jefe jerárquico el coronel de policía Raguenof. Este funcionario esperaba impaciente que le pusieran al corriente de las diligencias practicadas, a fin de lanzar a sus mejores sabuesos sobre la pista del criminal si había algún indicio aprovechable. Lo que desde luego parecía era que se trataba de un crimen de derecho común, de un asesinato seguido de robo.

El mayor comunicó todos los detalles de la información al coronel Raguenof, las circunstancias en que se había cometido el crimen, los indicios recogidos en el curso de las pesquisas judiciales del doctor Hamine.

—Ya veo —contestó el coronel— que sus sospechas recaen muy especialmente sobre el viajero que pasó la noche en la posada.

—Muy especialmente, mi coronel.

—¿El posadero Kroff no se manifestó sospechoso durante las diligencias?

—Se nos ocurrió, naturalmente, que pudiera haber sido el asesino, aunque sus antecedentes no dan lugar a la sospecha. Pero después de las huellas observadas en la ventana de la habitación del viajero, cuya partida fue tan matinal, después de descubrir en dicho cuarto el atizador que había servido para forzar la ventana, no hay duda acerca de quién pueda ser el autor del crimen.

—No estará de más, sin embargo, que se vigile a ese Kroff.

—Desde luego, mi coronel. Ya he dado orden a dos agentes para que guarden la casa y tengan al dueño a disposición de la justicia.

—Así pues —repuso el coronel Raguenof insistiendo—, ¿usted desecha la hipótesis de que el autor del crimen pueda ser algún malhechor que desde fuera hubiese penetrado en la habitación de la víctima?

—Yo no puedo negarla en absoluto —contestó el mayor—, pero me es muy difícil aceptarla; ¡tanto las presunciones se cambian en certidumbres cuando se aplican al viajero que acompañaba a Poch!

—Veo que su convicción está hecha, mayor Verder.

—Mi convicción, que es la del juez Kerstorf, el doctor Hamine y el señor Johausen. Hay que tener en cuenta que el incógnito viajero ha puesto cuidadoso empeño en que no se le reconociese.

—¿No dijo hacia dónde se dirigía cuando salió de la *Cruz Rota*?

—No, mi coronel.

—¿No puede suponerse que su intención haya sido dirigirse a Pernau?

—Hipótesis muy admisible, mi coronel, aunque tomara su asiento hasta Revel.

—¿No se ha visto ningún forastero en Pernau en los días 14 y 15?

—Ninguno —afirmó el mayor Verder—, no obstante estar avisada la policía desde los primeros momentos… ¿Dónde se ha ido este viajero…? ¿Ha entrado en Pernau…? ¿Habrá huido fuera de él a las provincias bálticas con el producto de su robo?

—Es de creer que la proximidad del mar le habrá proporcionado la ocasión de escapar, embarcándose en algún puerto.

—Esa ocasión no se le ha presentado todavía, mi coronel, pues actualmente apenas si la navegación está libre en el mar Báltico o en el golfo de Finlandia… Los informes que he recibido dicen que no ha podido hacerse a la mar ningún barco. Si el presunto asesino trata de embarcar, necesario será que espere unos días, bien en un puerto del interior, bien en uno de los puertos del litoral: Pernau, Revel…

—O en Riga —contestó el coronel Raguenof—. ¿Por qué no había de regresar al punto de partida…? ¿Quién le dice a usted que no ha hecho eso para despistar a la policía?

—Esto me parece poco probable, mi coronel; pero, en fin, hay que preverlo todo, y encargaré a los agentes que inspeccionen los

barcos que vayan a zarpar. De todos modos, el deshielo no será completo hasta el fin de la semana, y hay tiempo, por lo tanto, de organizar una severa vigilancia del puerto y de la ciudad.

El coronel aprobó las diversas medidas adoptadas por su subordinado, extendiéndolas a todo el territorio de las provincias bálticas. El mayor Verder le prometió tenerle al corriente de todo. La información judicial sería continuada por el juez Kerstorf, y podían confiar en la actividad y celo de este magistrado.

Después de la conversación sostenida con el mayor Verder, el coronel Raguenof no ponía en duda que el asesino fuese aquel viajero que acompañaba a la víctima. Existían contra él cargos aplastantes. Pero, ¿quién era…? ¿Y cómo llegar a establecer su identidad si no era conocido de nadie; ni del conductor Broks, que le condujera en la diligencia, ni de Kroff, que le albergó en su vivienda…? Ninguno de los dos le vio el rostro, y no podían decir si era joven o viejo. En estas condiciones, ¿sobre qué pista lanzar a los agentes…? ¿De qué lado dirigir las pesquisas…? ¿Qué nuevos testimonios podían aportar revelaciones que permitiesen obrar con probabilidades de éxito…?

Era la oscuridad completa.

Bien pronto se verá cómo de pronto esta oscuridad fue iluminada por una vivísima luz, que convirtió la noche en día.

Aquella mañana, después de redactar su informe médico legal, el doctor Hamine lo había entregado al juez Kerstorf.

—¿Ningún nuevo indicio? —preguntó al magistrado.

—Ninguno, doctor.

Y al salir del despacho del juez, el doctor Hamine encontró al cónsul de Francia, el señor Delaporte. Por el camino le fue enterando del crimen y de las dificultades que su esclarecimiento ofrecía.

—Efectivamente —dijo el cónsul—, parece fuera de duda que el viajero de referencia es el autor del crimen; lo que ya es más dudoso es que se llegue a descubrirlo… Usted, doctor, atribuye una

gran importancia al detalle de haber asestado el golpe con un cuchillo cuyo mango ha dejado huella alrededor de la herida. ¡Sea…! Pero de esto a encontrar ese cuchillo…

—¡Quién sabe! —contestó el doctor.

—Ya veremos —dijo el señor Delaporte—. A propósito, ¿tiene usted noticias del señor Nicolef?

—¿Noticias de Dimitri? —preguntó el doctor—, ¿Cómo voy a tenerlas si está de viaje?

—En efecto —respondió el cónsul—, y desde hace tres días ya. Y cuanto más lo pienso, más raro me parece.

—Sí… —observó el doctor Hamine.

—Ayer la señorita Nicolef todavía no había recibido ninguna noticia.

—Vamos a ver a Ilka —propuso el doctor.

—Sí, vamos. Tal vez el cartero le haya llevado hoy carta de su padre, o acaso Nicolef esté ya de regreso en su casa.

El señor Delaporte y el doctor Hamine se dirigieron hacia el domicilio del profesor. Cuando llegaron a la puerta preguntaron si la señorita Nicolef podía recibirles.

La criada les introdujo inmediatamente en la sala, donde estaba la joven.

—¿Ha regresado tu padre, mi querida Ilka? —le preguntó el doctor.

—No ha venido —contestó la joven.

Y en su rostro pálido se reflejaba la intranquilidad que la dominaba.

—Pero, ¿no ha tenido usted noticia alguna, señorita? —preguntó el cónsul.

Un signo negativo fue la respuesta de Ilka.

—Esta ausencia es inexplicable —repuso el doctor—, así como el secreto que la rodea.

—¡Dios quiera que no le haya sucedido a mi padre alguna desgracia! —murmuró la joven con voz turbada—. Desde hace

algún tiempo los crímenes son frecuentes en Livonia.

El doctor Hamine trató de tranquilizarla, más sorprendido que inquietado por esta ausencia.

—No hay que exagerar, mi querida niña; no hay tantos riesgos en los viajes. Verdad es que se ha cometido un crimen cerca de Pernau…, y si se conociese al asesinó como se conoce a la víctima, un infeliz cobrador de una casa de banca…

—Ya lo ve usted, mi buen doctor, los caminos no están seguros, y ya hace cuatro días que partió mi padre… ¡Ah!, Yo no puedo desechar los presentimientos de una desgracia…

—Tranquilízate, hija mía —le dijo cariñosamente el doctor, estrechándole las manos—. ¡Tú, tan fuerte, tan enérgica…! ¡No te reconozco! Dimitri te previno que estaría ausente dos o tres días, y no hay motivo para alarmarse.

—¿Usted dice lo que piensa, doctor? —preguntó la joven, mirándole fijamente.

—Seguramente, Ilka, seguramente, y yo estaría tranquilo del todo si supiese la causa del viaje de Dimitri… ¿Qué te dijo antes de partir?

—Esto —e Ilka sacó del bolsillo un papel que entregó al doctor.

El doctor y el señor Delaporte leyeron atentamente. Nada podía deducirse de aquellas lacónicas frases de Dimitri, que su hija había leído y releído tantas veces.

—¿De modo que no te besó antes de partir? —preguntó el doctor.

—No, mi querido doctor, y la víspera, cuando se despidió de mí como todas las noches, me pareció que su pensamiento estaba en otra parte.

—Tal vez —observó el cónsul—, el señor Nicolef tendría alguna preocupación.

—Volvió más tarde que de costumbre, ¿se acuerdan ustedes?, retenido por una lección que se había prolongado, según él explicó.

—Efectivamente, me pareció más preocupado que de costumbre —repuso el doctor—; pero insisto sobre este punto, mi querida Ilka, ¿después de nuestra partida que hizo Dimitri?

—Me dio las buenas noches y se marchó a su habitación.

—Y luego, ¿no recibió alguna visita que pudiera haber motivado el viaje?

—Seguramente no —contestó la joven—. Debió acostarse en seguida, pues yo no oí ruido alguno durante la noche.

—¿No le entraría la criada alguna carta que llegase más tarde?

—No, doctor; puedo asegurar que la puerta de la casa no se abrió después de marcharse ustedes.

—Es, pues, seguro que aquella noche estaba ya decidido el viaje.

—Indudablemente —añadió el señor Delaporte.

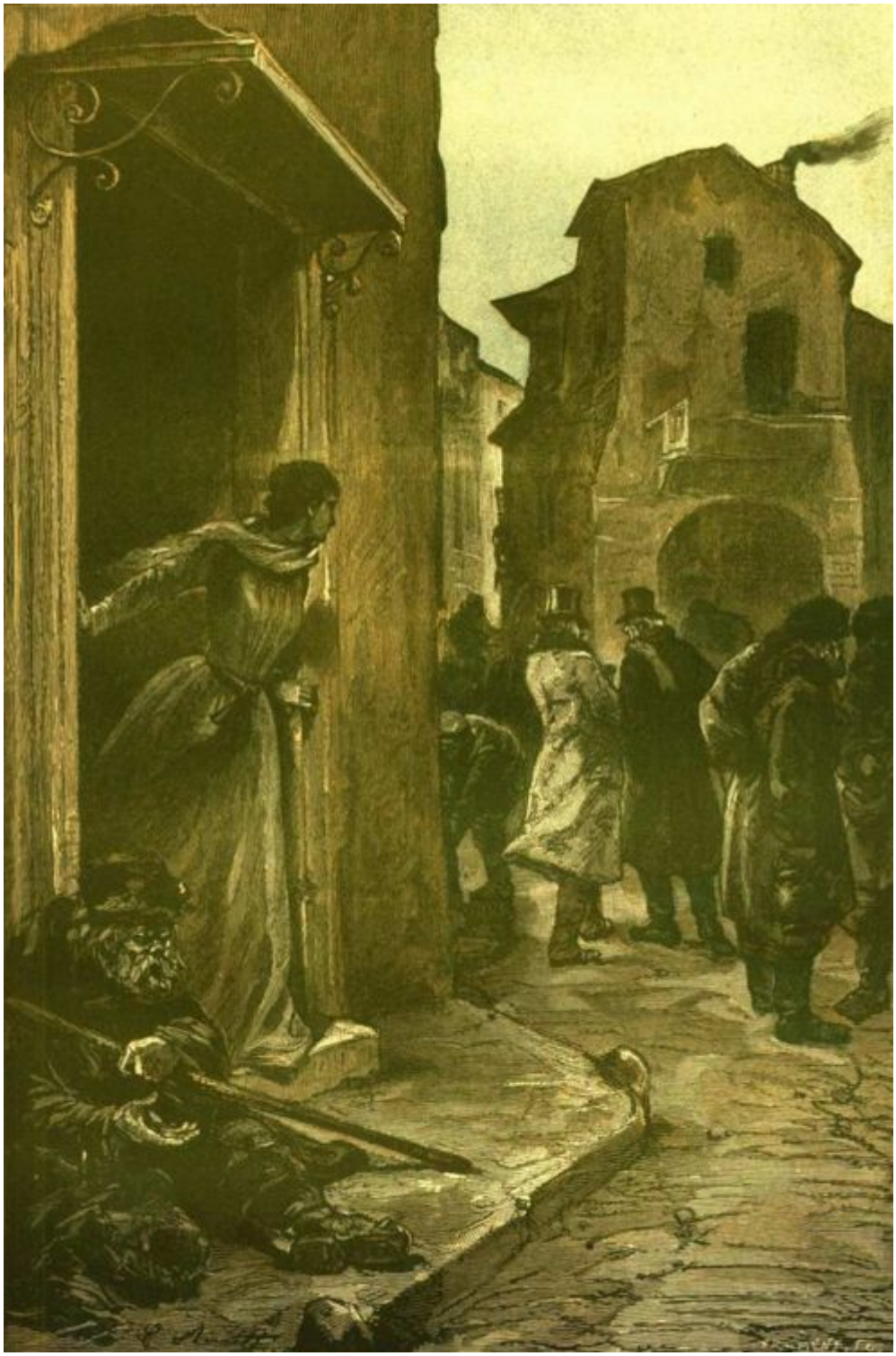
—Y a la mañana siguiente, cuando leíste las dos letras que te dejó tu padre, ¿no trataste de averiguar qué dirección había tomado?

—¿Cómo averiguarlo, y por qué lo había de intentar? Mi padre ha tenido sus razones para reservarse hasta con su hija; así es que si yo estoy intranquila no es porque se haya marchado, sino porque su ausencia se prolonga.

—Desecha esos temores, mi querida niña —dijo el doctor, tratando de tranquilizar a la joven—. La ausencia de tu padre no es alarmante todavía; tal vez esta noche o mañana lo más tarde estará de regreso.

En el fondo el doctor estaba más alarmado por los motivos que pudieran haber determinado la ausencia que por el viaje mismo.

Luego se despidieron de Ilka, prometiendo volver por la tarde para saber si habían llegado noticias de Dimitri Nicolef.



La joven los miró alejarse, permaneciendo en el umbral de la puerta hasta que desaparecieron. Y pensativa, agitada por sombríos presentimientos, se volvió a su habitación.

Casi al mismo tiempo, en el despacho del mayor Verder se revelaba un hecho relativo al crimen de la *Cruz Rota*, que iba a poner a la justicia sobre la pista del culpable.

Aquella misma mañana la brigada dirigida por Eck había llegado a Riga.

Como el lector recordará, estos agentes habían sido enviados al norte de la provincia, donde hacía algún tiempo se cometían frecuentes atentados contra las personas y las propiedades. También se recordará que ocho días antes Eck operaba en los alrededores del lago Peipus, buscando a un evadido de las minas siberianas, persiguiéndole hasta cerca de Pernau. Pero el fugitivo, arrojándose en medio de los témpanos de hielo, había desaparecido.

¿Habría muerto? Era probable, pero no seguro. Y Eck lo dudaba, porque el cuerpo del fugitivo no había aparecido ni en el puerto ni en la desembocadura del Pernova.

De regreso en Riga, se dirigía hacia el despacho del mayor Verder para darle cuenta de su misión, cuando le informaron del crimen que tan preocupadas tenía a las autoridades, y nadie hubiera podido sospechar que Eck tenía la clave de este misterioso asesinato.

Así es que fueron muy grandes la sorpresa y la satisfacción del mayor Verder al saber que un subordinado tenía que hacerle revelaciones a propósito del crimen cuyo autor se buscaba inútilmente.

—¿Se trata del asesino del cobrador de la casa Johausen?

—Del mismo, señor mayor.

—¿Conocías a Poch?

—Sí, señor, y le vi por última vez la noche del 13.

—¿Dónde?

—En la *Cruz Rota*.

—¿Tú estabas allí?

—Sí, señor mayor, con uno de mis agentes; entramos un momento antes de regresar a Pernau.

—¿Y hablaste al desgraciado Poch?

—Hablé con él; y si el asesino, como todo hace suponer, es el viajero que acompañaba a Poch, el viajero que pasó allí la noche… ¡le conozco también!

—¡Que le conoces! —exclamó el mayor Verder.

—Sí, y si el asesino es el viajero en cuestión…

—¡No cabe duda! —le interrumpió el mayor Verder

—Pues bien, voy a nombrarle, aunque tal vez no deis crédito a mis palabras…

—Te creeré, si tú lo afirmas.

—Yo afirmo lo siguiente: el viajero, al que no dirigí la palabra, lo reconocí perfectamente, a pesar de llevar cuidadosamente oculto el rostro bajo el capuchón… ¡Es el profesor Nicolef!

—¡Dimitri Nicolef! —exclamó el mayor estupefacto—. ¡El…! ¡No es posible…!

—¡Ya decía yo que no querría creerme! —repuso el agente.

Verder se había levantado, y paseaba a todo lo largo de su despacho, murmurando:

—¡Dimitri Nicolef…! ¡Dimitri Nicolef…!

¡Aquel hombre, candidato en las próximas elecciones municipales, aquel adversario de la poderosa familia Johausen,

aquel ruso que reasumía todas las reivindicaciones del partido eslavo contra el elemento germánico, aquel protegido del gobierno ruso era el asesino del desgraciado Poch…!

—¿Estás seguro? —dijo el mayor, deteniéndose ante Eck.

—¡Seguro!

—Dimitri Nicolef, ¿estaba, pues, ausente de Riga?

—Sí; aquella noche por lo menos. El hecho es bien fácil de comprobar.

—Voy a enviar un agente a su domicilio; daré aviso al señor Johausen para que se pase por aquí. Tú quédate.

—A sus órdenes, señor mayor.

Éste dio sus instrucciones a dos agentes del puesto, que partieron inmediatamente.

Diez minutos después el señor Frank Johausen estaba en presencia de Eck, que repitió sus manifestaciones.

Puede juzgarse, sin gran esfuerzo de imaginación, los sentimientos que agitaron el alma vengativa del banquero. La más inesperada de las eventualidades, un crimen, un asesinato, le libraba del odiado rival. ¡Dimitri Nicolef el asesino de Poch…!

—¿Te ratificas? —preguntó por última vez el mayor, volviéndose hacia Eck.

—¡Me ratifico! —dijo el agente con voz que demostraba absoluta seguridad.

—Pero, ¿y si resulta que no ha salido de Riga? —dijo a su vez Frank Johausen.

—No tiene más remedio que haber salido, al menos durante la noche del 13 al 14, puesto que yo le he visto con mis propios ojos y le he reconocido.

—Esperemos el regreso del agente que he enviado a casa de Dimitri Nicolef —añadió el mayor Verder—. Estará aquí dentro de cinco minutos.

El señor Frank Johausen, sentado cerca de la ventana, se abandonaba al tumulto de sus pensamientos. Quería creer que el

agente no se había equivocado, y, sin embargo, por un instinto de justicia, se sublevaba contra la verosimilitud de semejante acusación.

Regresó el agente que había ido a casa de Dimitri Nicolef.

El profesor había partido de Riga el 13, muy de madrugada, y todavía no había vuelto.

Era la confirmación de las revelaciones de Eck.

—Ya ve el señor mayor cómo yo decía bien. Dimitri Nicolef ha dejado su domicilio la mañana del 13. Poch y él tomaron asiento en la diligencia. El accidente se produjo a eso de las siete de la tarde, y los dos viajeros entraron a las ocho en el kabak de la *Cruz Rota*. Si uno de los viajeros asesinó al otro, no hay duda de que Dimitri Nicolef es el asesino.

El señor Johausen se retiró, confundido y triunfante a la vez por esta terrible nueva, que no podía tardar en esparcirse a través de la ciudad.

« ¡Dimitri Nicolef autor del crimen de la *Cruz Rota*…! »

Afortunadamente, el rumor no llegó hasta Ilka Nicolef. El doctor Hamine procuró que nada supiese la infeliz niña. Por otra parte, tanto él como el cónsul de Francia se habían encogido de hombros al saber la noticia. ¡Nicolef un asesino! Era imposible darle crédito.

Pero ya el telégrafo había funcionado, ordenando a todas las brigadas de policía que detuviesen a Dimitri Nicolef dondequiera que fuese descubierto.

Así es que la noticia llegó a Dorpat en la tarde del 16. Karl Johausen había sido uno de los primeros en enterarse, y ya se sabe cómo la arrojó al rostro de Jean Nicolef, en presencia de sus camaradas de la Universidad.

X

INTERROGATORIO

DIMITRI Nicolef volvió a Riga la noche del 16 al 17 de abril sin haber sido reconocido en el camino.

Devorada por la inquietud, Ilka no podía pegar los ojos. ¡Y cuál no hubiera sido su estado de haber sabido la acusación que pesaba sobre la cabeza de su padre!

Además, nuevo motivo de ansiedad: aquella misma noche llegó un telegrama anunciando la llegada de Jean Nicolef, quien no indicaba la causa de su brusca salida de Dorpat.

Sin embargo, ¡qué peso se le quitó de encima cual a eso de las tres de la madrugada oyó que su padre subía la escalera!

Como no fue a saludarla, pensó que más valía de acostarse después de la fatiga del viaje. Al día siguiente iría a abrazarle en cuanto se levantara. Y tal vez le diría por qué tan precipitadamente y sin advertirle se había visto obligado a partir.

Efectivamente, se encontraron muy de mañana la hija y el padre, y éste le dijo:

—Ya estoy de vuelta, mi querida hija. Mi ausencia a durado más tiempo del que yo creía. Pero, en fin, no he retrasado más que veinticuatro horas.

—Debes estar muy fatigado, padre —observó Ilka.

—Un poco, pero con unas horas de reposo quedare repuesto, y esta tarde podré dar algunas lecciones.

—Sería más conveniente esperar hasta mañana los alumnos están ya prevenidos.

—No, Ilka, no, bastantes días han estado sin lección. ¿No ha venido nadie durante mi ausencia?

—Nadie, a excepción del doctor y el señor Delaporte que se extrañaron mucho de tu ausencia.

—Sí —contestó Nicolef con voz un tanto alterada—, no les hablé del viaje; era una ausencia muy corta y no creo que nadie me haya reconocido.

El profesor no dijo más, y su hija le preguntó discretamente si venía de Dorpat.

—¿De Dorpat? —preguntó Nicolef con extrañeza—. ¿Y por qué esa pregunta?

—Porque no me explico un telegrama que recibí anoche.

—¿Un telegrama…? ¿Y de quién?

—De mi hermano, que anuncia su regreso para hoy.

—¿Que llega Jean? ¡Qué cosa más singular! ¿Por que vendrá? En fin, mi hijo está seguro de ser siempre bien recibido.

Y sintiendo por la actitud de su hija que ésta parecía querer interrogarle sobre los motivos de su viaje,

—Se trata de asuntos importantes que me han obligado a partir precipitadamente.

—¿Y estás satisfecho, padre? —preguntó Ilka.

—Satisfecho sí, querida hija —replicó mirando a la muchacha—, y espero que estos asuntos no han de tener desagradables consecuencias.

Y como hombre que no gusta de dar más explicaciones, cambió el curso de la conversación.

Después del primer té de la mañana, Dimitri Nicolef subió a su despacho, arreglando algunos papeles y poniéndose al trabajo.

La casa había recobrado su acostumbrada calma, e Ilka estaba bien lejos de suponer el golpe que se le deparaba.

Acababan de dar las doce cuando se presentó un agente de policía, portador de una carta que entregó a la criada, diciéndole que se la entregase a su señor inmediatamente. No se preocupó de preguntar si el profesor estaba en su domicilio. Aunque no lo hubiese parecido, la casa estaba vigilada desde la víspera.

Dimitri abrió la carta, que no contenía más que estas frases:

«El juez Kerstorf ruega al profesor Nicolef que comparezca inmediatamente en su despacho, donde le espera. Asunto urgente.»

Al leer estas líneas el profesor no pudo contener un movimiento de sospecha. Se puso pálido, retratándose en su fisonomía la más viva inquietud.

Luego, pensando que lo mejor era acudir a la invitación que se le hacía en aquella forma cortés, pero imperativa, por el juez Kerstorf, se puso su capote y bajó a la sala donde estaba su hija.

—Ilka —le dijo—, acabo de recibir un aviso del señor Kerstorf, el juez, para que pase por su despacho.

—¿El juez…? ¿Qué quiere, padre?

—No sé —repuso Nicolef volviendo la cabeza.

—¿Será acaso algún suceso en que Jean esté mezclado y que le obliga a salir de Dorpat?

—Lo ignoro, Ilka… Sí, tal vez. En fin, pronto lo sabremos.

El profesor salió, no sin que su hija hubiese advertido su turbación. Caminaba con paso incierto, seguido del agente, sin notar que fuese objeto de la curiosidad pública y aun de la malevolencia de algunas personas que le seguían o le miraban al pasar.

Cuando llegó al palacio de Justicia, fue introducido en el despacho donde esperaban el juez Kerstorf con el mayor Verder y el escribano. Se cambiaron los saludos y el señor Nicolef esperó a que le dirigieran la palabra.

—Señor Nicolef —dijo el juez—, le he llamado para pedirle algunas referencias acerca de un proceso de cuya instrucción he sido encargado.

—¿De qué se trata, señor juez?

—Tenga usted la bondad de sentarse y escúcheme.

El profesor cogió una silla y se sentó frente al juez tanto que el mayor permanecía de pie cerca de la ventana. La conversación se convirtió de pronto en interrogatorio.

—Señor Nicolef, no se extrañe usted si las preguntas que voy a dirigirle atañen a su vida privada. Es necesario que usted las conteste, sin embargo, en interés del proceso y en el suyo propio.

El profesor, mirando fijamente al juez, permaneció algunos instantes sin responder, limitándose a una ligera inclinación de cabeza, y quedándose con los brazos cruzados.

El señor Kerstorf tenía a la vista las diligencias de información, y las dispuso sobre la mesa, diciendo voz reposada y grave:

—¿Usted ha estado ausente unos días?

—Sí, señor juez.

—¿Cuándo salió usted de Riga?

—El día 13 al amanecer.

—¿Y ha vuelto usted…?

—Esta noche, a la una de la madrugada.

—¿Partió usted solo?

—Solo.

—¿Y ha vuelto usted solo?

—Solo.

—¿Al salir viajó usted en la diligencia de Revel?

—Sí —contestó el profesor, no sin cierto embarazo.

—¿Y para volver?

—Un coche.

—¿Dónde encontró el coche?

—A unas cincuenta verstas de aquí, en la carretera Riga.

—¿De modo que fue el 13 al amanecer cuando partió usted?

—Sí, señor; a las seis.

—¿Iba usted solo en la diligencia?

—No, señor, iba otro viajero.

—¿Le conocía usted?

—No, señor.

—Pero luego supo usted que era Poch, el cobrador la casa Johausen hermanos.

—Efectivamente, ese muchacho, bastante hablador no ha cesado de conversar con el conductor.

—¿Hablaba de sus asuntos personales?

—Únicamente de eso.

—¿Y qué decía?

—Que iba a Revel por cuenta de los señores Johausen.

—¿No demostraba impaciencia por regresar a Riga donde había de casarse?

—Sí, señor, creo recordar eso, aunque no estoy del todo seguro, pues yo no presto gran atención a las conversaciones que no me interesan.

—¿No le interesaba a usted? —preguntó el mayor.

—Indudablemente, caballero —contestó Nicolef, dirigiendo a Verder una mirada de sorpresa—. ¿A santo de qué había de interesarme lo que decía aquel muchacho?

—Eso es lo que la información judicial tiene la pretensión de establecer —repuso el juez.

A esta respuesta el profesor hizo un gesto, dando, entender que no comprendía lo que le querían decir.

—¿Llevaba Poch una cartera de las que usan habitualmente los cobradores de las casas de banca?

—Es posible, pero yo no me fijé en ello.

—¿Así es que usted no puede decir si la dejaba imprudentemente sobre la banqueta del coche, a la vista de todos los que se aproximaban a la diligencia en los relevos?

—Yo estaba en un rincón, envuelto en mi capote dormitando a ratos bajo mi capuchón, y no he visto lo que hacía o dejaba de hacer mi compañero de viaje.

—Sin embargo, el conductor Broks afirma el hecho que me refiero.

—Pues bien, señor juez, si lo afirma, será verdad. Por lo que a mí respecta, no puedo ni negarlo ni afirmarlo.

—¿No habló usted con Poch?

—Durante el viajé, no, señor. No le hablé por primera vez hasta que se trató de pasar la noche en un albergue, después del accidente de la diligencia.

—¿Y todo el día permaneció usted en un rincón con la capucha cuidadosamente echada sobre el rostro?

—¡Cuidadosamente…! ¿Por qué cuidadosamente, señor juez? —preguntó vivamente el señor Nicolef.

—Porque ponía usted gran empeño en no ser conocido.

Fue el mayor Verder quien, interviniendo de nuevo en el interrogatorio, lanzó esta respuesta, que contenía evidentemente una acusación.

Esta vez el señor Nicolef no contestó con tanta presteza. Después de un instante de silencio, se contentó con decir:

—Aun admitiendo que me hubiese convenido viajar de incógnito, creo que es un derecho de todo ciudadano, lo mismo en Livonia que

en cualquier país libre.

—Excelente precaución —replicó el mayor—, para no ser reconocido por testigos, con los cuales se correría el riesgo de ser careado.

Era una insinuación cuya gravedad no podía ocultarse al profesor, que palideció visiblemente.

—En fin —añadió el juez—, usted no niega haber tenido a Poch de compañero de viaje.

—No lo niego; él era quien iba conmigo en la diligencia.

—¡Ya lo creo! —murmuró el mayor Verder.

El juez continuó, hablando en los siguientes términos:

—El viaje prosiguió sin incidentes de relevo en relevo. A mediodía hubo un descanso de una hora para almorzar. Usted se hizo servir aparte, en un rincón oscuro, con la constante preocupación de no ser reconocido. Luego continuaron ustedes el viaje. El tiempo era malísimo; los tiros resistían muy difícilmente a la borrasca. A las siete y media se produjo un accidente… Uno de los caballos se cayó, rompiéndose el eje delantero…

—Señor juez —dijo Nicolef, interrumpiendo al magistrado—, le ruego me diga por qué se me interroga sobre estos hechos y en interés de qué.

—En interés de la justicia, señor Nicolef. Cuando el conductor Broks comprobó que el carruaje no podía continuar la marcha hasta el próximo relevo, el de Pernau, usted mismo indicó la conveniencia de pasar la noche en un albergue que se veía a doscientos pasos de la carretera.

—Albergue que yo no conocía y en el cual entré por primera vez aquella noche.

—¡Sea! Lo cierto es que usted prefirió pasar allí la noche, en vez de dirigirse a Pernau con el conductor y el iemschick.

—Efectivamente, había que andar a pie una veintena de verstas con un tiempo espantoso, y me pareció preferible refugiarme en aquel albergue, acompañado del cobrador Poch.

—¿Fue usted quien le decidió a seguirle?

—Yo no le decidí a nada. Lesionado en el accidente de la diligencia, creo que fue una contusión en la pierna no hubiera podido franquear la distancia que nos separaba de Pernau. Y el encontrar aquel albergue fue para él una fortuna.

—¡Una fortuna! —exclamó el mayor Verder, que no teniendo la sangre fría del impasible magistrado, dio un salto al oír las últimas palabras de Nicolef.

Éste volvió la cabeza y no pudo contener un desdeñoso encogimiento de hombros.

El señor Kerstorf, deseoso de que no se desviara interrogatorio de la vía por él emprendida, se apresuró reanudarlo con nuevas preguntas.

—El conductor y el postillón partieron hacia Pernau en el momento en que usted llegaba al kabak de la *Cruz Rota*.

—¿La *Cruz Rota*? Ignoraba que se denominara —dijo Nicolef.

—Cuando llegaron ustedes fueron recibidos por el dueño, Kroff. Usted le pidió una habitación y Poch le hizo la misma demanda. Kroff ofreció cena, que usted rehusó, en tanto que Poch aceptaba.

—Así me convenía hacerlo.

—Lo que más le convenía a usted, señor Nicolef, era partir al día siguiente con el alba y sin esperar el regreso del conductor. Así se lo previno usted al posadero, retirándose inmediatamente a su habitación.

—Así sucedió, efectivamente —contestó el profesor, no sin dejar de advertir que esta serie de preguntas empezaba a fatigarle.

—La habitación que le dieron a usted estaba a la izquierda de la pieza donde estaban bebiendo algunos clientes de Kroff, y en un extremo de la casa…

—Lo ignoro. Repito que no conocía aquel albergue, donde por primera vez ponía el pie. De noche era cuando entré y la oscuridad continuaba a mi salida.

—Sin esperar el regreso del conductor, insisto sobre este punto, sin esperar al conductor que debía recoger a ustedes después de reparar la diligencia.

—Sí, sin esperarle, puesto que de allí a Pernau no había más que una veintena de verstas.

—Lo extraño es que lo que no anduvo usted por la noche, le pareciera conveniente recorrerlo tan de madrugada.

El interrogado no contestó.

—Ahora considero llegado el momento de hacerle a usted una pregunta, a la cual creo que no tendrá usted inconveniente en contestar. ¿Cuál ha sido el motivo de ese viaje tan pronta y secretamente resuelto, y del que la víspera no habló usted a sus alumnos?

A esta pregunta el señor Nicolef pareció profundamente turbado.

—Asuntos personales —dijo al fin.

—¿Qué asuntos?

—No puedo decirlo.

—¿Se niega usted a declararlos?

—Me niego.

—Diga usted, al menos, dónde fue.

—Tampoco puedo decirlo.

—Pagó usted el asiento de la diligencia hasta Revel. ¿Es a este punto donde se dirigía usted?

El interrogado guardó silencio.

—Más bien parece que donde tenía usted que hacer era en Pernau, puesto que no esperó a que se pusiera en marcha la diligencia, y emprendió usted el camino a pie tan de mañana.

Nicolef persistió en su mutismo.

—Continuemos —dijo el juez. Se levantó usted a las cuatro de la madrugada, según declaración de Kroff.

Él se levantó al mismo tiempo. Cuando salió usted del cuarto, envuelto en su capote, la capucha abatida hacia adelante, de tal modo que no era posible verle a usted la cara, Kroff le preguntó si

quería tomar una taza de té… Usted rehusó, pagando el hospedaje. Luego Kroff, después de haber retirado las barras de la puerta, metió llave en la cerradura y abrió. Y entonces, sin pronunciar una palabra, con paso precipitado, se lanzó usted al camino, en medio de una profunda oscuridad y en dirección a Pernau. ¿Hay en todo esto algún detalle inexacto?

—Ni uno solo.

—Por última vez, ¿quiere usted declarar el objeto su viaje y adónde se dirigía al salir de Riga?

—Señor Kerstorf —dijo entonces el profesor Nicolef con la mayor tranquilidad—, no sé a lo que tienden todas estas preguntas, ni siquiera por qué se me ha hecho comparecer en este despacho. Sin embargo, he contestado a todo lo que creía deber responder. A lo demás no. Creo que estoy en mi derecho. Añadió, además, que he procedido con entera buena fe. Si hubiera querido ocultar mi viaje, por razones que a mí sólo toca discernir, hubiera querido negar que el viajero de la diligencia, el compañero de Poch, era yo, ¿cómo se me iba a desmentir si, según su propia confesión, ni el conductor, ni Poch, ni nadie me ha reconocido? ¡Tantas fueron mis precauciones para evitarlo!

Toda esta argumentación la hacía el señor Nicolef con una gran posesión de sí mismo y en un tono no exento de desdén. Pero se quedó muy sorprendido al oír esta réplica del magistrado:

—Si ni Poch ni Broks pudieron saber que era usted el señor Nicolef, hay otro testigo que le ha reconocido.

—¿Otro testigo?

—Sí, otro testigo, a quien ahora mismo va usted a oír. —Y el juez, dirigiéndose a un agente, le dijo:

—Que entre Eck.

Un instante después el jefe de brigada de policía entraba en el despacho, quedándose cuadrado, en actitud militar, esperando el interrogatorio de Kerstorf.

—¿Es usted el que manda la sexta escuadra de policía?

El agente contestó afirmativamente, en tanto que Nicolef le miraba con el aire de un hombre que ve a otro por primera vez.

—¿Se encontraba usted en el kabak de la *Cruz Rota* la noche del 13 de abril?

—Efectivamente, señor juez, allí estaba de regreso de una expedición a lo largo del Pernova, en busca de un fugitivo que se nos había escapado, arrojándose al río entre los témpanos de hielo.

A esta respuesta el señor Nicolef no pudo contener un movimiento, que sorprendió al juez. Sin embargo, éste no hizo ninguna observación, y dirigiéndose al agente dijo:

—Siga usted.

—Hacía un par de horas que estaba yo con uno de mis agentes en la *Cruz Rota* y nos disponíamos a partir hacia Pernau, cuando se abrió la puerta. Aparecieron dos hombres en el umbral; eran dos viajeros. La diligencia había sufrido una rotura y buscaban allí abrigo, en tanto que el conductor y el postillón continuaban a Pernau con el tiro. Uno de estos viajeros era el cobrador Poch, de Riga, a quien yo conocía de muy larga fecha, y con el cual eché un párrafo. En cuanto al otro viajero, me pareció que trataba de ocultar el rostro bajo la capucha de su capote. Esto me pareció sospechoso y traté de indagar quién era aquel hombre.

—Cumpliste con tu deber, Eck —dijo el mayor.

—Poch, ligeramente contusionado en una pierna —repuso el cabo—, estaba sentado, cerca de una mesa, sobre la que había puesto una cartera con las iniciales de los señores Johausen hermanos. Como había cinco o seis bebedores en la pieza, recomendé a Poch que no dejase ver la cartera que, por otra parte, estaba sujeta a su cintura con una cadenita. Luego me dirigí hacia la puerta, examinando al desconocido a quien Kroff conducía hacia su cuarto, cuando el capuchón se desprendió hacia atrás y pude ver un instante, nada más que un instante, el rostro que ocultaba.

—¿Y esto le bastó a usted para conocerle?

—Sí señor juez.

—¿De modo que le reconoció usted?

—Sí, por haberle encontrado con frecuencia en las calles de Riga.

—¿Y era el profesor Nicolef?

—El mismo.

—¿El que está aquí presente?

—El que está aquí presente.

El profesor, que había escuchado esta declaración sin interrumpirle, dijo entonces:

—El agente no está equivocado. Creo que, efectivamente, se encontraba en el albergue de referencia, puesto que él lo afirma. Ahora que, si él se fijó en mí, yo no puse atención en él. Pero yo no sé, señor juez, el interés que puede tener este careo, puesto que he declarado espontáneamente que aquella noche estuve en la *Cruz Rota*.

—Va usted a saberlo, señor Nicolef. Pero ante todo, ¿persiste usted en la negativa de declarar el objeto de viaje?

—Persisto en ella.

—Esa obstinación va a resultar muy enojosa para usted.

—¿Por qué?

—Porque una explicación de su parte hubiese tal vez impedido a la justicia proceder contra usted, a propósito de lo que aquella noche pasó en el kabak de la *Cruz Rota*.

—¿Aquella noche?

—Sí. ¿Usted no oyó nada anormal durante el tiempo transcurrido desde las ocho hasta las cuatro de la mañana

—Nada, puesto que dormí hasta el momento de levantarme.

—¿Y no advirtió usted nada sospechoso en el momento de salir?

—Nada.

Luego el señor Nicolef añadió con voz perfectamente tranquila:

—Creo comprender, señor juez, que estoy mezclado en algún grave suceso, y que he sido llamado a comparecer como testigo.

—Como testigo no, señor Nicolef.

—¡Como acusado! —exclamó el mayor Verder.

—Señor mayor —dijo el magistrado con severo tono—, ¡no se anticipe usted a la justicia y espere su fallo…!

El impaciente mayor tuvo que reprimirse, y Nicolef murmuró estas palabras:

—¡Ah, es para esto para lo que me han hecho venir!

Y luego con acento firme preguntó:

—¿De qué se me acusa?

—El cobrador Poch ha sido asesinado en la noche del 13 al 14 en el kabak de la *Cruz Rota*.

—¡Asesinado ese infeliz! —exclamó el señor Nicolef.

—Sí —contestó el juez—; y tenemos la certidumbre de que su asesino es el viajero que ocupaba la habitación que usted ocupó.

—Y puesto que ese viajero era usted, señor Nicolef… —añadió el mayor sin poder dominar su impaciencia.

—¡Yo seré el asesino…!

Y al decir esto, el profesor rechazó su silla, dirigiéndose hacia la puerta, que guardaba Eck.

—¿Lo niega usted, Dimitri Nicolef? —preguntó el juez, que a su vez se había levantado.

—Hay cosas que no merecen la pena negarlas; ellas mismas se niegan —contestó Nicolef.

—Tenga usted cuidado…

—¡Vamos, esto no va en serio!

—Muy en serio.

—No me conviene discutir, señor —respondió el profesor en tono de una gran dignidad—. ¿Pero podría saber por qué la acusación se dirige precisa y únicamente contra el viajero que pasó la noche en la habitación donde yo dormí?

—Porque en la ventana de esta habitación hay indicios materiales de que el viajero ha descendido por ella para introducirse en el cuarto de Poch, después de forzar la ventana con el atizador encontrado en la pieza que usted ocupó.

—Efectivamente, sí, se han hecho esas comprobaciones la cosa es muy singular.

Luego añadió, como un hombre a quien la cosa no importara:

—Pero, aun admitiendo que el crimen no se haya cometido por un malhechor llegado de fuera, nada prueba que el crimen no haya tenido lugar después de mi partida

—¿Acusará usted tal vez al posadero, contra quien la información no arroja cargo alguno?

—Yo no acuso a nadie, señor Kerstorf —contestó Nicolef—; pero lo que tengo el derecho de decir es que soy el último a quien la justicia puede acusar de semejante crimen.

—Este asesinato ha sido seguido de robo —dijo entonces el mayor Verder—, y los rublos que iba a entregar Poch en Revel, por cuenta de sus principales, han desaparecido de la cartera.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

El juez se interpuso de nuevo entre el mayor y el acusado, diciendo:

—Nicolef, ¿persiste usted en ocultar el objeto y destino de su viaje, las razones que le impulsaron a dejar el albergue de la *Cruz Rota* a las cuatro de la mañana y el punto hacia donde dirigió sus pasos?

—Persisto.

—Pues bien, la justicia tendrá razón para decir: usted no ignoraba que Poch era portador de una suma considerable… Después del incidente de la diligencia, cuando se dirigía usted con Poch hacia la *Cruz Rota*, surgió en su espíritu la idea del robo… Cuando el momento le pareció a usted favorable, salió usted de su habitación por la ventana, penetró en la de Poch por la ventana, le asesinó usted para robarle, y a las cuatro de la mañana, cuando abandonó el kabak, fue para ocultar el producto de su robo… en…

—En un lugar que al fin y al cabo encontraremos —interrumpió el mayor.

—Por última vez, ¿quiere usted decirnos adónde fue al salir de la *Cruz Rota*? —preguntó el señor Kerstorf.

—Por última vez, ¡no!—contestó con voz firme el profesor—. Préndame usted si quiere.

—No, señor Nicolef —concluyó el magistrado, con estupefacción del mayor Verder—. Los cargos que pesan sobre usted son muy graves; pero un hombre de su situación, conocido por la honorabilidad de toda su existencia, tiene derecho a ciertos miramientos. No firmo la orden de prisión, hoy cuando menos… Está usted en libertad, aunque quedando a la disposición de la justicia.

XI

FRENTE A LA MUCHEDUMBRE

DESPUÉS del precedente interrogatorio el mayor esperaba que fuese decretada la detención de Nicolef, y no pocos lo creían también. En efecto, el profesor se negaba obstinadamente a declarar el motivo de su viaje, su precipitación a dejar el nocturno albergue, ni querer decir dónde había pasado los tres días de ausencia antes de regresar a Riga. Evidentemente esta negativa empeoraba la situación de Nicolef, agrandando las presunciones. ¿Por qué, pues, no había sido encarcelado? ¿Por qué estaba libre para dirigirse a su domicilio, en vez de ser conducido a la prisión de la fortaleza? Sin duda que había de quedar a la disposición de la justicia; pero, ¿no aprovecharía aquella libertad para huir, puesto que tan directamente comprometido se veía en el proceso de la *Cruz Rota*?

En Rusia, como en casi todas partes, la justicia funciona con independencia de acción; sin embargo, cuando en una causa cualquiera aparece mezclado el elemento político, la autoridad superior no tarda en intervenir. Tal era el caso de Dimitri Nicolef, acusado de un crimen horrible en el momento en que el partido eslavo le hacía su campeón. Ésta era la razón por la que el gobernador de las provincias bálticas, el general Gorko, reservaba su juicio acerca de la oportunidad de prender al profesor, decidido a

no ordenarla en tanto que su culpabilidad no apareciese completamente indiscutible.

Así es que a mediodía, cuando el coronel Raguenof le llevó el acta del interrogatorio, quiso cambiar impresiones acerca de este deplorable proceso, del que había dado cuenta al gobierno.

—Estoy a las órdenes de vuecencia —contestó el coronel.

El general Gorko leyó atentamente lo actuado.

—Tanto si Dimitri Nicolef es o no culpable —dijo—, las pasiones germanas van a explotar su situación, puesto que el acusado es eslavo. Precisamente era él a quien íbamos a oponer en la próxima lucha electoral a la nobleza alemana, a la alta banca burguesa, tan poderosa en las provincias bálticas, y sobre todo en Riga, y de pronto aparece bajo el peso de una acusación criminal, de la que, hay que reconocerlo, se defiende mal.

—Tiene razón vuecencia —contestó el coronel—; y esto ocurre en las circunstancias más críticas, cuando los espíritus están sobreexcitados.

—¿Considera usted culpable a Nicolef, coronel?

—No puedo contestar a vuecencia, y sobre todo, tratándose de Dimitri Nicolef, que siempre ha parecido digno de toda consideración.

—¿Pero por qué rehúsa explicar los motivos de su viaje? ¿Con qué objeto lo ha emprendido…? Debe de tener graves motivos para callarse.

—En todo caso, vuecencia puede observar que sólo el azar le ha puesto en relación con el desgraciado Poch; sólo la casualidad los ha reunido en la diligencia y en el nocturno albergue que buscaron después del accidente del carruaje.

Sin duda, coronel, así lo reconozco, y ése es un argumento de peso. Así es que las presunciones que pesan sobre Nicolef se aminorarían grandemente si consintiera en franquearse a propósito de ese viaje, del que ni siquiera a su familia previno.

—Convengo en ello, y a pesar de su silencio yo no encuentro la prueba de su culpabilidad. Aunque está demostrada su presencia en el kabak de la *Cruz Rota* la noche del crimen, yo no puedo creer que Nicolef sea el culpable.

El gobernador se alegraba de que el coronel se pronunciase a favor de Nicolef, un eslavo como él. Por su parte, no admitiría la culpabilidad más que en el caso de quedar demostrada de un modo incontestable.

—Y sin embargo —observó el general hojeando las actuaciones —, existen contra él presunciones graves. No niega haber pasado la noche del 13 al 14 en el lugar del crimen… No niega haber ocupado la habitación, la ventana de la cual conserva huellas de descenso, así como la de Poch ofrece señales de escalo. Además, se ha encontrado el atizador que sirvió al asesino para introducirse en la habitación de la víctima…

—Todo eso es cierto —dijo el coronel Raguenof—, y ese cúmulo de circunstancias demuestran bien a las claras que el asesino es el viajero que pasó la noche en esa habitación, y no cabe duda de que ese viajero es Dimitri Nicolef. Pero toda su vida privada, toda una existencia de probidad y de honor le defienden contra semejante acusación. Además, cuando él se decidió a partir ignoraba que el cobrador de la casa Johausen iba a viajar con él, portador de una

suma importante para un corresponsal de Revel. Y si se sostiene que el pensamiento del crimen germinó en su cerebro cuando vio la repleta cartera que el imprudente Poch no se cuidaba de ocultar, será necesario demostrar que Nicolef estaba en una situación tan embarazosa, necesitaba de tal suerte proporcionarse dinero, que no se detuvo ante el asesinato para perpetrar el robo. ¿Pero la existencia regular, modesta, honrosísima del profesor Nicolef da lugar a creer que la necesidades de dinero le hayan impulsado hasta el asesinato?

Estas consideraciones tenían gran fuerza para el gobernador, que se debatía contra las presunciones que mayor Verder y otros muchos convertían en certidumbres absolutas. Así es que se limitó a contestar al coronel

—Dejemos que continúe la información judicial. Tal vez otras diligencias y otros testimonios proporcionen a la acusación más sólidas bases. Puede confiarse en el juez Kerstorf. Es un magistrado independiente, que atiende a más instigaciones que las de su conciencia y que no experimentará el influjo de influencias políticas. No ordenará la prisión del profesor sin consultarme, puesto que le ha dejado en libertad, razones tendrá para ello… Si las circunstancias lo exigen, yo seré el primero en ordenar la prisión de Nicolef en la fortaleza.

Se empezaba a notar cierta agitación en la ciudad. La gente creía que el profesor Nicolef habría sido preso, después de su interrogatorio, los unos porque le creían realmente culpable, los otros porque consideraban prudente apoderarse de su persona.

Hubo, pues, una gran sorpresa, con mezcla de protesta, cuando se vio a Dimitri Nicolef regresar libremente a su domicilio.

Pero la terrible nueva había, al fin, penetrado en la casa. Ilka sabía ya que su padre estaba bajo el peso de una acusación criminal. Su hermano Jean acababa de llegar y la había estrechado entre sus brazos. La indignación del joven desbordaba, y le refirió la escena con los estudiantes en el patio de la Universidad de Dorpat.

—¡Nuestro padre es inocente, y yo arreglaré las cuentas a ese miserable Karl! —exclamó Jean Nicolef.

—Sí, es inocente —contestó la joven levantando la frente con orgullo—. ¿Quién será capaz, ni aun entre sus enemigos, de considerarlo culpable?

Inútil es decir que ésta era también la opinión de los amigos del profesor, el cónsul Delaporte y el doctor Hamine, que se apresuraron a presentarse en casa de Nicolef en cuanto tuvieron noticia de su llegada.

Su presencia les dio ánimos; sus afirmaciones fueron un consuelo para los pobres hermanos atribulados. Pero no sin esfuerzo lograron hacerles desistir de su propósito de ir a reunirse con su padre en el despacho del juez

—No —les dijo el doctor Hamine—, más vale espere aquí. Vuestro padre regresará en seguida completamente justificado.

—¿De qué sirve, pues —dijo Ilka—, ser toda la vida un hombre honrado, si se puede estar expuesto a tan infames acusaciones?

—Su vida le defiende —contestó el doctor—. Aunque se confesara culpable, creería que se había vuelto loco, pero jamás que era criminal.

He aquí en qué disposición de ánimo Dimitri Nicolef encontró a su familia, al doctor, al cónsul de Francia, y a otros cuantos amigos que habían acudido a su casa. Pero las pasiones estaban ya tan sobreexcitadas, que durante el camino había oído más de una frase poco tranquilizadora.

Ilka y Jean le recibieron en sus brazos; el padre les cubría de besos. Y pronto supo cómo Jean había sido insultado en Dorpat; qué abominable injuria le había arrojado al rostro delante de sus camaradas.

¡Jean tratado de hijo de asesino!

El doctor Hamine, el cónsul, sus amigos, estrecharon la mano de Nicolef y protestaron contra la acusación palabras cariñosas, con testimonios de amistad. ¡No habían dudado un instante de su

inocencia…! NO dudaron jamás, como lo garantizaban las inequívocas muestras de sincero afecto.

Luego, en aquella habitación donde estaban reunidos, en tanto que grupos de gente afluían frente a la casa, Dimitri Nicolef refirió lo que había pasado en el despacho del juez, las prevenciones que contra él manifestaba el mayor Verder, la correcta actitud del señor Kerstorf. Lo hizo brevemente, con frases concisas, como hombre a quien molestan ciertos detalles.

Se comprendía que el profesor necesitaba reposo, estar solo, tal vez buscar en el trabajo el olvido de las terribles pruebas a que el destino le sometía. Así es que sus amigos se despidieron.

Ilka y Jean también se retiraron, y Nicolef fue a encerrarse en su despacho.

Al salir, el señor Delaporte dijo al doctor:

—Los ánimos están muy excitados, mi querido amigo, y aunque Nicolef sea inocente, es absolutamente preciso encontrar el culpable, o el odio de sus enemigos no cejará en perseguirle.

—Es muy de temer, y deseo vehementemente que se eche mano al asesino. La muerte de Poch va a ser explotada por los Johausen, y buena prueba de ello es la conducta de Karl, que sin esperar a que se probara la acusación ha tratado a Jean de hijo de asesino.

—Mucho me temo que el incidente tenga consecuencias. Ya conoce usted a Jean, y seguramente no se resignará a dejar sin correctivo el insulto de Karl.

—No, no —replicó el doctor—; es preciso evitar toda imprudencia en el actual estado de cosas. ¡Ah! ¡Maldito viaje…! ¿Por qué se le ocurriría a Dimitri la idea de salir de Riga?

Era también lo que se preguntaban los hijos y los amigos del profesor, puesto que éste no había dado explicación alguna a este propósito.

Y era también muy de extrañar que al referir su interrogatorio ante el juez de instrucción, el profesor no hiciese alusión alguna a su

viaje, ni que el magistrado había tratado de inquirir los motivos que habían determinado su salida, ni que él hubiese rehusado responder.

Esta obstinación acerca de un punto tan importante había de parecer muy extraña. Pero seguramente explicaría más tarde los motivos de su ausencia y los que hasta entonces tuviera para guardar silencio. En todo aquello no podía haber nada que no fuera perfectamente honrado.

Puesto que parecía inadmisible que un hombre de su rango y de su posición hubiese cometido un crimen, con una palabra hubiera podido, indudablemente, confundir la acusación, y sin embargo se obstinaba en no pronunciar aquella frase.

La no detención del señor Nicolef después de su comparecencia ante el juez, había producido una gran expectación, entre los alemanes sobre todo.

La familia Johausen, sus allegados, la nobleza y la burguesía se deshacían en recriminaciones. Se acusaba al gobernador y al coronel Raguenof de parcialidad hacia el profesor por razón de su origen. Si un alemán hubiera aparecido bajo el peso de semejante acusación, seguramente hubiese sido ya encerrado en la fortaleza.

¿Y por qué no se trataba al profesor como a un bandido vulgar? No eran simples presunciones las que levantaban contra él, eran certidumbres, y la justicia, al dejarle libre, se hacía cómplice, en cierto modo, de posible fuga para no comparecer ante el jurado, que seguramente le condenaría. Verdad es que esta condena sería demasiado benévola, puesto que la pena de muerte está abolida en el imperio ruso para los crímenes de derecho común, y sería deportado a las minas de Siberia este asesino que merecía la muerte.

Conversaciones de esta índole se mantenían en los barrios de los ricos, donde domina el elemento germánico. En la familia Johausen era un verdadero desencadenamiento contra Dimitri Nicolef, contra el asesino del pobre Poch, y en el fondo más aún

contra el modesto profesor, adversario político del poderoso banquero.

—Evidentemente —repetía Frank Johausen—, Nicolef al partir no sabía que iba a viajar con Poch, y que era portador de una suma considerable; pero no tardó enterarse de ello, y después del accidente de la diligencia, cuando encaminó al desgraciado hacia el kabak de la *Cruz Rota*, ya había concebido el proyecto del robo, y no retrocedió ante el asesinato. Si no quiere confesar los motivos que le impulsaron a salir de Riga, ¿por qué no explica, al menos, su salida matinal de la posada donde se cometió el crimen, sin esperar el regreso del conductor…? ¡Que diga, al menos, dónde ha ido, dónde ha pasado esos tres días de ausencia…! Pero no lo dirá: sería confesar su crimen. Él se marchó precipitadamente, recatando con cuidado el rostro, a ocultar en lugar seguro el dinero robado a su víctima.

En cuanto a las razones que pudieran justificar el robo, he aquí lo que el banquero decía sin vacilar:

La situación del profesor era desesperada desde el punto de vista pecuniario. Tenía compromisos de los cuales no sabía cómo salir. Tengo letras contra él por valor de dieciocho mil rublos; vencen dentro de tres semanas, y estoy seguro de que el profesor no tenía fondos ni medios de procurárselos. Además, no ignoraba que era inútil pedirme una prórroga. ¡Se la hubiera negado en redondo!

Frank Johausen se manifestaba tal cual era: despiadado, rencoroso, vengativo. Estas conversaciones tuvieron resonancia, y así fue como Jean Ilka y los amigos del profesor conocieron la situación de Nicolef con respecto al banquero. Él no la negaba, puesto que aquellos apuros pecuniarios obedecían a la honrosa causa del reconocimiento de deudas paternales. Y sin embargo, fue aquél un motivo de mortal inquietud, que venía a aumentar la pesadumbre de los otros.

En este proceso, al cual se mezclaba la política, el general Gorko no quería separarse de una prudencia extrema. Aunque la opinión,

pública lo reclamaba, no creía deber autorizar la prisión del profesor, pero no se oponía a que se practicase un registro domiciliario.

El juez Kerstorf, el mayor Verder y el cabo Eck se presentaron el 18 de abril en casa del presunto delincuente.

Dimitri Nicolef dejó desdeñosamente que se practicase el registro, contestando con despreciativa frialdad a las preguntas que le fueron hechas. Se registró su mesa de escritorio, sus armarios, sus papeles, su correspondencia, tomando nota del libro de sus gastos. Puede asegurarse que el señor Johausen no exageraba al decir que el profesor no poseía nada. No vivía más que del producto de sus lecciones, único ingreso que tal vez le faltara dado el cariz que iban tomando las cosas.

El registro no produjo resultado alguno en lo concerniente al robo. Ni podía suceder de otro modo, a creer las aseveraciones del banquero, que afirmaba rotundamente que Nicolef había tenido tiempo sobrado de poner el dinero en lugar seguro, adonde se había dirigido después del crimen, y que se guardaba muy bien de indicar.

En cuanto a los billetes, los números de los cual tenía el banquero, había de pasar algún tiempo antes de ponerse en circulación sin peligro de delatar su procedencia.

Entretanto, los amigos de Nicolef estaban enterados del estado de la opinión, no sólo en Riga, sino en provincias, donde el crimen había impresionado profundamente. Sabían que la opinión en general se declaraba contra el profesor, y que el partido alemán trataba de ejercer presión sobre las autoridades para que decretaran su encarcelamiento. El pueblo bajo, los obreros, los mercenarios, la población indígena, en una palabra, estaba dispuesta a tomar partido a favor de Nicolef, a defenderla contra sus enemigos, más por instinto de raza que por estar absolutamente convencidos de su inocencia.

¿Pero qué podían hacer estas pobres gentes? Con los elementos de que disponían los hermanos Johausen y su partido no era difícil hostigarles, precipitarles a cometes algún exceso,

obligando así al gobernador a ceder ante un movimiento que hubiera sido peligroso resistir.

En medio de aquella población profundamente turbada, recorrida por grupos de gente maleante, siempre dispuestos a servir al que paga, Dimitri Nicolef conservaba su sangre fría. A petición de sus hijos, el doctor Hamine intervino para convencerle de que no debía salir de casa. Hubiera corrido el riesgo de ser insultado, maltratado tal vez. Cediendo a las razones de su amigo con un encogimiento de hombros, más sombrío cada día, menos comunicativo que nunca, pasaba muchas horas al día en su despacho. Taciturno, deseoso de que no le hablaran, sin hacer alusión alguna a las imputaciones de que era objeto, se había producido en su estado moral visible cambio que, no sin razón, tenía alarmados a sus hijos. Así es que el doctor Hamine, dando pruebas de la más abnegada amistad, les dedicaba todo el tiempo que le dejaban libre sus profesionales ocupaciones. El cónsul Delaporte y otros amigos se reunían por la noche en la casa, hasta donde llegaban las voces hostiles de la calle, aunque la policía no dejaba de vigilar, por orden del coronel Raguenof. ¡Tristes veladas, en las que no tomaba parte Dimitri Nicolef! Pero en fin, siquiera Ilka y su hermano no se encontraban solos en esas horas que la noche hace aún más penosas, y que tan pausadamente se deslizan. Luego, los amigos partían, y Jean e Ilka se despedían con el corazón oprimido de angustia, retirándose a sus respectivas habitaciones y prestando el oído a los rumores de la calle, oyendo a su padre ir y venir como si le fuese imposible el reposo.

No hay para qué decir que Jean no pensaba regresar a Dorpat. ¿Cómo se iba a presentar en la Universidad en aquellas penosas circunstancias? ¿Qué acogida le hubieran hecho los estudiantes, hasta aquellos de sus más afectos camaradas que tantas pruebas de amistad le habían dado hasta entonces…? Tal vez no hubiera encontrado para defenderle más que al bravo Gospodin, si los

demás hubiesen sufrido la influencia de la opinión pública. ¿Y cómo contenerse al hallarse en presencia de Karl?

—¡Ah, ese Karl! —repetía al doctor Lamine. ¡Mi padre es inocente…! El descubrimiento del verdadero culpable hará que así lo reconozca todo el mundo… Pero suceda o no suceda así, yo obligaré a Karl Johausen a que me dé cuenta de su insulto. Y, por otra parte, ¿por qué esperar tanto tiempo…?

El doctor, no sin trabajo, lograba calmar al joven.

—No seas impaciente, Jean —le decía—, y nada de imprudencias. Cuando llegue el momento yo seré el primero en decirte: cumple con tu deber.

Jean se rendía muy difícilmente, y sin la intervención de su hermana, a la que quería entrañablemente, tal vez se hubiera lanzado a cualquier extremo, que seguramente hubiera empeorado la situación.

La noche de su regreso a Riga, al entrar en su casa, después del interrogatorio, en el momento en que sus amigos se retiraban; Dimitri Nicolef preguntó si no había llegado una carta para él. No, el cartero no lleva más que el periódico defensor de los intereses eslavos que todas las tardes depositaba debajo de la puerta.

Al día siguiente, a la hora de la distribución, el profesor salió de su despacho y fue a esperar al cartero al umbral de la puerta. En aquel momento la calle estaba desierta y sólo unos cuantos agentes de policía se paseaban frente a la casa.

Ilka, que oyó salir a su padre, acudió a su encuentro.

—¿Esperas al cartero? —le preguntó.

—Sí, y me parece que hoy tarda.

—No, padre, todavía no es tarde. El tiempo está un poco frío, y harías muy bien en retirarte de la puerta ¿Esperas alguna carta?

—Sí, hija mía, pero es inútil que permanezcas aquí. Sube a tu cuarto.

Se hubiera dicho por su embarazosa actitud que la presencia de Ilka le contrariaba.

En aquel momento apareció el cartero. No llevaba carta alguna para el profesor, que no pudo disimular una viva contrariedad.

Por la noche y al día siguiente Nicolef mostró la misma impaciencia cuando el cartero pasó por delante de casa sin detenerse.

¿De quién era aquella carta esperada por Dimitri Nicolef y cuál era su importancia? ¿Tendría relación con aquel viaje de tan deplorables consecuencias? Nadie podía contestar a estas preguntas.

Aquella mañana, a las ocho, el doctor Hamine y señor Delaporte llegaron con toda prisa a casa del profesor para prevenir a sus hijos que el entierro de Poch a iba verificarse aquel mismo día. Era cosa de temer alguna manifestación contra Nicolef, y acaso conviniera tomar algunas precauciones.

Efectivamente, todo podía temerse de la animosidad de los hermanos Johausen, que habían resuelto costear con gran pompa los funerales de su dependiente.

Que quisieran testimoniar su simpatía a un fiel servidor que llevaba treinta años en la casa sería bien plausible, si no fuera patente que aprovechaban la luctuosa ocasión para sobreexcitar a la opinión pública.

Indudablemente el gobernador hubiese obrado con cordura prohibiendo la manifestación anunciada por los periódicos antieslavistas, pero en el actual estado de los ánimos tal vez la intervención de la autoridad hubiera provocado algunas fuertes represalias.

Así es que lo mejor era ordenar las medidas necesarias a fin de que el domicilio del profesor no fuera objeto de violencias por parte de las masas.

Y había tanto más motivo para temerlas, cuanto que para dirigirse al cementerio de Riga, el cortejo debía pasar por delante de la casa de Nicolef, circunstancia lamentable que pudiera dar lugar al desbordamiento del público.

El doctor Hamine aconsejó que no se advirtiese nada a Nicolef, puesto que de ordinario se encerraba en su despacho y no salía de él más que a las horas de las comidas. Ignorando el suceso se le podía evitar una gran amargura y hasta un gran peligro.

El almuerzo, al que habían sido invitados el doctor y el cónsul, tocaba ya a su fin. No se hizo la menor alusión al entierro, que había de verificarse por la tarde. Más de una vez, no obstante, gritos furiosos sobresaltaron a los comensales, excepto al profesor, que no parecía haberlos oído. Después del almuerzo estrechó las manos de sus amigos y se retiró a su despacho. Jean e Ilka, el doctor y el cónsul permanecieron en la sala. Penosa espera y penoso silencio que turbaba a veces el tumulto de la gente que iba llenando la calle. Los rumores iban aumentando a medida que el público engrosaba. Preciso es confesar que la gran mayoría estaba visiblemente contra quien la opinión acusaba de ser el asesino del pobre Poch.

En realidad tal vez hubiera sido más prudente sustraerle al peligro de caer en manos de la muchedumbre ordenando su prisión. Si era inocente, lo mismo podía demostrarlo en su casa que encerrado en la fortaleza. ¿Y quién sabe si en aquellos momentos el gobernador y el coronel no pensaban adoptar aquella medida en el propio interés de Nicolef?

A la una y media una ensordecedora gritería anunció la aparición del cortejo fúnebre por el extremo de la calle. En la casa resonaron violentos clamores. Los hijos y los amigos de Nicolef vieron con espanto que el profesor salía del despacho.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Retírate, Dimitri —le contestó el doctor—; es el entierro del infortunado Poch.

—¡Al que yo he asesinado! —dijo fríamente Nicolef.

—Retírate, te lo ruego.

—¡Padre…! —suplicaron Jean e Ilka.

Dimitri Nicolef, en un estado moral indescriptible, no queriendo escuchar a nadie, se dirigió hacia una de las ventanas y trató de

abrirla.

—¡No harás eso, Dimitri! —exclamó el doctor—. ¡Es una locura!

Pero antes de que hubiera podido impedirlo, la ventana se abrió y el profesor apareció en ella.

Mil gritos de muerte estallaron entre la muchedumbre.

En aquel momento el fúnebre cortejo llegaba frente a la casa. Zenaida Parensof, considerada como viuda, guía al ataúd, lleno de flores y coronas. Luego iban los hermanos Johausen y el personal de su casa, precediendo a los amigos o partidarios, que no buscaban en la fúnebre ceremonia más que un pretexto de manifestación

El cortejo hizo alto frente a la casa del profesor, en medio del tumulto, de los gritos que se elevaban de todas partes, de las amenazas de muerte que se proferían.

El coronel Raguenof y el mayor Verder estaban con una numerosa escuadra de policía, que tal vez no bastara para contener el desbordamiento popular.

Efectivamente, desde que Dimitri Nicolef se mostró en la ventana, el público no cesaba de gritar:

¡Muera el asesino…! ¡Muera el asesino!

El, con los brazos cruzados, la cabeza orgullosamente levantada, inmóvil como una estatua, la estatua del desdén, no pronunció una palabra, no hizo un gesto. hijos y los dos amigos, que no habían podido impedir este acto de imprudencia, se mantenían a su lado.

El cortejo se puso en marcha. Redoblaban los clamores. Los más exaltados se precipitaron hacia la puerta de la casa, tratando de forzarla.

El coronel, el mayor y los agentes acudieron a rechazarlos. Pero comprendieron que para salvar la vida de Nicolef no había más remedio que prenderle, y aun así tal vez no se librara del furor de las turbas.

A pesar de los esfuerzos de la policía, la casa estaba ya a punto de ser invadida, cuando un hombre se lanzó a través de la multitud, llegó hasta el umbral, y colocándose delante de la puerta:

—¡Deteneos, desgraciados! —gritó con una voz que dominó el tumulto.

Tan imperiosa era su actitud, que la gente retrocedió, quedando en suspenso.

El señor Frank Johausen le interrogó:

—¿Quién es usted?

—Sí, ¿quién es usted? —repitió el mayor Verder.

—Soy un proscrito a quien Dimitri Nicolef ha querido salvar a costa de su honor, y que viene a su vez a salvarle a costa de su vida.

—¿Su nombre? —preguntó el coronel avanzando.

—¡Vladimir Yanof!

XII

VLADIMIR YANOF

HAY que remontarse quince días atrás, hasta el comienzo de este drama.

Un hombre acaba de aparecer en la orilla oriental del lago Peipus. Durante la noche se ha lanzado a través de los bloques de hielo de los que la superficie del lago está erizada. Una ronda de aduaneros, creyendo seguir la pista de algún contrabandista, se lanza en su persecución, y, en el momento en que éste se escondía entre los bloques abre el fuego contra él. No habiendo sido alcanzado, el hombre ha conseguido refugiarse en una cabaña de pescadores, donde pasa el día. Llegada la noche, ha reanudado su marcha, ha tenido que huir ante una manada de lobos y ha encontrado refugio en un molino, donde el buen molinero ha favorecido su evasión. Finalmente, perseguido por la escuadra del cabo Eck, logra escapar por milagro lanzándose sobre los hielos a la deriva del Pernova. Es por un milagro también como escapa a la muerte en el deshielo y como logra permanecer en Pernau sin ser descubierto.

Vladimir Yanof era hijo de Jean Yanof, un antiguo amigo de Nicolef, a quien antes de morir le confió toda su fortuna. Este sagrado depósito de veinte mil rublos en billetes de banco debía ser entregado a Vladimir cuando el proscrito regresara a su país natal, si le era posible hacerlo alguna vez.

Efectivamente; ya se sabe que a consecuencia de un proceso político fue enviado al fondo de la Siberia oriental en las colinas de Munisinsk, pesando sobre él una sentencia de cadena perpetua. ¿Su prometida Ilka Nicolef podía conservar la esperanza de que le fuera devuelto un día al seno de su familia adoptiva, la única que le quedaba en el mundo, donde había de encontrar reposo y felicidad?

No; todos estaban seguros de que su ensueño no había de realizarse, a menos que Vladimir lograse la fuga.

Pues a los cuatro años de cautiverio logró escaparse y a través de las estepas siberianas y europeas del imperio ruso llegó a Pernau, donde esperaba poder embarcarse con rumbo a Francia o Inglaterra. Allí era donde estaba oculto, después de despistar a la

policía, esperando poder tomar pasaje en un barco cualquiera en cuanto la navegación quedara abierta en el Báltico.

Refugiado en Pernau, Vladimir Yanof había agotado sus recursos, y no tuvo más remedio que escribir a Nicolef la carta que determinó el viaje del profesor, a fin de entregar al hijo el depósito que le había sido confiado por el padre.

Un exceso de discreción le hizo ocultar en absoluto el objeto y término de su viaje. Ya de regreso, siguió callando porque el fugitivo le había hecho antes jurar que no revelaría a nadie su presencia hasta que recibiese carta suya comunicándole que estaba ya seguro en suelo extranjero.

Dimitri Nicolef había salido secretamente de Riga y aunque pagó su asiento hasta Revel, a fin de no indicar el punto hacia donde se dirigía, se proponía dejar la diligencia en Pernau, adonde hubiera llegado aquella misma noche de no haberse producido el accidente de la diligencia.

Sabido es qué deplorable concurso de circunstancias vino a comprometer el plan de Dimitri Nicolef, resultando, por obra de la fatalidad, nada menos que una acusación de asesinato.

Cuando Nicolef dejó el nocturno albergue, todavía era de noche. Esperando no ser descubierto, tomó el camino de Pernau, a la sazón desierto. Después de una rápida marcha de dos horas, al salir el sol llegaba a Pernau, deteniéndose en el hotel donde se alojaba Vladimir con nombre supuesto.

¡Qué alegría experimentaron los dos al abrazarse, después de tan larga ausencia, después de tantas pruebas sufridas, tantos peligros milagrosamente salvados!

Nicolef entregó a Vladimir la cartera que encerraba toda la fortuna de Jean Yanof, y deseando asistir a su embarque permaneció dos días a su lado. Pero el barco en el que Vladimir había tomado pasaje tardaba en zarpar, y Nicolef, no pudiendo retardar más su ausencia, tuvo que regresar a Riga. El joven proscrito le encargó mil afectos para Ilka, haciéndole prometer que

no había de revelarle su evasión hasta el momento en que estuviese al abrigo de las persecuciones de la temible policía moscovita. Le escribiría en cuanto estuviese en seguridad, y tal vez pudiera ir a su lado en compañía de Ilka.

Nicolef abrazó a Vladimir, salió de Pernau y entró en Riga la noche del 16 al 17, sin sospechar la terrible acusación que pesaba sobre él.

Ya conocemos la escena ocurrida en el despacho del juez entre éste y Nicolef, que se obstinó en guardar silencio acerca de los motivos de su viaje, a pesar de la viva insistencia del magistrado, que se resistía a creer en la culpabilidad del profesor.

Pero Nicolef estaba firmemente resuelto a callar, en tanto no recibiese aviso del proscrito diciéndole que estaba ya en seguridad.

Esta carta no llegó. ¡Y con qué impaciencia la esperaba Nicolef!

Y cuando, comprometido por su silencio, que por nada del mundo hubiese roto, perseguido por el odio despiadado de sus adversarios políticos, amenazada su vida por las violencias de las turbas, iba a ser preso, fue cuando Vladimir Yanof apareció para salvarle.

Y ahora ya se sabe quién era el proscrito y por qué había ido a Riga.

Una vez abierta la puerta de la casa, Vladimir cayó en brazos de Nicolef, estrechó a Ilka contra su pecho y abrazó a Jean. Cogió entre las suyas las manos que le tendían, y ante el coronel y el mayor, que le habían seguido, dijo:

—En Pernau, cuando supe el crimen infame que se imputaba a Nicolef, cuándo supe que se le acusaba como autor del asesinato de la *Cruz Rota*, cuando los periódicos han dicho que se negaba a manifestar el motivo de su viaje, cuando no tenía más que pronunciar una palabra, un nombre, el mío, para justificarse por completo, y que no lo decía por no comprometerme, comprendí cuál era mi deber: abandoné Pernau, ¡Y aquí estoy…! Lo que tú has

querido hacer por mí, Dimitri Nicolef, el amigo de Jean Yanof, mi segundo padre, yo lo hago ahora por ti.

—¡Y haces muy mal, Vladimir; haces muy mal, Vladimir…! Soy inocente, y al fin y al cabo mi inocencia hubiera resplandecido.

—¿He obrado bien, Ilka? —preguntó Vladimir, dirigiéndose a la joven.

—No contestes, hija mía; tú no tienes que decidir entre tu padre y tu prometido. Estimo en lo que vale lo que has hecho por mí Vladimir, pero te censuro haberlo hecho. Con más cordura, hubieras comprendido que valía más refugiarte en lugar seguro…; desde allí me hubieras escrito, y recibida tu carta, yo hubiese hablado, revelando los motivos de mi viaje… ¿No podía yo acaso soportar unos días más estas tristes pruebas para que tú estuvieses fuera de peligro?

—Padre —dijo entonces Ilka con firme acento— suceda lo que suceda, Vladimir ha procedido bien, y toda mi vida no bastará para pagarle el agradecimiento que le debo por su noble conducta.

—¡Gracias, Ilka, gracias! —exclamó Vladimir—. Ya estoy pagado, puesto que he podido librar a tu padre de un día más de deshonor.

Ahora no cabía duda acerca de la justificación de Nicolef, debida a la inesperada intervención del proscrito.

La noticia se había extendido con prodigiosa celeridad. Que los señores Johausen pusieran una rencorosa obstinación en no creer, que el mayor Verder viese disgusto que aquel eslavo se escapaba de sus acusaciones, que los amigos del banquero hicieran toda clase de reservas acerca del incidente, no era de extrañar, pero bien pronto habían de rendirse a la evidencia.

Sabido es con qué rapidez las multitudes cambian de criterio, pues la opinión pública tiene, como el mar, sus flujos y reflujos. Así sucedió precisamente en estas circunstancias. La efervescencia se calmó. Ya no se hablaba de invadir la casa de Nicolef, y los agentes de policía no tendrían que protegerle contra el furor popular.

Pero quedaba por arreglar la situación de Vladimir Yanof. Aunque su alma generosa, el sentimiento de su noble deber lo había llevado a Riga, no por eso dejaba de ser un condenado político, un evadido de las minas siberianas. Así es que el coronel le dijo, con voz en la que se dejaba traslucir toda la benevolencia compatible con la reserva impuesta a un funcionario moscovita, a un jefe de policía:

—Vladimir Yanof, es usted un fugado y debo darle cuenta al gobernador. Voy a ver Gorko, y hasta mi regreso no hay inconveniente en que se quede usted en esta casa, con tal que me dé su palabra de honor de que no ha de tratar de huir.

—Se la doy a usted, coronel —contestó el.

El coronel Raguenof dejó a Eck y a sus hombres vigilando, y partió en busca del general Gorko.

Inútil insistir sobre la enternecedora escena en la que Jean, Ilka y Vladimir se entregaban a las más cálidas efusiones. El doctor y el cónsul los habían dejado. Y hubo en aquella casa algunos momentos de felicidad que la familia del profesor hacía tiempo no disfrutaba. Sonreían, hablaban, hacían proyectos para el porvenir dándose de la situación de Vladimir, la condena que sobre él pesaba, las terribles consecuencias de su huida.

El coronel Raguenof volvió al cabo de una hora, y dijo, dirigiéndose a Vladimir:

—Por orden del general Gorko, voy a conducirle a la fortaleza de Riga, donde esperará usted las instrucciones que vengan de San Petersburgo.

—Estoy dispuesto a obedecer, coronel —contestó Vladimir—. Adiós, padre —dijo a Nicolef—; adiós, hermano mío —a Jean, y cogiendo la mano a Ilka— adiós, hermana mía…

—No, tu mujer —contestó la joven.

¿Cuánto iba a durar aquella separación?

A partir de aquel día, el extraordinario interés que ofrecía este proceso, tan lejos de terminarse, se trasladó hacia el proscrito, que

no había dudado en sacrificar su libertad y tal vez su vida, pues estaba condenado por crimen político. Su conducta era admirable, cualquiera que fuese la opinión formada acerca de Nicolef. Así es que en los dos campos opuestos las mujeres celebraban a la vez la generosidad de alma que había guiado a Vladimir Yanof. Y luego había otro punto de una impresión enternecedora, su amor por Ilka y la brusca separación en el momento de volverse a encontrar y soñar con ver cumplidas sus aspiraciones. El fugitivo, ¿volvería al fondo de aquella Siberia, de donde se había escapado a costa de tantos afanes? ¿Estaría condenada su prometida a llorarlo eternamente, después de haber entrevisto un instante la felicidad?

Cuando dejara la fortaleza de Riga, ¿sería porque su noble conducta le había valido la gracia del zar, o volvería a emprender el camino del destierro…?

Sería un error creer que esta inesperada intervención de Vladimir hubiese proclamado para todos la inocencia de Nicolef. En la ciudad de Riga, infestada de germanismo, no podía suceder así. Las clases elevadas, sobre todo, no se resignaban a perder la presa del profesor, representante de los intereses eslavos. Los periódicos de partido no dejaron de hacer distingos con evidente mala fe.

En suma, el asesino de Poch no había sido descubierto. Había una víctima que pedía venganza por boca de los rencorosos e irreductibles enemigos de la influencia moscovita.

La casa de los hermanos Johausen era el ardiente hogar donde se atizaba aquel odio, y se había firmemente resuelto no dejarlo extinguir.

La consigna era protestar contra los magistrados que no obraban con la suficiente energía. No se recataban en declarar que la justicia obedecía a presiones de las alturas. ¿Se habría dictado el sobreseimiento para Nicolef? ¿Su inocencia era evidente para todos? ¿La llegada de Vladimir destruía todos los cargos del sumario?

Frank Johausen resumía del siguiente modo la opinión de mucha gente que no quería reconocer la inocencia del profesor:

«Se conocen ya las causas que motivaron el viaje de Nicolef. Fue a reunirse con Vladimir Yanof en Pernau; ¡sea…! Al dejar el albergue, a las cuatro de la mañana; era para dirigirse a Pernau; ¡concedido! Pero ¿pasó o no pasó la noche del 13 al 14 en la *Cruz Rota*? ¿El asesino, pudo o no ser el viajero que ocupaba la habitación donde se encontró el instrumento que sirvió para forzar la ventana de la pobre víctima? ¿Ese viajero era o no era Dimitri Nicolef?»

A preguntas hechas de esta suerte no cabía más qué una respuesta afirmativa. Pero a las apasionadas interrogaciones del banquero se hubieran podido oponer las siguientes:

¿No ha podido ser el autor del crimen un malhechor que no estuviese en la casa? ¿Se puede descartar en absoluto al posadero Kroff? ¿No ha tenido éste más facilidades que nadie para asesinar a Poch, bien sea antes o después de la partida del profesor? ¿No sabía ese Kroff que la cartera de Poch contenía una suma considerable?

A esto la información judicial respondía que las investigaciones no habían concretado nada sospechoso contra el posadero; contestación que no era un argumento. Por otra parte, la justicia no rechazaba la posibilidad de que el crimen hubiese sido cometido por alguno de los malhechores que desde hacía tiempo andaban por la alta Livonia.

Y ésta era la opinión del coronel Raguenof, que al día siguiente conversaba con el mayor Verder acerca del asunto.

—Que Nicolef —decía el coronel— haya salido de su habitación por la ventana para penetrar en la de Poch, me parece muy hipotético.

—¿Y las huellas?

—¿Las huellas…? Ante todo, hay que saber de un modo cierto si eran recientes, frescas; lo que no está probado. Ese kabak de la

Cruz Rota está completamente aislado. Que un ladrón cualquiera haya intentado abrir la ventana aquella noche u otra cualquiera; es cosa bien admisible.

—Tenga usted en cuenta, mi coronel, que el asesino ha debido necesariamente saber que había mucho que robar, y que Nicolef no lo ignoraba.

—Ni otros tampoco —replicó vivamente el coronel—, puesto que Poch había sido lo bastante imprudente para charlar a propósito del dinero, dejando ver su cartera. ¿Es que Kroff y Broks, el conductor, y los postillones que se han sucedido en los relevos, no lo sabían también, sin contar con los bebedores que había en la *Cruz Rota* cuando llegaron Poch y Nicolef?

No cabe duda de que esta argumentación tenía su valor. Las presunciones no pesaban únicamente sobre Dimitri Nicolef. Quedaba por demostrar que el profesor se hallaba en una situación pecuniaria de la que no hubiera podido salir más que por un robo.

A pesar de todo, el mayor no quería rendirse, y seguía creyendo en la culpabilidad de Nicolef.

—Pues yo creo —contestó el coronel—que los alemanes son siempre alemanes.

—Como los eslavos son siempre eslavos —repuso el mayor.

—Bueno, pues dejemos al juez Kerstorf continuar el sumario —dijo como final el coronel Raguenof—. Cuando las diligencias judiciales hayan concluido habrá llegado el momento de discutir el pro y el contra.

Sustrayéndose a todas las opiniones que la pasión política informaba, el juez instruía la causa con minucioso cuidado. Ya sabía lo que el profesor se había obstinado en no revelar, el motivo de su viaje, y esto justificaba su repugnancia a declararle culpable.

Pero entonces, ¿quién era el autor del crimen? Numerosos testigos comparecieron en su despacho: los postillones de la diligencia, los campesinos que bebían en casa de Kroff cuando

llegaron Poch y Nicolef, todos los que estaban al corriente de lo que Poch iba a hacer a Revel.

Ningún cargo resultaba contra estos testigos.

El conductor Broks fue interrogado repetidas veces.

Conocía mejor que nadie la situación de Poch, y sabía que era portador de una suma considerable. Pero este buen hombre no daba lugar a la menor sospecha. Después del accidente de la diligencia se había dirigido a Pernau, donde había dormido. La coartada era indiscutible.

Así pues, la hipótesis de un malhechor desconocido perdía terreno, pues era necesario que el asesino conociese el motivo del viaje de la víctima y le hubiera seguido, aprovechando el accidente de la diligencia que le obligó a hacer noche en el kabak de la *Cruz Rota*…

De suerte que, sin declarar inverosímil la referida hipótesis, era lo más probable que el crimen hubiera sido cometido por uno u otro de los que habían pasado la noche en la *Cruz Rota*, es decir, Kroff o Dimitri Nicolef.

Desde que la justicia acudió al lugar del crimen, Kroff no se había separado de su casa, vigilado de cerca por los agentes. Conducido varias veces ante el juez de instrucción, había sufrido minuciosos y largos interrogatorios.

Nada de su conducta ni de sus respuestas había dado lugar a la más ligera sospecha. Además, en cada declaración confirmaba su creencia de que Dimitri Nicolef había cometido el crimen, puesto que fue quien tuvo facilidades para ello.

—¿Y no oyó usted ningún ruido durante la noche? —le preguntó el magistrado.

—Ninguno, señor juez.

—Sin embargo, el criminal tuvo que abrir una ventana, violentar otra…

—Mi habitación está en el patio y las ventanas de referencia dan a la carretera… Además, yo dormía profundamente… Para mayor

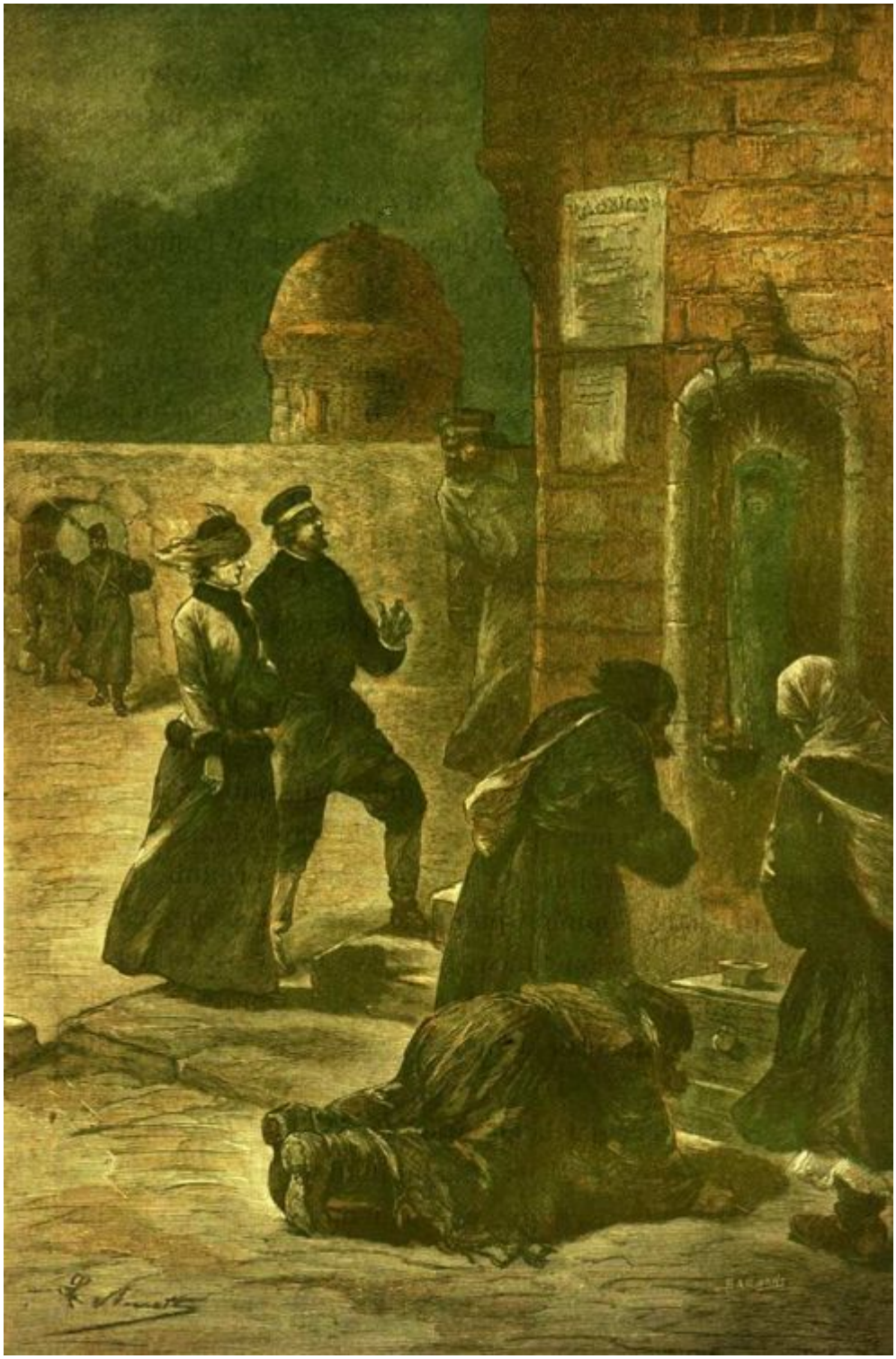
dificultad, aquella noche hacía un tiempo espantoso, y la borrasca no permitía oír el menor ruido.

El juez escuchaba atentamente las declaraciones de Kroff, y aunque en el fondo sentía cierta prevención contra él, su mirada escrutadora no podía sorprender la falsedad en las palabras del posadero.

Concluido el interrogatorio, Kroff emprendía libremente el camino de la *Cruz Rota*. Si era culpable, más valía dejarle en completa libertad, vigilándole, por su puesto, pues tal vez de esta suerte se comprometiera por alguna imprudencia.

Cuatro días habían transcurrido desde que Vladimir Yanof fue encerrado en la fortaleza de Riga.

Con arreglo a las órdenes del gobernador, se había habilitado una habitación para el prisionero, que era tratado con todas las consideraciones que merecía su situación y su conducta. El general Gorko no dudaba que esta condescendencia había de merecer la aprobación de sus superiores, cualquiera que fuese la suerte que el destino deparaba a Vladimir Yanof.



Dimitri Nicolef, cuya salud se resentía por tan terribles pruebas, tuvo que quedarse en casa y no pudo ir a ver a Vladimir, como era su deseo. El acceso a la prisión era permitido a la familia de Nicolef y a los amigos de Yanof. Todos los días Jean e Ilka se presentaban

en la fortaleza y se les conducía cerca del prisionero, con el que conversaban cariñosamente, aferrándose a la esperanza de un porvenir feliz. Los hermanos creían, querían creer en la magnanimidad del emperador… ¿Su majestad sería insensible a las súplicas de aquella desgraciada familia, tan rudamente combatida por el destino? Vladimir e Ilka no habían de vivir separados por millares de leguas, y sobre todo, por aquella condena a perpetuidad, mil veces más terrible que la distancia… El matrimonio de los dos jóvenes podría realizarse en unas cuantas semanas si Vladimir era indultado por la clemencia imperial. El gobernador había interpuesto para ello sus buenos oficios. La situación particular de Nicolef en Riga, en vísperas de elecciones, en las que representaba al partido eslavo, la tendencia del gobierno a rusificar las provincias bálticas, todo contribuía en favor del fugitivo.

El 24 de abril, después de despedirse de su padre, su hermana y Yanof, Jean dejó Riga para regresar a Dorpat. Quería entrar en la Universidad con la frente levantada, después de haber sido tratado de hijo de asesino.

Inútil es afirmar que sus camaradas le hicieron un caluroso recibimiento, distinguiéndose entre todos Gospodin.

Pero los estudiantes del partido contrario, acaudillado por Karl Johausen, conservaban la misma actitud, y parecía que las cosas terminarían de modo ruidoso.

El choque se produjo al día siguiente del regreso de Jean Nicolef.

Éste pidió satisfacción a Karl de sus insultos, el alemán, no sólo se negó a retirarlos, sino que los más agravó aún más.

Jean le dio una bofetada. El duelo fue inevitable; Karl Johausen resultó gravemente herido.

¡Imagínese el efecto que la noticia produciría en Riga!

Los señores Johausen corrieron hacia Dorpat para cuidar al herido, exacerbándose el rencor que sentían hacia los Nicolef, a los que habían de combatir como a mortales enemigos.

Cinco días después llegaba de San Petersburgo la comunicación oficial que decidía de la suerte de Vladimir Yanof.

Se había hecho bien en contar con la generosidad del emperador, que concedía indulto pleno al proscrito escapado de las minas de Siberia.

Vladimir Yanof fue inmediatamente puesto en libertad.

XIII

NUEVAS PESQUISAS

EL indulto de Vladimir Yanof iba a producir un efecto enorme, no solamente en Riga, sino en todas las provincias bálticas. Quería verse en ello una intencionada manifestación del gobierno para mostrarse favorable a tendencias antigermánicas. La población obrera aplaudía sin reservas. La nobleza y la burguesía censuraban la clemencia imperial que, después de Vladimir, parecía querer cubrir a Dimitri Nicolef. Ciertamente que la noble conducta del fugitivo entregándose él mismo merecía esta gracia, y con ella su completa rehabilitación, la posesión absoluta de todos los derechos civiles de que le había privado su condena por delito político. ¿Pero no era también una protesta contra la acusación, contra el profesor, un ciudadano honrado escogido por el partido eslavo como campeón para las próximas elecciones?

Así al menos fue juzgado el acto del emperador y el general Gorko no trató de ocultar su opinión en este sentido.

Vladimir Yanof dejó la fortaleza de Riga en compañía del coronel Raguenof, que había ido a comunicarle el ucase del zar. Inmediatamente se dirigió a casa de Nicolef, y como la noticia no había circulado, la supieron por boca del interesado.

¡Qué ola de alegría inundó en un momento esta casa en donde al fin parecía revivir la felicidad…!

A los pocos momentos llegaron el doctor, el cónsul y algunos otros amigos, que abrazaron a Vladimir felicitándole cordialmente.

¿Y quién pensaba ya en las acusaciones que habían agobiado al profesor?

—Aun cuando hubiese usted salido condenado ni uno de nosotros hubiera dudado de su inocencia —dijo el señor Delaporte.

—¡Condenado! —exclamó el doctor—. ¿Es que acaso pudiera eso haber sido?

—Y si la fatalidad hubiera llegado hasta ese extremo —declaró Ilka—, Vladimir, Jean y yo hubiéramos consagrado nuestra vida a conseguir tu rehabilitación, padre.

Dimitri Nicolef, oprimido el corazón, pálido de emociones, no pudo pronunciar una palabra. Sonreía tristemente. Tal vez pensara que todo puede esperarse de la incierta justicia de los hombres. ¿No hay ejemplos de inicuas e irreparables condenaciones?

La velada reunió, alrededor del té, a los mas íntimos amigos de Nicolef y Vladimir. Y cómo latieron los corazones cuando Ilka dijo con la mayor naturalidad:

—Cuando quieras seré tu mujer, Vladimir.

El matrimonio fue fijado para seis semanas después y se dispuso en el piso bajo de la casa una habitación para Vladimir. La fortuna de los dos novios era conocida. Ilka no tenía nada hasta entonces. Nicolef había callado sus compromisos con la casa Johausen por las deudas paternales. A fuerza de economía había pagado una buena parte, y esperaba poder saldar el resto, he aquí por qué sus hijos no sabían que la última letra por valor de dieciocho mil rublos vencía dentro de quince días. No había más remedio que confesarlo. Vladimir no podía permanecer en la ignorancia de un peligro tan inquietante para la familia. Esto no cambiaría seguramente su afecto hacia la joven. Él, con la suma que le había entregado Dimitri Nicolef, sabría hacer frente a la situación, y con la ayuda de su inteligencia y energía se labraría un porvenir.

Entretanto, Karl Johausen, aunque gravemente herido, estaba en vías de curación, y se había conseguido poderlo transportar a Riga. La familia Johausen empezaba a tener, como vulgarmente se dice, el santo de espaldas. En la lucha que contra el profesor venían sosteniendo se les escapaba la victoria. Las armas temibles que su odio no había dudado en esgrimir se quebraban entre sus manos. La deuda contraída, y que tal vez no fuese pagada a su vencimiento, era todo lo que les quedaba para arruinar a su enemigo político.

Lo cierto es que la opinión pública, la gente sensata ajena a las pasiones políticas, retiraban poco a poco la acusación lanzada contra Dimitri Nicolef, volviéndola hacia el propietario de la *Cruz Rota*.

Efectivamente, si se descartaba a un malhechor extraño a la casa, todas las presunciones tenían que recaer sobre Kroff. Sus antecedentes ni eran buenos ni malos. Kroff pasaba por ser un hombre rudo muy apegado al dinero. Poco comunicativo, vivía solo, sin familia, en aquella mala posada, frecuentada por campesinos y leñadores. Sus padres, de origen alemán —cosa corriente en las provincias bálticas—, pertenecían a la religión ortodoxa, y habían vivido miserablemente de los productos de la *Cruz Rota*, que era todo lo que el hijo había heredado, y cuyo valor no pasaría de un millar de rublos. Kroff vivía allí soltero, sin criado ni criada, haciendo él todo el servicio de la casa y no ausentándose más que cuando tenía que renovar algunas provisiones en Pernau.

El juez Kerstorf había conservado siempre cierta prevención contra el posadero. ¿Serían fundadas aquellas sospechas, y Kroff había podido desvanecerlas acusando al viajero que había acompañado a Poch? ¿No sería él quien hubiera hecho las huellas descubiertas en la ventana de la habitación de Nicolef, él quien había colocado en ella el atizador como cuerpo del delito, él, en fin, quien había cometido el crimen, fuera antes o después de la partida de Dimitri Nicolef, sobre el cual, gracias a las precauciones que

había tomado, debían recaer los cargos de la justicia…? ¿No había allí una nueva pista que seguir que tal vez condujera al fin, si se procedía con prudencia?

Desde que la instrucción se había apartado de Dimitri Nicolef, Kroff podía temer que su situación se complicara. Era preciso descubrir al autor del crimen, y era posible que la información judicial se dirigiera contra él.

Después del asesinato el posadero no había dejado su casa más que para comparecer ante el juez. Aunque en apariencia estaba completamente libre, se sentía vigilado muy de cerca por los agentes que día y noche rondaban su casa. La habitación del viajero y la de Poch. estaban cerradas con llaves que estaban en poder del juez, y nadie había podido entrar en ellas. Las cosas se hallaban pues, en el mismo estado que el primer día.

Si Kroff repetía a todo el que le quería oír que el sumario seguía una falsa pista al abandonar la acusación que en los primeros momentos se dirigió contra Nicolef, si afirmaba que era el viajero el verdadero culpable, si no cesaba de hacerle cargos ante el juez, si estaba sostenido por los enemigos del profesor, si, por otra parte, los amigos de éste achacaban el crimen al posadero, la verdad era que la situación no tenía nada de clara y que había de dar lugar a las más violentas recriminaciones en tanto que el asesino no cayera convicto en manos de la justicia.

Vladimir Yanof y el doctor Hamine hablaban con frecuencia de esta situación. Comprendían que lo único que cerraría la boca a los Johausen y sus partidarios sería, no solamente la prisión del autor del crimen, sino su publica condenación. Y en tanto que Nicolef parecía desligarse por completo del proceso, no querer ocuparse de él, no hacer nunca la menor alusión, sus amigos no cesaban de impulsar los trabajos del juzgado aportando cuantos informes podían recoger. Por otra parte, se mostraron tan afirmativos acusando al posadero que, bajo la presión de la opinión pública, el

juez y el coronel Raguenof decidieron practicar un nuevo reconocimiento en el kabak de la *Cruz Rota*.

Este reconocimiento tuvo lugar el día 5 de mayo.

El juez Kerstorf, el mayor Verder, el cabo Eck, que partieron de Riga la víspera, llegaron al kabak de madrugada.

Los agentes de policía de vigilancia no tenían nada nuevo que comunicar.

Kroff, que esperaba aquella visita, se puso con solicitud a disposición de la justicia.

—Señor juez —dijo—, no ignoro que se ha querido comprometerme en este proceso, pero esta vez espero que partirá el señor juez completamente convencido de mi inocencia.

—Ya veremos —respondió el señor Kerstorf—. Vamos a empezar.

—¿Por la habitación del viajero, de la cual tiene la llave el señor juez?

—No —contestó el magistrado.

—¿Quiere usted inspeccionar la casa por completo? —preguntó Verder.

—Sí, mayor.

—Creo, señor Kerstorf, que si queda por encontrar algún nuevo indicio, será seguramente en la habitación que ocupó Nicolef.

Y esta observación probaba que el mayor no ponía en duda la culpabilidad del profesor y, por ende, la inocencia del ventero. Nada había podido modificar su opinión, apoyada sobre estos hechos: el asesino era el viajero, y el viajero era Dimitri Nicolef. Y no salía de ahí.

—Guíenos usted —ordenó el juez a Kroff.

Éste obedeció con una voluntad que abonaba en su favor.

Empezó el examen hecho por segunda vez por los agentes, bajo la dirección del cabo Eck, en presencia del juez y del mayor. Se exploró el jardín con el más minucioso cuidado: pudiera suceder que

Kroff hubiera enterrado al pie de un árbol el producto del robo, en caso de haberlo él cometido.

Fueron inútiles las pesquisas.

En el armario del posadero no se encontraron más que un centenar de rublos en billetes de veinticinco, diez, cinco, tres y uno,

es decir, todos de valor inferior a los que Poch llevaba en su cartera.

Y entonces el mayor Verder, llevando al juez aparte, le dijo:

—No olvide usted, señor Kerstorf, que desde el día del crimen Kroff no ha dejado la casa sin ser acompañado, pues los agentes llegaron aquella misma mañana.

—Ya lo sé —contestó el juez—, pero antes de la llegada de los agentes, después de partir Nicolef, el posadero estuvo solo unas cuantas horas.

—En fin, ya ve usted, señor Kerstorf, que no hemos encontrado nada que le comprometa.

—Hasta ahora nada, efectivamente; pero no hemos concluido el reconocimiento. ¿Tiene usted las llaves de las dos habitaciones?

—Sí, señor Kerstorf.

Las llaves habían sido depositadas en la oficina de policía, y el mayor Verder las sacó del bolsillo.

Se abrió primero la puerta de la habitación que ocupó la víctima.

Esta habitación se encontraba en el mismo estado en que los agentes la dejaron en el primer reconocimiento de la justicia. Fue fácil comprobarlo en cuanto se abrió la ventana. La cama estaba deshecha, la almohada manchada de sangre, el suelo enrojecido por un charco ya seco que se extendía hasta la puerta. Ningún nuevo indicio pudo observarse. El asesino no había dejado la huella de su paso.

Una vez cerrada la ventana, el juez, el mayor, Eck y sus hombres salieron.

—Visitemos la otra habitación —dijo el juez.

Primeramente fue examinada la puerta, que no ofrecía señal alguna exterior. Además, los agentes alojados en la venta afirmaron que nadie había intentado abrirla. Desde que estaban de servicio no habían dejado un instante la casa.

La habitación estaba sumida en una profunda oscuridad.

El cabo Eck abrió de par en par la ventana, y se pudo operar en plena luz.

Ningún cambio desde que el juzgado se personó allí por primera vez. En el fondo el lecho donde había dormido Dimitri Nicolef. Cerca del lecho, y a la altura de la cabeza, una grosera tabla que soportaba el candelero de hierro con una vela casi consumida. Una silla de paja en un rincón, un taburete en otro. A la derecha un armario, las puertas del cual estaban cerradas. En el fondo la chimenea, es decir, un hogar formado por dos piedras y un tubo que remontaba hasta el techo.

El lecho fue examinado, sin conseguir encontrar ningún indicio sospechoso. En el armario ninguna prenda de ropa, ningún papel; estaba vacío.

El atizador, depositado en un ángulo del hogar, fue objeto de minucioso examen. Ciertamente que estaba torcido en un extremo, y había podido servir de palanca para forzar la ventana de la habitación de Poch; pero también pudiera haberse efectuado con otra cosa cualquiera, un simple bastón, dado el mal estado del cierre. En cuanto a las huellas que se observaron en las maderas de la ventana, patentes estaban todavía, ¿pero procedían del paso de un individuo al escalar la habitación? No se podía afirmarlo.

El juez volvió hacia el hogar.

——¿Había hecho fuego el viajero? —preguntó a Kroff.

—Seguramente, no.

——¿Y las cenizas se examinaron la primera vez?

——Creo que no ——contestó el mayor.

——Pues que se examinen.

Eck se inclinó, y en el rincón de la izquierda advirtió un papel a medio quemar, una especie de cuadrado del que no quedaba más que un ángulo, y que se confundía con las cenizas.

¡Qué sorpresa experimentaron los asistentes cuando se reconoció en este papel un resto de billete de banco! Sí, no había duda, uno de los billetes de Estado de la serie de cien rublos, cuyo número había sido consumido por la llama. ¿Y qué otra llama más

que la de aquella vela colocada a la cabecera de la cama, puesto que el fuego no había sido encendido en la chimenea?

Además, aquel pedazo de papel tenía huellas de sangre.

No había duda; eran las manchas del asesino las que habían manchado aquel billete; él era quien lo había quemado, puesto que

tenía la huella del delito… ¿Y de dónde iba a provenir este billete más que de la cartera del desgraciado Poch…? Pero de aquella incompleta incineración resultaba un cargo aplastante.

Ya no cabía duda alguna: la hipótesis de un malhechor extraño a la casa quedaba destruida.

Ante aquel hallazgo, ¿no quedaba de manifiesto que el asesino era el viajero que había ocupado aquella habitación y que tan de mañana salió de la venta?

El mayor y el cabo Eck se dirigieron una mirada de inteligencia, como hombres cuya convicción estaba hecha desde hacía tiempo; mas como el señor Kerstorf se callaba, guardaron silencio. Pero Kroff no se pudo contener.

—¿Qué le decía yo al señor juez? ——exclamó—. ¿Habrá ahora dudas sobre mi inocencia?

El señor Kerstorf guardó el trozo de billete, como pieza de convicción, y se limitó a responder

—Nuestro examen ha terminado, señores. Partamos inmediatamente.

Un cuarto de hora después el carruaje rodaba hacia Riga, en tanto que los agentes de policía continuaban custodiando el kabak de la *Cruz Rota*.

A primera hora del día siguiente el señor Johausen fue informado del nuevo registro y del hallazgo del billete quemado. Como el número había desaparecido, no se pudo comprobar si este billete pertenecía a la casa de banca. Pero siendo evidentemente de la serie de los que Poch conducía, no cabía duda de que había sido robado de su cartera.

Esta noticia se extendió rápidamente por Riga. Los amigos de Nicolef quedaron aterrados. El proceso iba a entrar en una segunda fase, o mejor dicho, retroceder a la primera. ¡Qué terribles pruebas esperaban a aquella familia, que ya se consideraba libre de quebrantos…!

Los partidarios de los Johausen manifestaban ruidosamente su triunfo. Según ellos, la prisión de Nicolef no tardaría en decretarse, y no podría escapar ante el jurado a la pena a que se había hecho acreedor por su espantoso crimen.

Vladimir fue puesto al corriente del caso por el doctor Hamine, y ambos resolvieron ocultárselo a Nicolef.

Pero bien pronto llegaron a sus oídos los nuevos cargos que se alzaban contra él. Vladimir hubiera querido impedir que estos rumores llegasen hasta su prometida, pero no pudo evitarlo, y aquel mismo día la vio abismada en su dolor.

—¡Mi padre es inocente…! ¡Mi padre es inocente…! —repetía la infeliz sin poder pronunciar otra frase.

—Sí, querida Ilka, lo es: nosotros descubriremos al culpable y confundiremos a todos los que le acusan… Yo me pregunto si no hay en todo esto alguna infame maquinación para perder al más honrado de los hombres.

Tenía razón este corazón generoso al razonar de esta suerte. No sabía hasta qué extremos puede llegar la venganza política. Sin embargo, ¿cómo poder combinar semejante infamia con probabilidad de éxito?

Lo que tenía que ocurrir sucedió.

Al mediodía Nicolef recibió aviso para que compareciera ante el juez, y Vladimir e Ilka no tuvieron más remedio que ponerle al corriente de lo que sucedía.

—¡Todavía estamos así! —exclamó encogiéndose de hombros —. ¿Es que esto no va a concluir nunca?

—Algún nuevo indicio que se trata de obtener de ti, padre —le dijo la joven.

—¿Quiere usted que le acompañe? —preguntó Vladimir.

—No, muchas gracias.

El profesor partió, y un cuarto de hora después estaba en presencia del señor Kerstorf. El magistrado y su escribano estaban solos en aquel momento.

Después de una entrevista con el gobernador y el coronel Raguenof, se había decidido que el profesor fuese sometido a un nuevo interrogatorio, y que su prisión quedara al arbitrio del juez.

El señor Kerstorf invitó a Nicolef a que se sentara, y con voz no exenta de emoción, le dijo:

—Señor Nicolef, se ha practicado un nuevo reconocimiento en la posada de la *Cruz Rota*. Los agentes han registrado la casa sin encontrar ningún nuevo indicio que pudiera ponernos sobre la pista del criminal. Pero en la habitación que ocupó usted la noche del 13 al 14 de abril hemos hallado esto.

Y presentó al profesor el trozo de billete.

—¿Y qué es ese pedazo de papel? —preguntó Nicolef. —Es el resto de un billete quemado y arrojado en las cenizas del hogar.

—¿Uno de los billetes robados de la cartera de Poch?

—Es lo verosímil, y seguramente que no le sorprenderá a usted si le digo que el hallazgo constituye un cargo contra usted.

—¿Contra mí? —repuso el profesor con acento de desdeñosa ironía—. ¿De modo, señor juez, que no han cesado las sospechas contra mí y las declaraciones de Vladimir Yanof no me han justificado por completo?

El señor Kerstorf no contestó, mirando fijamente a Nicolef, cuya fisonomía denotaba el quebranto moral que le habían producido los embates de que la fatalidad venía haciéndole objeto. Era indudable que sus sufrimientos iban a continuar, puesto que nuevas acusaciones se levantaban contra él.

Nicolef se pasó la mano por la frente, y dijo.:

—¿De modo que ese fragmento de billete ha sido recogido en la chimenea de la habitación donde yo pasé la noche?

—Sí, señor Nicolef.

—¿Y esa habitación quedó cerrada después del primer reconocimiento del juzgado?

—Cerrada con llave, y es seguro que no se ha vuelto a abrir.

—¿De suerte que nadie ha podido entrar en la habitación?

—Nadie.

Convenía, sin duda, al magistrado que se invirtieran los papeles, y se dejaba interrogar.

—Este billete estaba manchado de sangre —repuso Nicolef, después de examinarlo atentamente—, no ha sido quemado por completo, ¿y se le ha encontrado entre las cenizas?

—Sí, allí se ha recogido.

—Entonces, ¿cómo se escapó a las pesquisas del primer reconocimiento?

—No me lo explico, y me extraña, pero no cabe, duda de que allí estaba, puesto que nadie ha entrado en la habitación después de salir de ella nosotros.

—El hecho me sorprende tanto como a usted —dijo Nicolef, no sin cierta ironía. Y no debía decir que me sorprende, sino que me intranquiliza, puesto que, sin duda, es a mí a quien se acusa de haber quemado ese billete y haberlo arrojado en la chimenea.

—Sí, señor, a usted —dijo el juez.

—Y —repuso el profesor con acento cada vez más irónico—, como este billete formaba parte del fajo que encerraba la cartera de Poch, como éste ha sido robado después de darle muerte, no cabe duda de que el criminal es el viajero que ocupaba la habitación, y como quien la ocupaba era yo, yo soy el asesino.

—¿Puede ponerse en duda? —preguntó el juez, que no perdía de vista a Nicolef.

—De ninguna manera, señor juez. Todo está encadenado…; la deducción es perfecta. Únicamente que a su argumentación me va a usted a permitir que exponga la mía.

—Hable usted, señor Nicolef.

—Salí de la *Cruz Rota* a las cuatro de la mañana. ¿En aquel momento se había cometido el crimen? Sí, si yo soy el autor; no, en caso de que otro lo sea. Pero poco importa. ¿Puede usted afirmar, señor juez, que el asesino no ha podido, después de mi partida, tomar todas las medidas de precaución para que las sospechas

recayesen sobre el viajero, es decir, sobre mí, penetrar en aquella habitación, depositar el atizador, arrojar en el hogar uno de los billetes manchados de sangre, después de haberlo quemado de modo incompleto, arañar después el borde exterior de la ventana para que apareciera que yo la había franqueado para asesinar en su lecho al infeliz Poch?

—De lo que dice usted, señor Nicolef, resulta una acusación directa contra Kroff, el dueño de la venta de la *Cruz Rota*.

—¡Contra Kroff o contra otro cualquiera…! Yo no soy quien tiene que descubrir al culpable, pero tengo el derecho de defenderme y me defiendo.

El señor Kerstorf estaba muy impresionado por la actitud de Nicolef. Lo que acababa de decirle se lo había dicho él mismo anteriormente. No, él no podía creer culpable a un hombre de vida tan ejemplar… Pero el caso era que aunque sus sospechas iban enderezadas hacia Kroff, las pesquisas, los elementos de información nada habían arrojado contra el posadero. Así tuvo que hacerlo observar a Nicolef durante el interrogatorio, que se prolongó más de una hora.

—Señor juez —acabó por decir el profesor—, usted es quien ha de dilucidar sobre quién recaen los cargos más aplastantes, si sobre Kroff o sobre mí… Todo hombre justo que examine fríamente las cosas, no puede pronunciarse en contra mía. Por los motivos que ya conoce usted tuve que callar el objeto de mi viaje. Era el punto dudoso de mi causa, y ya está públicamente esclarecido. ¿El autor del crimen es el ventero? ¿Será acaso un malhechor desconocido? La justicia es la que tiene que contestar. Por lo que a mí respecta, me pronuncio por la culpabilidad de Kroff. Él sabía que Poch se dirigía a Revel para hacer entrega de fondos por cuenta de los banqueros Johausen, sabía que era portador de una suma considerable, sabía que yo partiría a las cuatro de la mañana, conocía, en fin, todo lo preciso para cometer el crimen y echar la responsabilidad sobre el viajero que durmiera allí aquella noche.

Antes o después de mi partida asesinó al desgraciado. Luego entró en mi habitación y arrojó el resto de uno de los billetes en el hogar, disponiéndolo todo para hacer ver mi culpabilidad… Pues bien, si cree usted aún que soy el asesino de Poch, decrete mi prisión, lléveme ante el jurado; allí acusaré a Kroff. El debate se entablará entre los dos, y sabré a qué atenerme respecto a la justicia de los hombres si resulto condenado.

El profesor había puesto menos animación de la que pudiera suponerse al argumentar en defensa propia con razones que, según él, constituían su justificación. El señor Kerstorf no le había interrumpido, y cuando terminó diciendo:

—Ahora, ¿firmará usted el mandamiento de prisión?

—No, señor Nicolef —contestó el juez.

XIV

GOLPE TRAS GOLPE

ERA de toda evidencia que el proceso estaba limitado al posadero Kroff y al profesor Nicolef. El fragmento de billete recogido en el fondo del hogar descartaba la hipótesis de que el crimen pudiera haberse cometido por uno de los malhechores que a la sazón merodeaban por aquella parte de la provincia livoniana.

¿Cómo era posible que uno de estos bandidos se hubiera podido introducir, después del crimen, en la habitación del viajero para depositar el atizador y arrojar sobre las cenizas del hogar el billete quemado?

¿Cómo aquella operación iba a pasar inadvertida para Kroff y Nicolef, por profundo que fuese su sueño…?

¿Y cómo, en fin, se le iba a ocurrir a este malhechor hacer que recayera la responsabilidad del crimen sobre el viajero? Una vez realizado el crimen y el robo, su única preocupación hubiera sido huir, para que el nuevo día le hubiese cogido lejos del kabak de la *Cruz Rota*.

Estas consideraciones estaban dictadas por el buen sentido, y la instrucción tenía que circunscribirse a estos dos hombres de tan diferente posición social, y pronunciarse entre ellos.

Y, sin embargo, lo que no dejaba de sorprender, aun a los espíritus más reposados, es que, después de los días transcurridos,

no se hubiese dictado mandamiento de prisión contra uno ni contra otro.

A raíz de nuevos reconocimientos practicados en el lugar del crimen, la pasión de los partidos se desencadenó violentamente. El proceso excitaba la animosidad pública existente entre los dos campos, no solamente en Riga, sino en los tres gobiernos de las provincias bálticas.

Nicolef era eslavo, y los eslavos le defendían, no sólo en interés de la causa, sino porque en realidad le consideraban incapaz del crimen.

Kroff era de origen germánico y los alemanes le defendían, más bien por combatir a Nicolef que por interés hacia la causa de un miserable posadero.

Los periódicos lucharon con artículos sensacionalistas, siguiendo la opinión del partido que defendían. Se discutía en las casas de la nobleza, en las casas de los burgueses, en los despachos de los comerciantes, en las viviendas de los obreros.

Es preciso convenir en que la situación del gobernador general se complicaba.

Las elecciones municipales estaban próximas; y los eslavos seguían proclamando con más entusiasmo candidato suyo a Nicolef, en oposición a Johausen, qué lo era de los alemanes.

La familia del rico banquero, sus amigos, sus clientes, lejos de abandonar la lucha, combatían por todos los medios posibles. Tenían la poderosa palanca del dinero, y no lo escatimaban. Las autoridades y los magistrados oían acusaciones de debilidad y hasta de parcialidad. Se exigía la prisión de Nicolef, y los más moderados pedían que, al menos, se prendiese al profesor y al ventero.

Era necesario que este proceso tuviera un desenlace, cualquiera que fuese, antes de que los partidos se encontrasen en el terreno electoral.

Y en medio de este conflicto, ¿qué era de Kroff?

El ventero no se separaba de su casa, donde dos agentes ejercían una severa vigilancia. El hombre continuaba su vida normal. Todas las noches sus clientes, campesinos y leñadores, se reunían, como de costumbre, en el piso bajo. Pero se veía que la situación no dejaba de inquietarle; desde el momento en que el profesor, estaba libre, él corría peligro de ser preso. Más insociable que nunca, bajando los ojos a las miradas demasiado fijas en él, acusaba sin cesar a Nicolef, con una tenacidad, una cólera que agolpaba la sangre en su rostro, que se enrojecía, hasta el punto de hacer pensar que iba a darle una congestión.

En una casa donde se hacen preparativos de boda suele haber gran alegría. Toda la familia está de fiesta. Se deja entrar el aire y la alegría. Su felicidad resplandece en todas partes. No sucedía así en el hogar de Nicolef. Tal vez pudiera alejar de sí el pensamiento de la fatalidad que tan profundamente había turbado su vida; ¿pero no tenía motivo para temerlo todo de sus despiadados acreedores, sus enemigos más encarnizados?

Siete días habían transcurrido desde el último interrogatorio en el despacho del juez. Era el 13 de mayo. Al día siguiente vencían las letras suscritas por Nicolef. Si a la mañana siguiente no se presentaba en la caja Johausen hermanos con los dieciocho mil rublos que importaba la deuda, sería demandado. Pero esta suma no la tenía el profesor, lo que ignoraban sus hijos. Después de pagar una parte de las deudas paternas, a fuerza de trabajos y economías, esperaba poderse librar del resto, y he aquí que el vencimiento le cogía desprovisto…

Era el momento esperado por los banqueros Johausen, y un dilema terrible se elevaba contra su deudor.

O Dimitri Nicolef no estaba en situación de pagar, o lo estaba. En el primer caso, si el proceso de la *Cruz Rota* se desenvolvía en favor suyo, si la información judicial descubría nuevos cargos contra el posadero, si, en fin, la culpabilidad de Kroff aparecía patente y era preso, juzgado y condenado, si la inocencia del profesor

resplandecía en toda su plenitud por la condenación del verdadero culpable, los señores Johausen le tenían todavía cogido con aquella deuda que no podía reembolsar. Y ejecutándole judicialmente sin piedad, le harían pagar la sangre del joven Karl y todo lo que habían sufrido en su interés y amor propio por causa de aquel rival, que levantaba sobre el elemento germánico la bandera del paneslavismo.

En el segundo caso, si Nicolef tenía los fondos necesarios para el reembolso, es que procedían del robo. Los señores Johausen sabían que sólo merced a un gran esfuerzo, sacrificando sus últimos recursos, había podido el profesor satisfacer los siete mil rublos que hasta entonces tenía pagados. ¿Dónde iba a haber encontrado los dieciocho mil restantes mas que procurándoselos por un acto criminal? Y entonces, al aportar aquella suma el día del vencimiento, como Nicolef ignoraba que la casa de banca conservaba los números de los billetes robados, él mismo se denunciaría, y esta vez, ni la protección de las autoridades ni la intervención de sus amigos podría interponerse; estaba perdido, perdido irremisiblemente.

La mañana del día siguiente transcurrió sin que Nicolef se presentase en la caja de los señores Johausen hermanos.

A las cuatro de la tarde se recibió en casa del profesor una citación judicial.

La desgracia hizo que fuese Vladimir Yanof quien la recibiera. Sí, la desgracia, como vamos a ver.

Vladimir leyó la citación reveladora de la embarazosa situación de Nicolef por las deudas paternas. Vladimir comprendió la noble conducta del profesor, haciéndose cargo, a pesar de su modesta posición, de los descubiertos de su padre. Comprendió que si no había querido hablar a su familia, a sus hijos, era por no añadir esa preocupación a tantas otras que pesaban sobre ellos, esperando concluir de saldar la deuda a fuerza de economías y trabajo.

Sí, Vladimir vio claramente todo esto, comprendiendo cuál era su deber.

Su deber era salvar a Nicolef, puesto que podía hacerlo.

¿No poseía él una suma más que suficiente, los veinte mil rublos procedentes del depósito dejado por Jean Yanof entre las manos del profesor, y del que Nicolef le había hecho entrega íntegra en Pernau…?

Pues bien, tomaría de esta suma los dieciocho mil rublos necesarios para pagar la deuda, y reembolsando a los hermanos Johausen, salvaría al padre de su prometida, a su segundo padre, de esta última catástrofe.

Eran las cinco de la tarde y la casa de banca se cerraba a las seis.

Vladimir Yanof no tenía un instante que perder. Resolvió no decir una palabra de lo que iba a hacer, entró en su habitación, y después de tomar el número de billetes suficiente para la suma necesaria, se dirigió hacia la calle sin haber visto a nadie.

En aquel momento se abría la puerta y Jean e Ilka entraron juntos.

—¿Sales, Vladimir? —dijo la joven tendiéndole la mano.

—Sí, querida Ilka; una diligencia que no me retendrá mucho tiempo. Estaré de vuelta antes de la hora de cenar.

Por un instante tuvo la intención de poner a los dos hermanos al corriente de lo que sucedía, pero se contuvo. Si algún incidente no le obligaba a declararlo, quería que el hecho pasara inadvertido hasta después de su boda. Luego, cuando la joven fuese su mujer, se lo confesaría todo, y estaba seguro de que aprobaría haber salvado a su padre, aun comprometiendo su porvenir.

—Adiós, pues, Vladimir, y vuelve pronto —dijo Ilka—. Estoy mucho más tranquila cuando estás aquí… Temo siempre que mi padre…

—Está más triste, más aplanado que nunca —afirmó Jean, cuyos ojos brillaban de cólera—. Estos miserables acabarán por

matarlo; está enfermo, más enfermo de lo que parece…

—Exageras, Jean —repuso Vladimir—, tu padre tiene una resistencia moral de la que no han de triunfar sus enemigos.

—¡Dios lo quiera! —contestó la pobre Ilka.

Vladimir le estrechó la mano, y añadió:

—Hay que tener confianza; dentro de unos cuantos días habrán concluido todos sus quebrantos.

Se lanzó a la calle, y en veinte minutos llegó a la casa de banca Johausen hermanos. La caja estaba abierta y Vladimir se dirigió a la ventanilla del cajero.

Éste le hizo observar que aquel asunto había que solventarlo directamente con los jefes de la casa, y le invitó a pasar a su despacho.

Los señores Johausen estaban allí, y en cuanto les hubieron entregado la tarjeta de Vladimir, exclamó uno de ellos:

—¡Vladimir Yanof…! Seguramente viene de parte de Nicolef a pedirnos un plazo o una renovación de las letras.

—Ni un día, ni una hora —contestó Frank Johausen con despiadado acento—. Desde mañana mismo procederemos contra él judicialmente.

Un ordenanza salió del despacho, y dirigiéndose a Vladimir le dijo que podía pasar.

La conversación se entabló en los siguientes términos:

—Señores —dijo Vladimir—, vengo a propósito del crédito que esta casa tiene contra Dimitri Nicolef, el cual vence hoy…

—Efectivamente, caballero —respondió Frank Johausen.

—Este crédito constituye un total de dieciocho mil rublos entre el capital y los intereses.

—En efecto, dieciocho mil.

—Y este crédito salda los compromisos de Nicolef con esta casa desde la muerte de su padre…

—Exactamente, pero no podemos admitir plazo alguno de demora.

—¿Quién se lo pide a ustedes? —replicó Vladimir en tono altanero.

—¡Ah! —dijo el mayor de los hermanos—. Como debíamos ser reembolsados antes de mediodía…

—Lo serán ustedes antes de concluir el día, y no creo que la casa haya estado a punto de declararse en suspensión de pagos a causa de este retraso.

—¡Caballero! —exclamó Frank Johausen, a quien la cólera hacía más fríamente irónico—. ¿Trae usted, pues, la suma de dieciocho mil rublos…?

—¡Aquí están! —contestó Vladimir, tendiendo a los banqueros un fajo de billetes—. ¿Dónde está la obligación?

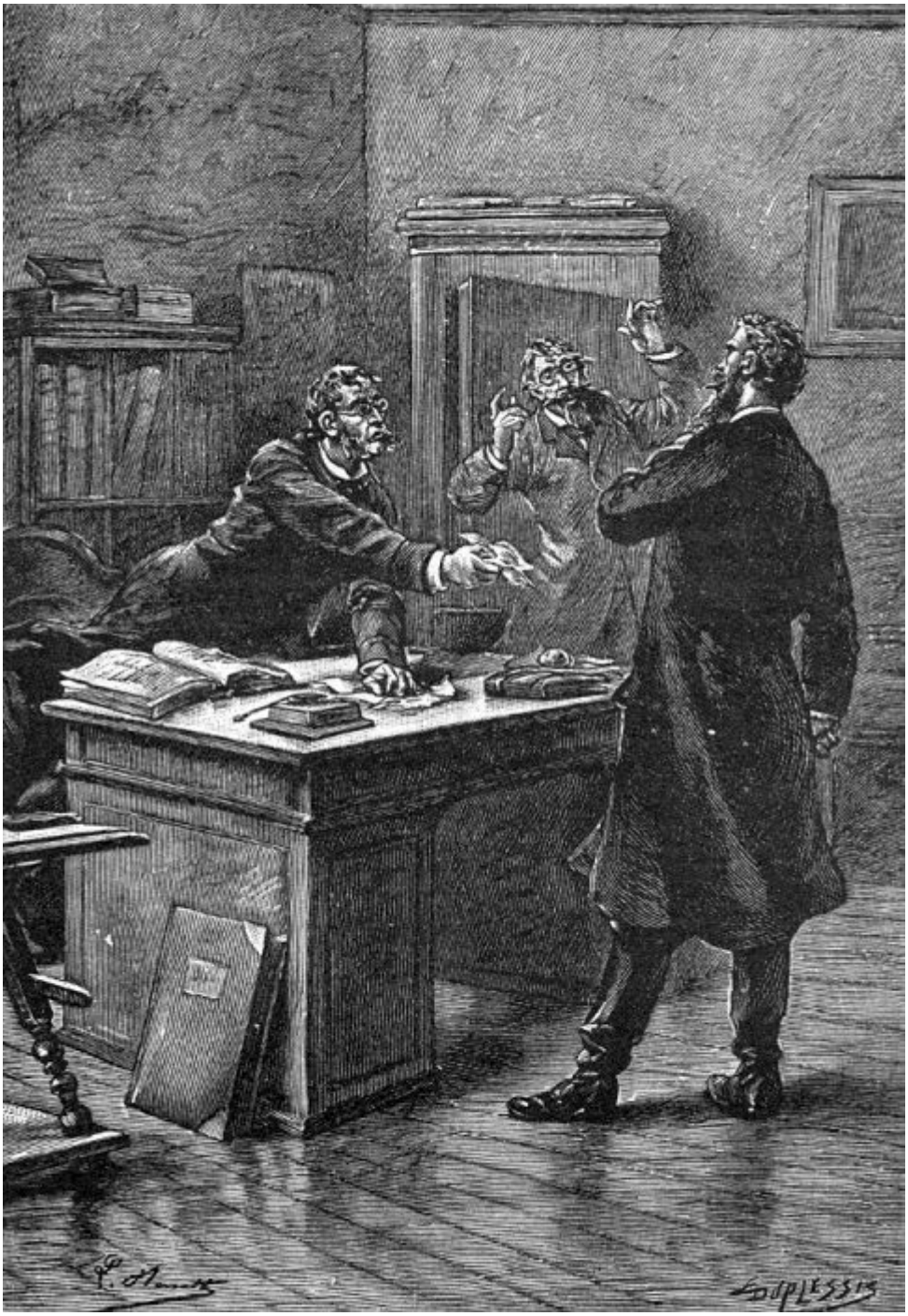
Los señores Johausen, no menos sorprendidos que irritados, no contestaron. Uno de ellos se dirigió hacia la caja de caudales, abrió una cartera, de la cual sacó un papel que puso encima de la mesa.

Vladimir lo tomó, lo examinó atentamente para convencerse de que era la escritura firmada por Nicolef declarándose deudor de los señores Johausen y, entregando el fajo de billetes, dijo:

—Cuenten ustedes.

Frank Johausen se había puesto pálido, en tanto que Vladimir le envolvía en una mirada de desprecio. Su mano temblaba, arrugando los billetes.

De pronto se animaron los ojos del banquero. Una alegría feroz iluminó su rostro, y con voz impregnada de odio exclamó:



—Éstos, señor Yanof, son los billetes robados…

—¿Robados…?

—Sí, robados de la cartera del desgraciado Poch.

—¡No…! Estos billetes son los que Nicolef me dio en Pernau cuando me entregó el depósito que le había confiado mi padre.

—¡Todo se explica! —afirmó Frank Johausen—. Nicolef no estaba en condiciones de poderle devolver a usted el depósito, y entonces, aprovechando una ocasión que se le presentaba…

Vladimir retrocedió un paso.

—Aquí tiene usted la lista de los números que conservábamos —añadió el banquero, sacando del cajón de la mesa un papel cubierto de cifras.

—¡Dios mío! —balbució Vladimir, aterrado, no pudiendo pronunciar más frases.

—Sí, y puesto que estos billetes los trae usted de parte del señor Nicolef, él es quien los ha robado a nuestro dependiente, después de haberle asesinado en el kabak de la *Cruz Rota*.

Vladimir no sabía qué contestar. Sentía que su cabeza se le iba, que su razón le abandonaba… A través de la turbación de sus pensamientos, comprendió que Nicolef estaba irremisiblemente perdido. Se diría que, disipado el depósito que se le confiara, había salido de Riga, al recibir la carta de Yanof, para implorarle, no para devolverle un dinero que no tenía, que la casualidad había hecho que se encontrase en la diligencia con Poch, portador de aquel dinero, que le había robado y matado, y que eran los mismos billetes de los señores Johausen los que había entregado al hijo de su amigo Yanof, despojado por un indigno abuso de confianza.

—¡Dimitri…! —repetía Vladimir—. ¡Dimitri habrá sido capaz…!

—A menos que haya sido usted —repuso Frank Johausen.

—¡Miserable…!

Pero Vladimir tenía que hacer otra cosa que vengar el insulto personal. No tenía por qué preocuparse de que se creyera en su culpabilidad. No pensaba más que en Nicolef.

—Al fin —dijo Frank Johausen, después de guardar el fajo de billetes robados—, tenemos ya cogido a ese bribón. ¡Ya no se trata de presunciones, sino de certidumbres, de pruebas materiales! El señor Kerstorf hizo muy bien al aconsejarme que guardase el escrito de la numeración de los billetes. Tarde o temprano el asesino se

haría prender, ¡y así ha sucedido! Voy a ver al juez, y antes de una hora Nicolef estará preso.

Entretanto Vladimir Yanof marchaba con pasos precipitados, pasos de loco, hacia la casa del profesor. Se esforzaba en despejar su espíritu de los tumultuosos pensamientos que lo asaltaban. No quería creer que Nicolef no pudiera justificarse e iba en busca de aquella justificación. Aquéllos eran los billetes que había recibido de sus manos en Pernau, y hasta entonces no los había tocado. Vladimir llegó ante la casa y abrió la puerta.

En el piso bajo no estaban, afortunadamente, Ilka ni Jean. La presencia de Yanof les hubiera revelado que un nuevo desastre se abatía sobre la familia y que esta vez no había remisión…

Vladimir subió la escalera que conducía al despacho del profesor.

Nicolef estaba sentado ante su mesa de trabajo, con la cabeza entre las manos. Se levantó al sentir que llegaba Vladimir, que permaneció en el umbral de la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nicolef, dirigiéndole una mirada llena de tristeza.

—¡Dimitri! —exclamó Vladimir—. ¡Háble me usted, dígamelo todo…! Yo no sé… ¡Justifíquese usted…! ¡No, no es posible! Explíquese… Mi razón se extravía.

—¿Qué ocurre…? ¿Alguna desgracia que viene a aumentar las anteriores?

Y pronunció estas desesperantes palabras como hombre que lo espera todo y a quien ningún golpe de la fatalidad puede cogerle desprevenido.

—Vladimir —repuso Nicolef—, soy yo quien te ordena hablar… Justificarme, ¿y de qué…? ¿Por ventura tú también crees que yo soy…?

Vladimir no le dejó concluir, y dominándose por un esfuerzo de voluntad sobrehumano, le interrumpió diciendo:

—Hace dos horas llegó una citación…

—Sí, a nombre de los hermanos Johausen… Entonces ya sabes mi situación… Yo no puedo reembolsarles; es una deuda que recaerá sobre los míos… Ya ves, Vladimir, que ahora no puedes ser mi hijo.

Yanof no contestó a esta última frase, dicha con la más grande amargura.

—Yo creí, Dimitri, que estaba en el deber de resolver esa triste situación…

—¿Tú?

—Tenía a mi disposición la suma que me entregó usted en Pernau…

—Ese dinero te pertenece, Vladimir… Procede de tu padre… Es un depósito que yo te he devuelto..

—Sí… ya sé… ya sé, y puesto que me pertenecía, estaba en mi derecho al disponer de él. Tomé los billetes, los que usted me entregó y los llevé a la casa de banca.

—¡Tú has hecho eso… tú has hecho eso! —exclamó Nicolef, abriendo los brazos a Vladimir—. ¿Por qué lo has hecho? ¡Era tu

única fortuna…! ¡Tu padre no te la dejó para pagar las deudas del mío…!

—Dimitri… ——contestó Vladimir, bajando la voz—, estos billetes que yo he entregado a los señores Johausen son los mismos robados en la cartera de Poch en la venta de la *Cruz Rota*, y de los cuales conservaban los números…

—¡Los billetes… los billetes…!

Y al repetir estas palabras, Nicolef se levantó como impulsado por un resorte, lanzando un grito terrible, que se oyó en toda la casa.

Pocos instantes después aparecían en la puerta del despacho Ilka y su hermano.

Al ver el estado en que se encontraba el desventurado, sus hijos se precipitaron hacia él, en tanto que Vladimir se mantenía aparte, ocultando el rostro entre sus manos.

Ni Jean ni su hermana pensaron en pedir una explicación, no cuidándose más que en socorrer a su padre, que se ahogaba. Consiguieron al fin que se tranquilizara un tanto, y desfallecido, destrozado por el golpe, se escapaban de su boca, con voz débil, estas palabras:

—¡Billetes robados… billetes robados!

—Padre ¿qué ocurre? —preguntó la joven.

—Vladimir, ¿qué ha sucedido? —añadió Jean.

Nicolef se levantó, y yendo hacia Vladimir, le retiró las manos de la cara. Luego, con voz estrangulada, con gesto trágico, después de obligarle a que le mirase cara a cara, dijo:

—¿Los billetes que tú has recibido de mí, los billetes que tú has llevado a casa de los Johausen, esos billetes son los robados de la cartera de Poch… de Poch el asesinado?

—Sí —dijo Vladimir.

—¡Estoy perdido, perdido! —exclamó Nicolef.

Y rechazando a sus hijos, antes de que hubiesen podido impedirlo, se precipitó fuera del despacho y subió a su habitación;

pero no se encerró como de costumbre. Un cuarto de hora después abría la puerta de la calle y huía, a través del barrio, en medio de la oscuridad.

Jean e Ilka no habían comprendido nada de esta terrible escena. Las palabras «¡billetes robados…! ¡billetes robados…!» no podían hacerles comprender que esta vez su padre iba a ser aplastado por la evidencia.

Se volvieron hacia Vladimir, que con los ojos bajos, la voz desgarrada, refirió lo que acababa de suceder, cómo queriendo salvar a Nicolef, arrancarle de las manos de los Johausen, le había perdido irremisiblemente. ¿Quién podría sostener su inocencia, ahora que los billetes robados a Poch habían sido encontrados, si no en su poder, en manos de Vladimir Yanof? ¿No había éste confesado a los banqueros que los billetes procedían del depósito que le había restituido Nicolef?

Jean e Ilka, aterrados por esta revelación, prorrumpieron en amargo llanto.

En aquel momento la criada les advirtió que dos agentes de policía preguntaban por el señor Nicolef. Enviados por el juez, que no tuvo más remedio que extender el mandamiento de prisión ante la denuncia de los señores Johausen, iban a prender al asesino de la *Cruz Rota*.

La sensacional noticia no se había esparcido aún por la ciudad. Se ignoraba que el proceso hubiese entrado en esta fase, la última, sin duda, y el desenlace de lo cual tan próximo estaba.

En tanto que los agentes registraban la casa para asegurarse de que Nicolef no estaba en ella, Vladimir, Jean e Ilka, sin concertarse de antemano, movidos por un mismo sentimiento, se lanzaron a la calle.

Querían unirse al desgraciado; no abandonarle más… Y a pesar de tantos testimonios aplastantes, a pesar de tantas pruebas acumuladas, se rebelaban contra la creencia de su culpabilidad. Estos pobres corazones, tan unidos, rechazaban la idea, y, sin

embargo, la últimas palabras pronunciadas por Nicolef: «¡estoy perdido!»… ¿no eran como una confesión salida de su boca?

La noche había caído. Alguien indicó haber visto a Nicolef calle arriba, y los tres atribulados seres corrieron en aquella dirección, hasta llegar a las afueras de la población. El campo, sumido en una densa oscuridad, se extendía ante ellos. Tomaron el camino de Pernau, abandonándose, por decirlo así, al instinto que los empujaba hacia aquella parte.

A doscientos pasos de allí los tres se detuvieron ante un cuerpo tendido en el camino. Era Dimitri Nicolef. Cerca de él había un cuchillo ensangrentado…

Ilka y Jean se arrojaron sobre el cuerpo de su padre, en tanto que Vladimir corría en busca de auxilio a la casa más próxima.

Llegaron unos cuantos campesinos, y Nicolef fue transportado a su casa, donde el doctor Hamine, llamado a toda prisa, sólo pudo certificar el fallecimiento.

Dimitri Nicolef había caído muerto por un golpe semejante al que recibiera el pobre Poch, una puñalada en el corazón, habiendo dejado el cuchillo la misma huella que ofreciera la herida del asesinado en la *Cruz Rota*.

¡El miserable, sintiéndose perdido, se había suicidado para escapar al castigo de su crimen!

XV

SOBRE UNA TUMBA

HABÍA terminado este drama judicial, que había apasionado a la población de las provincias bálticas y sobreexcitado la lucha de los partidos en vísperas de medir sus fuerzas en el terreno electoral. Después de la muerte violenta del hombre que representaba el elemento eslavo, los alemanes cobraron nuevos bríos. De todos modos, el antagonismo había de manifestarse tarde o temprano, y la rusificación acabaría por imponerse bajo la influencia del gobierno.

Y no solamente Dimitri Nicolef se había suicidado, sino que este suicidio, realizado en tan terribles circunstancias, a raíz de producirse el incidente de los billetes robados, no daba lugar a la menor duda acerca de su culpabilidad. De suerte que cuando él salió de Riga a consecuencia de la carta de Vladimir Yanof, no poseía el depósito confiado a su custodia… ¿se dirigía en busca del hijo de su amigo para decirle la verdad, o su proyecto era huir después de este abuso de confianza que no le era posible reparar…? Difícil era fijar la idea acerca de este punto. Lo más verosímil era que Nicolef había sido sorprendido por el inesperado regreso del proscrito escapado de las minas de Siberia, y se sentía cogido en un engranaje: entre Vladimir Yanof, a quien no podía entregar la herencia de su padre, y los señores Johausen, a quienes le era imposible reembolsar en unas cuantas semanas la cantidad que les adeudaba… Y entonces Poch se cruzó en su camino, y

pudo llevar a Pernau la suma que había disipado… La primera deuda estaba saldada, ¡pero a qué precio…! A costa de un doble crimen, un asesinato y un robo.

Luego, cuando todo fue descubierto, cuando se hizo la luz sobre este proceso, hasta entonces tan oscuro, cuando, gracias a los números, los billetes presentados por Vladimir Yanof habían sido reconocidos ser los mismos que guardaba la cartera de Poch, Dimitri Nicolef, el culpable, Dimitri Nicolef, el asesino, se había dado muerte con el mismo cuchillo con que cometiera el crimen.

El desenlace del proceso devolvió al ventero Kroff la más completa tranquilidad. Y lo hizo muy a tiempo, pues el juez estaba dispuesto a firmar su mandamiento de prisión. Desde el momento en que la causa de Nicolef se sobreseyera, Kroff quedaba en inminente riesgo de perder su libertad.

Nicolef o Kroff: la justicia no podía buscar otros culpables. Ya se sabe que el juez en su fuero interno estaba en contra del posadero, y cuando el señor Kerstorf supo lo sucedido en la casa de los señores Johausen, su sorpresa fue grande al tener que proclamar la inocencia de Kroff y la culpabilidad de Nicolef.

El ventero reanudó su existencia habitual en su viejo kabak, y supo sacar partido de su situación. ¿Acaso no era como un condenado rehabilitado, después de reconocerse la injusticia de los cargos contra él dirigidos?

Se habló del caso durante unos días; luego, la pública atención encontró nuevos sucesos en que fijarse.

La deuda contraída por Nicolef con los banqueros Johausen no estaba pagada, pero, al menos, habían recuperado los dieciocho mil rublos que Vladimir Yanof había dejado entre sus manos.

Después del entierro del profesor, Ilka y Jean, que no había de volver a la Universidad de Dorpat, volvieron a su casa, cuyos umbrales no habían de pisar casi ninguno de los numerosos amigos que en vida tuvo el profesor. Tres solamente estuvieron a su lado en

este desastre: Vladimir Yanof —era inútil nombrarle—, el señor Delaporte y el doctor Hamine.

Los infelices hermanos se hallaban sumidos en la desesperación. Todo lo veían oscuro, incluso lo que concernía a Dimitri Nicolef, a quien, por razón natural, habían de creer inocente. Ellos llegaban hasta a pensar que tal vez su razón hubiese sucumbido en aquella lucha con la persistente fatalidad, que tal vez se hubiese vuelto loco, y que en un acceso de enajenación se había suicidado, sin que esto quisiera decir que era el autor del crimen de la *Cruz Rota*.

Así pensaba también Vladimir Yanof, resistiéndose a admitir la demostración material de los hechos. Y, sin embargo, ¿cómo iba a tener en su poder Dimitri Nicolef aquellos billetes numerados, de no haberlos cogido sobre el cadáver del pobre Poch?

Y cuando discutía con el doctor Hamine, el amigo más antiguo de la familia, éste contestaba con una irrefutable lógica:

—Yo lo admitiría todo, mi querido Vladimir, admitiría que no hubiera sido Nicolef el autor del robo, aunque su producto estuviese entre sus manos, admitiría que el suicidio no era una prueba de su culpabilidad, y que ha podido matarse en una crisis de locura, crisis provocada por las espantosas pruebas sufridas… Pero hay un hecho que lo domina todo… Dimitri aparece muerto por la misma arma que mató a Poch, y ante esto preciso es rendirse a la evidencia, por espantosa, por inverosímil que parezca.

—Y si es así —repuso Vladimir haciendo una última observación —, resulta que Dimitri Nicolef poseía un cuchillo que no lo conocía ni su hija ni nadie. ¡No, doctor, eso es muy extraño; aquí hay algo…!

—Yo no puedo decirle a usted más que una cosa, Vladimir: Nicolef poseía evidentemente ese cuchillo, puesto que lo ha usado contra Poch y contra sí mismo.

Vladimir Yanof inclinaba la cabeza, no sabiendo qué responder.

El doctor Hamine dijo entonces:

—¿Y ahora qué va a ser de estos desgraciados hermanos?

—Jean será mi hermano cuando Ilka sea mi mujer.

El doctor cogió vivamente la mano de Vladimir y la estrechó entre las suyas.

—¿Ha creído usted, doctor, que iba a renunciar a casarme con Ilka?

—No, Vladimir, nunca lo he creído… ¿Acaso la infortunada es responsable de su gran desgracia?

—¡Qué ha de serlo! Para mí es la más santa, la más noble de las criaturas, la más digna del amor de un hombre honrado. Nuestro matrimonio se ha demorado, pero se celebrará. Luego, si es necesario dejar esta población, nos marcharemos.

—Vladimir, reconozco su gran corazón. Usted está decidido a casarse con Ilka, pero ¿ella querrá?

—Si rehúsa es que no me ama.

—Si rehúsa, Vladimir, es que ella le ama con un amor que no quiere que le avergüence a usted jamás.

Esta conversación no modificó en modo alguno los sentimientos de Vladimir Yanof, decidido, por el contrario, a apresurar el matrimonio todo cuanto lo permitieran las conveniencias. Lo que pudiera decir la gente, lo que se pensaría de él, las censuras de sus amigos, nada le arredraba. Otra cosa le preocupaba más que la opinión ajena: su situación económica.

Del depósito que le entregara Dimitri Nicolef le quedaba poca cosa, unos dos mil rublos, después de la restitución hecha a los hermanos Johausen. Pero esta fortuna, ¿no la había ya sacrificado al entregarla en la casa de banca…? Pues si entonces no le asustaba el porvenir, tampoco ahora debía inquietarle. Trabajaría para su mujer y para él. Con el amor de Ilka nada le sería imposible.

Transcurrieron quince días. Jean, Ilka, Vladimir y el doctor Hamine apenas se habían separado. El doctor Hamine, y algunas veces el señor Delaporte, eran los únicos que siguieron frecuentando la casa del profesor.

Vladimir no había pronunciado aún ni una palabra relativa al matrimonio, pero su presencia hablaba por él. Dicho está que ni Jean ni Ilka habían hecho la menor alusión. Generalmente los hermanos guardaban silencio, y durante largas horas permanecían encerrados en la misma habitación.

Vladimir resolvió poner un punto final a aquella reserva, y aquel día le dijo con voz emocionada:

—Ilka, cuando yo dejé Riga, hace cuatro años, cuando me separaron de aquí para enviarme a Siberia, te prometí que no te olvidaría jamás. ¿Lo he cumplido?

—Sí, Vladimir.

—Prometí amarte siempre. ¿Han cambiado mis sentimientos?

—Ni los míos tampoco, Vladimir, y si me hubieran concedido la autorización, yo hubiera ido al destierro para ser allí tu mujer…

—¿La mujer de un condenado, Ilka?

—La mujer de un desterrado —rectificó la joven.

Vladimir comprendió todo el alcance de la contestación, pero hizo como que no se había dado cuenta, y prosiguió:

—Pues bien, no tienes que ir tan lejos para ser mi mujer. Las circunstancias han cambiado, y soy yo quien vengo para ser tu marido.

—Tienes razón al decir que las circunstancias han cambiado… ¡Sí, horriblemente…!

Ilka pronunció esta última palabra con tal expresión de dolor, que todo su cuerpo se estremeció.

—Querida Ilka, aun a cambio de exacerbar el terrible recuerdo, he querido hablar contigo. No quiero prolongar la conversación… Quiero solamente que mantengas tus promesas…

—¡Mis promesas, Vladimir, mis promesas…! —exclamó la infeliz, conteniendo a duras penas los sollozos—. Cuando las hice era digna para hacerlas… hoy…

—¡Hoy, como siempre, eres la más digna de las mujeres!

—No, Vladimir, es necesario abandonar los proyectos que teníamos formados.

—Ya sabes que yo no los olvidaré jamás… ¿No se habría realizado hace quince días? ¿No seríamos el uno del otro sin la desgracia ocurrida en vísperas de nuestra boda…?

—¡Sí —contestó Ilka con resignación—. Y Dios sea loado por no haberse cumplido nuestro propósito…! ¡Yo no quiero que puedas nunca arrepentirte, avergonzarte de haber entrado en una familia deshonrada para siempre…!

—Ilka —dijo gravemente Vladimir—, yo no me arrepentiré jamás, lo juro; no tendré por qué avergonzarme de ser el marido de Ilka Nicolef, puesto que a ella no alcanza esta deshonra.

—Está bien, Vladimir, te creo —dijo la joven, cuyo corazón desbordaba—; conozco la nobleza de tu carácter. No, no te arrepentirías, no te avergonzarías de mí… ¡Me amas con toda tu alma, pero no más que yo a ti…!

—¡Ilka, mi adorada Ilka! —exclamó Vladimir, que quiso cogerle la mano.

Ilka la retiró dulcemente y prosiguió:

—Sí, nos amamos, nuestro amor era la felicidad, pero nuestro matrimonio resulta imposible.

—¡Imposible! —repitió Vladimir—. Éste es un asunto del que yo debo ser, del que soy el único juez… Yo no soy un niño, Ilka… Mi vida no ha sido tan fácil, tan dichosa hasta ahora como para no haber adquirido la costumbre de reflexionar antes de decidirme a un acto. Me pareció, puesto que te amo, puesto que me correspondes, que tocaba al fin la dicha deseada… Creí que tendrías confianza en mí, hasta el punto de tener por justo lo que yo así creo, de aceptar mi solución en un caso que tú no estás en condiciones de juzgarlo tal como debe ser.

—Lo juzgo como lo juzgará todo el mundo, Vladimir.

—¡Y qué me importa la opinión de los demás, querida Ilka…! El mundo para mí eres tú, tú sola, como para ti el mundo entero debo

ser yo… Dejaremos Riga, si así lo quieres. Jean nos acompañará, y dondequiera que vayamos seremos dichosos. ¡Ilka, mi querida Ilka, di que quieres ser mi mujer!

Vladimir se arrojó a sus pies rogando, suplicando. Pero parecía que Ilka sentía más horror de sí misma al verle en esta actitud.

—¡Levanta, levanta…! —suplicó la infeliz—. No se debe nadie arrodillar ante la hija de un…

Vladimir no la dejó concluir.

—¡Ilka, Ilka —exclamó el enamorado con acento de desesperación, anegados los ojos de lágrimas—, sé mi mujer!

—¡Jamás! —contestó—. ¡Jamás la hija de un asesino será la esposa de Vladimir Yanof!

Aquella dolorosa escena había abatido a los dos. Ilka se retiró a su habitación. Vladimir, en el paroxismo del dolor, salió de la casa,

erró al azar por las calles a través del campo, refugiándose, al fin, en casa del doctor Hamine.

Éste comprendió que había tenido lugar una explicación entre los dos prometidos, separados ahora por un infranqueable abismo, el de las conveniencias sociales.

Vladimir refirió la escena, sus razonamientos, sus ruegos para que Ilka cambiara de resolución.

—¡Ay! mi querido Vladimir —repuso el doctor Hamine—; ya se lo decía yo a usted… Conozco a Ilka, y nada la obligará a volver sobre su acuerdo.

—¡Por Dios, doctor! ¡No me quite usted el último resto de esperanza…! Ilka consentirá al fin y al cabo.

—¡Jamás, Vladimir…! Es un alma intransigente… Se considera deshonrada y nunca será su esposa, nunca, puesto que es la hija de un asesino…

—¿Y si no lo fuese? —exclamó Vladimir—; ¿si su padre no hubiese sido el autor del crimen?

El doctor volvió la cabeza para no verse obligado a contestar a aquella pregunta hecha de modo tan resuelto y firme.

Entonces Vladimir, dominándose, recobrando la absoluta posesión de sí mismo, explicó con voz grave impregnada de una extraordinaria resolución:

—He aquí sencillamente lo que quería decirle a usted, doctor. Considero a Ilka como mi esposa ante Dios… y esperaré.

—¿A qué, Vladimir?

—¡A que Dios intervenga.

Transcurrieron los meses. La situación no había cambiado. El trágico suceso fue desvaneciéndose en la memoria de la gente, sin que ya se hablara de él. El partido germánico había ganado las elecciones municipales, reeligiendo a Frank Johausen, que afectaba no ocuparse de la familia Nicolef.

Pero Jean e Ilka se acordaban de la obligación suscrita por su padre a favor del banquero, considerando como un deber rehabilitar

su memoria, al menos respecto a este punto.

Mas para conseguirlo necesitaban algún tiempo. Era necesario realizar lo poco que poseían: vender la casa paterna, la biblioteca del profesor, todo lo que fuera realizable. Sacrificando los últimos recursos, tal vez llegarían a saldar por completo la deuda.

Luego, ya verían. Ilka procuraría dar lecciones, aunque fuera saliendo de Riga, y Jean buscaría el medio de entrar en una casa de comercio.

Era preciso vivir. Los recursos se agotaban. Las escasas economías hechas por Ilka iban disminuyendo de día en día. Lo que importaba era realizarlo todo lo más pronto posible. Entonces se decidiría la continuación en Riga.

No hay para qué advertir que, después de la negativa de la joven, Vladimir tuvo que salir de la casa, siquiera para guardar las conveniencias. Pero alojado en la misma calle, la frecuentaba con tanta asiduidad, que parecía que continuaba viviendo en ella. Ofrecía sus consejos para la realización de todo lo que se destinaba a saldar la deuda con los banqueros. Sus observaciones eran recibidas como del amigo más fiel de la familia. Puso, además, a disposición de los hermanos lo que aún le quedaba de la herencia paterna; pero Ilka no quiso aceptar.

Y entonces Vladimir, admirando aquella grandeza de alma, subyugado por la nobleza de su carácter, adorando a aquella angelical criatura, reiteraba sus súplicas para que aceptara el matrimonio, para que no se obstinara en creerse indigna de él, para que se rindiese a las vivas instancias de los amigos de su padre… Nada podía obtener de ella, ni siquiera la esperanza para el porvenir, estrellándose todos sus ruegos contra aquella férrea voluntad.

El doctor Hamine, testigo de la desesperación de Vladimir, trataba de convencer a Ilka, sin conseguirlo.

—La hija de un asesino —repetía la joven— no puede ser la esposa de un hombre honrado.

Todo el mundo conocía esto en Riga, y admiraba esta enérgica naturaleza, que inspiraba, al propio tiempo, los más sinceros sentimientos de piedad.

El tiempo pasaba, sin que la situación variara. Ningún incidente se había producido, cuando el 17 de septiembre llegó una carta dirigida a Jean e Ilka Nicolef. Estaba firmada por el pope de Riga, un anciano de setenta años, venerado por toda la población ortodoxa, y a quien Ilka iba, de vez en cuando, a buscar consuelos que únicamente la religión podía proporcionarle.

El pope invitaba a los dos hermanos para que aquella misma tarde, a las cinco, comparecieran en el cementerio de Riga.

Al mismo tiempo el doctor Hamine y Vladimir Yanof, que habían recibido idéntico aviso, se dirigieron por la mañana a casa de Nicolef.

Jean les enseñó la carta firmada por el pope Axief.

—¿Qué significa esta cita en el cementerio? —preguntó a sus amigos.

Era el cementerio donde habían sido depositados los restos de Dimitri Nicolef, sin que la Iglesia hubiera tomado parte en los funerales del suicida.

—¿Qué opina usted, doctor? —preguntó Vladimir.

—Opino que debemos ir donde el pope nos llama. Es un venerable sacerdote, de gran prudencia y cordura, y si nos ha enviado este aviso es que tiene graves razones para ello.

—¿Vendrás con nosotros, Ilka? —dijo Vladimir dirigiéndose a la joven, que permanecía silenciosa.

—He rogado más de una vez sobre la tumba de mi padre —contestó Ilka—. Iré; y que Dios nos escuche cuando unamos a las suyas nuestras plegarias.

—Estaremos, pues, a las cinco en el cementerio —dijo el doctor, retirándose con Vladimir.

A la hora indicada Ilka y su hermano llegaron al cementerio, donde se encontraron sus amigos, que les esperaban en la puerta.

Juntos se dirigieron al lugar donde reposaban los restos de Dimitri Nicolef.

El pope, arrodillado sobre esta tumba, rogaba por el alma del desventurado. Al ruido de los pasos levantó la cabeza, completamente blanca, y se puso en pie. Sus ojos brillaban con extraordinaria lucidez y sus dos manos se tendieron para indicar que se aproximaran los cuatro recién llegados.

Cuando Vladimir e Ilka se hubieron colocado uno a cada lado de la modesta tumba, el pope dijo:

—Vladimir Yanof, su mano.

Luego, dirigiéndose a la joven:

—Ilka Nicolef, su mano.

Las unió por encima de la tumba, y tal fue la energía de su mirada, la expresión de bondad de toda, su fisonomía, que la joven no tuvo valor para resistir.

Entonces el pope pronunció con voz grave estas solemnes palabras:

—Vladimir Yanof e Ilka Nicolef, quedáis unidos ante Dios.

La joven no pudo dominar un estremecimiento que la hizo retirar la mano de la de Vladimir.

—Déjela, Ilka Nicolef, en la del hombre que la ama.

—¿A mí? —exclamó Ilka—. ¿A la hija de un asesino…?

—¡La hija de un inocente, que tampoco fue culpable de suicidio! —respondió el pope elevando la vista al cielo, como poniendo a Dios por testigo.

—Entonces, ¿quién es el asesino? —preguntó Jean, temblando de emoción.

—Kroff, el posadero de la *Cruz Rota*.

XVI

CONFESIÓN

LA víspera de aquel día el ventero Kroff había sucumbido rápidamente, víctima de una congestión pulmonar.

Antes de morir, torturado por los remordimientos desde hacía cinco meses, llamó al pope Axief, que había acudido a recibir su confesión, que el sacerdote escribió, firmándola Kroff con su nombre, encargando que después de su muerte se hiciera pública.

Era la completa rehabilitación de Dimitri Nicolef.

He aquí lo que contenía aquella confesión del autor del crimen, y se verá por qué encadenamiento de circunstancias Kroff había conseguido echar toda la responsabilidad sobre el infeliz Nicolef.

En la noche del 13 al 14 de abril Dimitri Nicolef y Poch habían llegado al kabak de la *Cruz Rota*.

Al ver la cartera de Poch, el posadero, cuyos negocios iban bastante mal hacía tiempo, concibió el proyecto de robarle. La prudencia le aconsejaba a esperar que se marchara el otro viajero, que había anunciado su partida para las cuatro de la mañana. Pero no pudiendo dominar su impaciencia, a las dos de la madrugada penetró en el cuarto de Poch, creyendo no ser advertido.

Poch no dormía, y se incorporó sobre el lecho, alumbrado por el farol de Kroff. Éste, que no quería más que robarle, al verse descubierto, se precipitó sobre el desgraciado, y con el cuchillo que llevaba al cinto le dio una puñalada mortal.

Inmediatamente registró la cartera de la víctima, encontrando quince mil rublos en billetes de banco de cien rublos cada uno.

Pero de sus labios se escapó una imprecación, cuando en un pliegue de la cartera encontró una nota con las siguientes palabras:

«Lista de los números de los billetes, de la cual ha quedado un duplicado en poder de los señores Johausen».

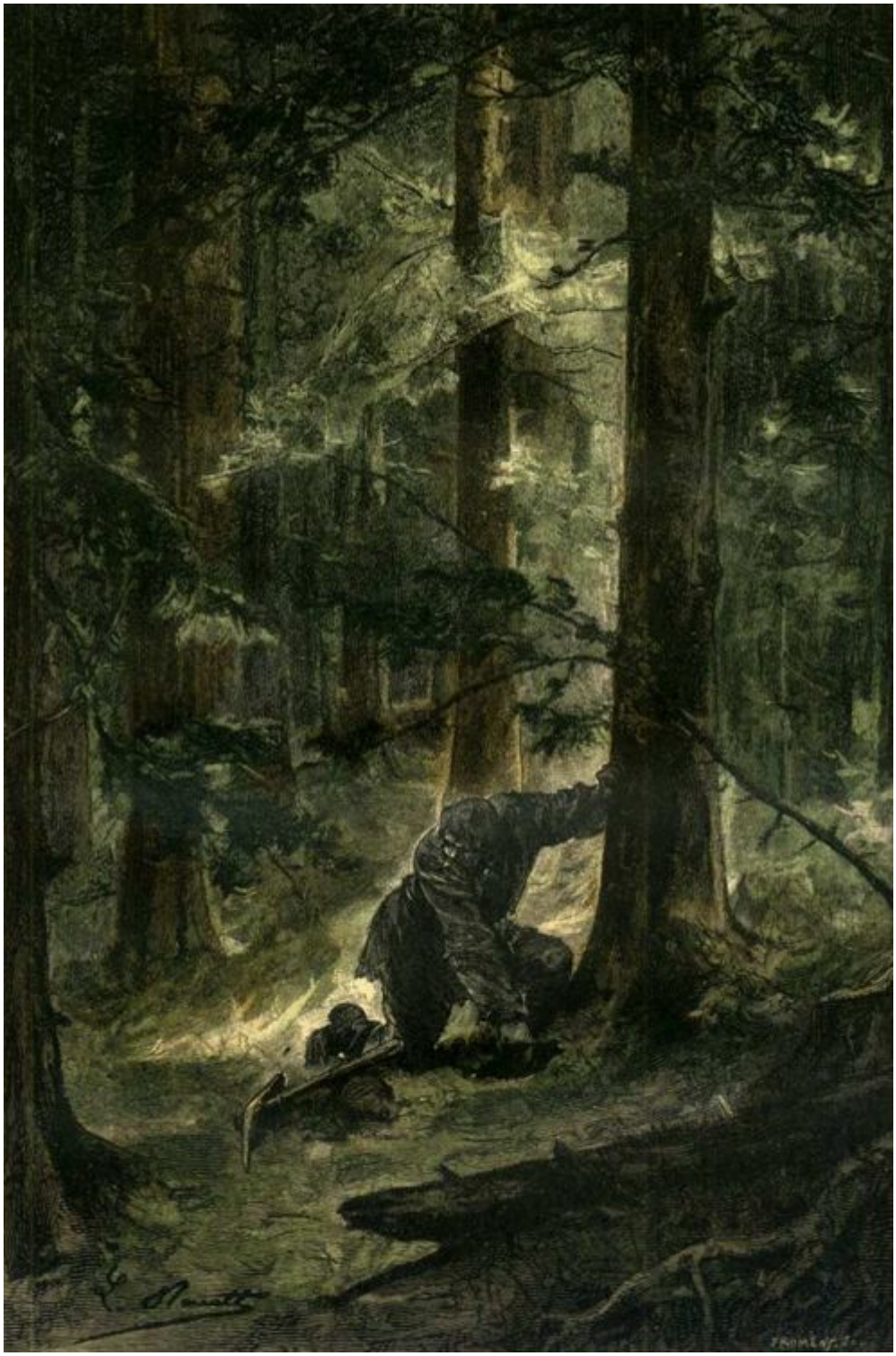
Era una precaución que tomaba siempre Poch cuando iba a hacer alguna entrega de valores por cuenta de la banca. Así es que aquellos billetes, cuyos números se conservaban, no los podría circular sin correr el riesgo de ser detenido… El asesinato no le iba a aprovechar.

Entonces se le ocurrió la idea de hacer recaer la responsabilidad del crimen sobre el viajero que ocupaba la otra habitación.

Salió de la casa, hizo las rozaduras por debajo de la ventana de la habitación de Nicolef, forzó la de Poch con un atizador y volvió a entrar.

Loco de rabia al pensar que aquellos billetes serian inútiles entre sus manos, le cruzó el pensamiento la mas criminal de las inspiraciones: penetrar en la habitación del viajero para deslizar en su bolsillo los billetes de la víctima, robando de paso los que indudablemente llevaría Nicolef.

Ya se sabe que el profesor era portador de veinte mil rublos que había de entregar a Vladimir Yanof. El profundo sueño en que estaba sumido Nicolef permitió al asesino registrarle los bolsillos y sustituir por los billetes de Poch quince mil rublos de los veinte mil que el profesor llevaba, y los números de los cuales no eran conocidos. Luego salió de la habitación sin ser advertido, y en un agujero, al pie de un árbol, ocultó el dinero y el cuchillo con que había matado a Poch, tan hábilmente que escapó a todas las pesquisas de la policía.



A las cuatro de la mañana Dimitri Nicolef salió de la *Cruz Rota*, dirigiéndose a Pernau, donde le esperaba Vladimir Yanof.

Se comprende, pues, por qué serie de hábiles maquinaciones las sospechas iban a recaer sobre Dimitri Nicolef, cambiándose pronto

en certidumbres.

Kroff, poseedor de los billetes de Nicolef, que no podía advertir la sustitución, estaba en disposición de gastarlos sin peligro. Sin embargo, obrando con prudencia extremada, no lo hizo, y solamente gastó lo necesario para cubrir sus necesidades inmediatas.

En el curso de la instrucción del proceso confiado al señor Kerstorf, Dimitri Nicolef fue reconocido por el cabo Eck. El profesor, negando ser el autor del crimen, rehusó revelar el motivo de su viaje, e indudablemente hubiera sido preso sin la oportuna llegada de Vladimir.

Al ver que las presunciones se alejaban de Nicolef, Kroff empezó a tener miedo, comprendiendo que iban a volverse contra él. Aunque estaba de continuo bajo la vigilancia de los agentes que custodiaban la casa, ideó una nueva maquinación, que había de hacer nuevas sospechas sobre el viajero y declararle convicto del crimen. Después de manchar de sangre y quemar uno de los billetes, pudo, durante la noche, gatear al tejado de la casa y arrojar el fragmento del billete por el tubo de la chimenea.

A consecuencia del hallazgo, Dimitri Nicolef fue interrogado de nuevo, pero el señor Kerstorf, que se resistía a admitir la culpabilidad del profesor, no decretó su encarcelamiento.

Kroff, sumamente intranquilo, estaba al tanto de lo que decían los defensores de Nicolef, que le acusaban a él de ser el asesino de Poch, de haberlo preparado todo para predisponer la opinión contra el inocente, de haber colocado, después de la partida del viajero, el atizador en su habitación, y mezclado el fragmento del billete a las cenizas del hogar, donde había escapado a las primeras investigaciones… Consecuencia de esto: que todo lo que ganaba Nicolef en favor de la opinión, Kroff lo perdía.

Esperaba, sin embargo, que la presentación de los billetes robados sería para Nicolef el golpe de gracia, del que no había de levantarse, pero el tiempo pasaba y los billetes no salían a la luz.

Por último, Kroff comprendió que iba a ser preso, y su prisión era su pérdida.

¡Ah! Si él hubiese sabido que el 14 de mayo los billetes robados iban a entregarse a los Johausen, que iban a ser reconocidos, que arrastrarían la pérdida definitiva de Nicolef, no se le hubiera ocurrido la infernal idea de justificarse de un crimen cometiendo un segundo.

Pero no lo supo hasta después de cometer el segundo asesinato. El ventero iba con frecuencia a Riga, llamado por el juez de instrucción. Aquel día, después de anochecer, rondó alrededor de la casa de Nicolef, resuelto a matarle para hacer creer en un suicidio.

Las circunstancias le favorecieron. Vio salir a Nicolef, escapando como un loco, después de la terrible escena con Vladimir ante sus hijos. Le siguió a través del campo, y allí, sobre el desierto camino, le hirió con el mismo cuchillo con que había matado a Poch, dejando el arma cerca de la víctima.

¿Quién hubiese podido dudar que Nicolef se había dado muerte, espantado por el descubrimiento de los billetes robados, y, por lo tanto, que fuese el asesino de la *Cruz Rota*?

Nadie, y este nuevo crimen iba a tener para su autor el resultado que se esperaba.

Así es que la causa se dio por terminada, y Kroff, libre de toda sospecha, ya que no de remordimientos, pudo gozar tranquilamente del fruto de su doble asesinato.

Los billetes de banco que poseía y que cambiara por los de Poch, podía emplearlos sin correr el menor riesgo, puesto que sus números no eran conocidos.

Kroff no gozó mucho tiempo del beneficio de sus crímenes.

Bajo el zarpazo de una congestión, atemorizado al ver aproximarse la muerte, había dictado su confesión al pope, pidiéndole que la hiciera pública, y entregándole casi intacto el depósito que constituía legítimamente la propiedad de Vladimir Yanof.

La rehabilitación de Dimitri Nicolef fue completa. ¡Pero qué dolor para sus hijos y para sus amigos no poderlo redimir de la muerte, después de verlo redimido de la deshonra!

Así concluyó este drama sensacional, de tan gran resonancia en los anales judiciales de las provincias bálticas.

JULES VERNE. Escritor francés, conocido en castellano como Julio Verne, fue uno de los grandes autores de novela del siglo XIX, destacando por su capacidad de anticipación tecnológica y social que le ha llevado a ser considerado como uno de los padres del género de la ciencia-ficción.

Sus novelas han sido publicadas en todo el mundo, siendo uno de los autores más traducidos de la historia. Títulos tan famosos como *De la tierra a la luna*, *Viaje al centro de la tierra*, *20.000 leguas de viaje submarino*, *Miguel Strogoff*, *Escuela de robinsones*… hacen de Verne un clásico atemporal de la novela de aventuras, con muchas de sus obras adaptadas al cine y la televisión.

Nacido en una familia adinerada, Verne disfrutó de una buena educación y ya de joven comenzó a escribir narraciones y relatos, sobre todo de viajes y aventuras. Licenciado en Derecho y establecido en París, Verne se dedicó a la literatura pese a no contar con apoyo económico alguno, lo que minó su salud gravemente.

A partir de 1850 comenzó a publicar y trabajar en el teatro gracias a la ayuda de Alejandro Dumas. Sin embargo, es con su viaje de 1859 a Escocia cuando Verne inicia un nuevo camino

gracias a su serie de los *Viajes extraordinarios*, de los que destaca, además de los ya citados, *Cinco semanas en globo* o *La vuelta al mundo en 80 días*.

Verne era un auténtico adicto al trabajo y pasaba días y días escribiendo y revisando textos. Esto, unido al apoyo de su editor Hetzel, hizo que el éxito y las ventas de sus novelas fueran en continuo aumento.

En 1886 Verne fue atacado por su sobrino, quien le causó graves heridas. Después de esto, y de la muerte de su amigo y editor, Verne publicó sus últimas obras con un toque más sombrío que la alegre aventura de sus inicios. Entre estas últimas tenemos la presente: *Un drama en Livonia*.

Notas

[1] Medida rusa de longitud, equivalente a 1.067 metros. <<

[2] Aproximadamente 54.000 francos de la época. <<

[3] Se refiere al filósofo y pedagogo ginebrino Jean Jacques Rousseau (1712-1778). <<

[4] Se daba este nombre a la valija del correo o posta ordinaria de Francia y de Inglaterra, y también al mismo correo. <<

[5] Conductor de caballos. *(N. del E.)* <<

[6] Los billetes rusos son emitidos por el Estado, en cupones de 500, 400, 50, 25, 10, 5, 3 y 1 rublo. Este papel moneda es un instrumento monetario casi exclusivamente de Rusia. Estos billetes son obligaciones del Estado. Su emisión está regulada por un servicio administrativo dependiente del Ministerio de Hacienda, y bajo la supervisión del Consejo de Administración de las entidades de crédito del Imperio, junto con dos consejeros elegidos de entre la nobleza y los comerciantes de San Petersburgo. El rublo-papel valía alrededor de 2,75 francos de la época y el rublo-plata unos 4 francos. <<

[7] Pescados escabechados que gustan mucho en Livonia. <<